



Anna
May

LOS MALVADOS AMANTES RICOS

Marcus

LA FALSA NOVIA
DEL MULTIMILLONARIO

Anna May
La falsa novia del multimillonario
1ª edición 2024

Diseño de portada: Luv & Lee Publishing
Traducción y redacción: Luv & Lee Publishing

Para obtener libros gratuitos y más información sobre Anna May, visite la página web:
www.anna-may.de/newsletter

Todos los derechos reservados. Prohibida la reimpresión total o parcial.
Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, duplicada o distribuida de ninguna forma sin la autorización escrita del autor. Este libro es pura ficción. Todas las acciones y personajes descritas en este libro son ficticias. Cualquier parecido con personas reales vivas o fallecidas es mera coincidencia y no intencional. Este libro contiene escenas explícitas y no es apto para lectores menores de 18 años.

LUV & LEE PUBLISHING LLC
3833 Powerline Road Suite 101
Fort Lauderdale, FL. US 33309

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Leer más...](#)

[Gracias](#)

Capítulo 1

Vanessa

"Eh... ¿tienes espacio para todos ellos?", preguntó Miranda, con los brazos cargados de una pila de libros que acababa de sacar de una maltrecha caja de cartón.

La miré mientras me sentaba con las piernas cruzadas en el suelo de mi nuevo piso. Ya me parecía demasiado pequeño, las paredes demasiado juntas. El espacio antes vacío ya se estaba llenando de muebles, objetos y simplemente... cosas.

Supongo que no debería haberme sorprendido. Pasar de un piso de dos dormitorios en Nueva York a una habitación en Los Ángeles tuvo ese mismo efecto. Aunque los pisos en Nueva York eran pequeños, esta habitación era definitivamente diminuta.

Pero era lo único que podía pagar a corto plazo y estaba cerca de mi nuevo trabajo.

El divorcio solía ser un proceso difícil. Al menos el mío resultó serlo.

"Supongo que sí. Supongo que tendré que ser creativa", respondí, con mi voz alegre enmascarando la creciente duda en mi interior.

Miranda sopló para quitarse un mechón de pelo castaño que se le había soltado del pañuelo y pasó junto a mí para dejar los libros. Al hacerlo, movió la pila y los libros se le cayeron de las manos.

"¡Uy! Perdón!" Miranda se sobresaltó.

"No pasa nada, suele pasar", respondí y me agaché a recoger los libros. El primer libro que cogí me dio un vuelco el corazón.

Era una de mis viejas agendas y había anotado algunos pensamientos y sueños a medio terminar.

Volvió a florecer en mi interior esa sensación punzante, porque aún no estaba preparada para enfrentarme a ello, al fracaso de mi vida.

"Oye... ¿Vanessa? ¿Estás bien?" Miranda se arrodilló a mi lado y me puso la mano en el hombro.

Me tragué la creciente tristeza que amenazaba con abrumarme.

"Sí, estoy bien... Yo sólo..."

"¿Qué?" Miranda me acarició el hombro. "Está bien, Vane. Puedes contármelo".

El libro estaba en mi regazo. Sabía que estaba lleno de mi yo del pasado.

Sólo me sentía como una cáscara de aquella chica. ¿Qué me había pasado?

Miranda se sentó en silencio a esperar mi respuesta. No tenía intención de dejarlo pasar.

"En este momento no soy yo misma. Leo me lo ha fastidiado todo".

Miranda emitió un sonido de bofetada, algo que siempre hacía cuando se ponía en modo resolución de problemas. "Eso no es verdad. Romper con Leo ha sido algo *bueno*. Pero ten en cuenta que te puede llevar un tiempo recuperarte".

Suspiré; tenía razón y a la vez no.

No se trataba sólo de recuperarme. Ya había tomado la valiente decisión de dejar Nueva York y volver a Los Ángeles, dejando atrás mi vida con Leo. Sí, el piso era pequeño y mi trabajo me parecía un auténtico retroceso en mi vida laboral, pero me permitiría rehacer mi vida.

Estaba de vuelta en el restaurante familiar, en el trabajo que había tenido durante mis años de instituto y los primeros años de universidad. Servía mesas y ayudaba a mantener el local en

funcionamiento. No era lo ideal y, desde luego, no era lo que yo quería. Pero necesitaba dinero y aquí era posible ganar un poco. Todos los demás trabajos que había intentado conseguir, no había sido capaz de lograrlo. Pero necesitaba algo de comer, así que ésta era una solución temporal.

Sin embargo, lo que sentía superaba todo eso. Me sentía hueca y vacía. Toda la motivación había desaparecido, se había desvanecido en el aire, por así decirlo.

"Sí, soy consciente de ello...", respondí e hice todo lo posible para que Miranda dejara el tema. No tenía palabras para describir lo que estaba pasando dentro de mí.

Eso tenía sentido de alguna manera, porque no tenía las palabras adecuadas para *nada* en ese momento.

Dejar a mi marido había sido la decisión correcta. Pero no me había devuelto la energía ni la necesidad de crear.

Ahora, a varios miles de kilómetros de distancia y rodeada de cajas y cartones, esperaba recuperar fuerzas, pero no era muy optimista al respecto.

Lentamente, cerré el libro sobre mi regazo y miré a mi hermana. Siempre había sabido cuándo le ocultaba algo.

"Creo que... ya no soy una buena escritora", le confesé, sintiendo el significado de las palabras al salir de mi boca.

Miranda negó rápidamente con la cabeza.

"No, no te dejaré revolvarte en la autocompasión. Eres una buena escritora. Sólo tenemos que volver a motivarte. Tal vez podrías escribir algo diferente, un género completamente nuevo. Eso aportaría variedad".

Me mordí el labio. "¿Cómo qué?"

"Oh, no sé... ¿Qué tal un romance? Algo nuevo. ¡Inténtalo!"

Me reí cínicamente, crucé las piernas, me quité el libro del regazo y lo tiré sin miramientos al suelo junto a los demás libros.

"¡Qué bien! ¡Voy a escribir una novela romántica! Sí, ¿cómo? Ni siquiera sé qué se siente". Entonces estiré las piernas y el cuello.

"No seas tan dramática. Podrías escribir una novela romántica mientras duermes, con lo buena que eres". Miranda extendió la mano y me apretó el brazo. No iba a dejar pasar esto.

A pesar de mi malhumor, era agradable saber que mi hermana creía en mí.

"Gracias, Miranda. Me alegra oírlo", dije.

"Ya lo sé", respondió ella, poniéndose en pie y volviendo a la caja que estaba desempaquetando.

Durante unos minutos trabajamos en silencio, desempaquetando y ordenando las diversas cosas que había traído de Nueva York: libros, chucherías, cubiertos, platos, fotos. Hice todo lo posible por no ponerme sentimental ni llorar por los recuerdos de mi vida con Leo.

Inimaginable si además hubiéramos tenido hijos. Cuánto más difícil hubiera sido superarlo...

Aquel pensamiento era aterrador y, a la vez, extrañamente reconfortante. Mi vida era un caos, pero al menos no tenía que ser responsable de la vida de otra persona. Eso probablemente me habría vuelto loca.

"¿Tienes ya algún plan, ahora que estás aquí?", preguntó.

"¿Algún plan? ¿Cómo? El único plan es sobrevivir y tomarse las cosas día a día".

La sonrisa de Miranda se volvió pícaro. "Bueno, claro. Pero yo hablo de planes divertidos. A ti *te gusta* la diversión, ¿no?"

No sabía si reírme u ofenderme. La forma en que el cerebro de Miranda funcionaba a veces me asombraba cada vez.

"Oh, por favor. ¿Estás hablando de quedar con alguien? ¿*Ahora*? Acabo de llegar, ¿no? Además, estoy destrozada, ¿recuerdas? Apenas puedo con la vida cotidiana. No creo que sea el momento adecuado para salir con un chico" dije con sarcasmo, haciendo grandes aspavientos.

Miranda, sin embargo, no se inmutó. Se encogió de hombros mientras desenvolvía un montón de paños de cocina. "No sé. Tal vez sería bueno, un poco de *distracción* nunca hace daño a nadie", dijo y me guiñó un ojo.

Quería disfrutar de esos momentos, reírme con mi hermana, reírme de un chico, pero era imposible. Leo había dejado su marca y costaría tiempo y esfuerzo deshacerse de ella.

"No lo sé. La ruptura con Leo me ha dejado destrozada. No puedo confiar en nadie en este momento".

La cara de Miranda se contorsionó como si hubiera olido algo malo. "Leo es un idiota y espero que pronto no sea más que un mal y lejano recuerdo. No puedes dejar que alguien así influya en tu vida para siempre".

Ojalá yo pudiera ver las cosas tan claras como ella, pero cuando te casas con alguien y le das tu confianza, no es tan fácil cambiar de opinión y empezar una nueva vida. Los recuerdos con Leo se me habían metido en la piel y no podía desterrarlo de mis pensamientos de un día a otro.

"Bueno, no tienes que preocuparte por eso. Tienes a Harrison", dije en tono tranquilo. Esperaba que este cambio de tema me quitara protagonismo a mí y a mis problemas, y no me equivocaba.

"¡Así es! A veces tengo que pellizcarme el brazo porque es tan maravilloso. Me siento como una reina cuando estoy con él. Estoy deseando que llegue la boda".

Me invadió la sensación de que Miranda confiaba demasiado en su prometido, si es que todo no me engañaba. No quería que se sintiera herida como yo.

"Podríamos escuchar música", sugerí para llenar el silencio que se abrió entre nosotras.

"¡Claro!", dijo Miranda, volviendo a la zona de la cocina.

La música que eligió era suave y juguetona, algo que recordaba al romanticismo.

Personalmente, habría elegido algo más furioso, más rebelde, en el sentido que acababa de sentir.

Sin embargo, una cosa era segura, Miranda podía centrarse en su romántico "felices para siempre".

Pero las cosas no funcionaban así, al menos para la mayoría de la gente.

Pero ahora tenía que desempacar muchas cosas primero.

Capítulo 2

Marcus

En momentos así, desearía tener un compartimento secreto en mi escritorio con espacio para el alcohol.

En algunos bufetes de abogados, esto no era inusual. Algunas personas que conocía tenían incluso compartimentos secretos en sus estanterías.

"Me vendría muy bien algo así ahora mismo", murmuré para mis adentros. Tenía el cuello y los hombros tensos y traté de aflojarlos con algunos estiramientos. En realidad, no necesitaba esforzarme tanto, porque no sería capaz de sacudirme tan fácilmente lo que acababa de ocurrir.

Mi mirada se deslizó hacia el expediente que tenía delante, el de mi cliente más reciente: Fyodor Palatin, que se hacía llamar Fodo, mirándome fijamente.

Todo en él era estridente, chillón y repulsivo, desde sus zapatos y trajes baratos y chillones hasta su corte de pelo pompadour y los anillos en sus meñiques. Era un cliché viviente.

Ahora, por desgracia, era mi cliente.

La palabra escoria no bastaba para describirlo.

Aparté el expediente y me recosté en la silla. Mi lista de tareas se agolpó en el fondo de mi mente: alegatos que revisar, documentos que investigar y pruebas que examinar. Ser abogado era un trabajo que requería doce horas al día, casi siete días a la semana.

Sobre todo, me encantaba mi trabajo. Pero también había trabajado duro para conseguirlo. Había estudiado mucho para ser el mejor de mi clase, conseguir una beca para estudiar Derecho en Harvard y allanar mi camino hacia la cima para conseguir ese trabajo de primera en un bufete puntero en el corazón de Los Ángeles.

El siguiente objetivo de mi lista era convertirme en socio y ya estaba muy cerca de lograrlo. Me dio el impulso que necesitaba e hizo que todo el trabajo duro mereciera la pena.

Pero hoy no. Hoy he recordado la otra desafortunada realidad del trabajo: las personas que no habían hecho más que tomar malas decisiones en la vida y luego esperaban que gente como yo limpiara sus errores.

Se me escapó un largo suspiro. Me llevé las manos a la nuca, renuncié a quedarme una hora más y me limité a mirar a mi alrededor. Había recorrido un largo camino y había trabajado muy duro para llegar hasta aquí. Era importante tenerlo presente.

A pesar de que todo a mi alrededor se ha sentido hueco y vacío últimamente.

Pero, ¿por qué? ¿No era todo por lo que había trabajado tan duro?

Podía sentir literalmente la vibración a mi alrededor. La asociación estaba al alcance de mi mano. Se acercaba la reunión anual en la que los directivos del bufete se reunían en torno a caros canapés y cócteles, y yo sabía que mi nombre estaba en la lista de candidatos preseleccionados.

Al menos así debería ser, porque había trabajado demasiado para ser considerado.

Entonces, ¿por qué me sentía tan vacío?

Sí, Fodo era un cliente detestable, pero no tanto como para desanimarme por completo. Entonces, ¿qué me pasaba?

Mi vida era plena. Tenía todo lo que quería hasta ese momento. Al menos eso pensaba yo.

"Contrólate", murmuré, bajando los brazos y sintiendo cómo la sangre volvía a correr por ellos.

Abrí el cajón del escritorio a mi izquierda y saqué una invitación. Era elegante y de buen gusto,

impresa en un costoso papel hecho a mano.

En un bucle sin fin, leí las palabras una y otra vez:

Se solicita el honor de su compañía para celebrar el matrimonio de Harrison Blake y Miranda Davenport... ... y Miranda Davenport.

Mis ojos pasaron por alto los detalles hasta la fecha de la respuesta. Era dentro de dos días, así que tenía que decidirme.

Volví a leer la parte inferior de la invitación: *Usted y su acompañante son muy bienvenidos.*

Fruncí el ceño: Usted y su acompañante.

"Toc, toc", oí una voz que me sobresaltó.

Dejé caer rápidamente la invitación en el cajón y lo cerré.

Era Elliot Bennett; su costumbre habitual de decir "toc, toc" en lugar de llamar a la puerta le había delatado.

Justo a tiempo, le di forma a mi cara para que Elliot la reconociera. Elliot no simpatizaba con la melancolía.

"Hola, ¿te importa si entro un momento?", me preguntó despreocupado y se sentó en la silla frente a mi escritorio antes de que pudiera decir una palabra. Su traje a medida gris marengo le sentaba de maravilla y lo combinaba con una camisa lila. Su corte de pelo de quinientos dólares era perfecto, como siempre, y sus dientes blancos como perlas acentuaban su aspecto general.

Elliot era un semental y lo sabía. También era un buen abogado y yo estaba orgulloso de conocerle.

"En absoluto", respondí.

"Me enteré de que te cargaron con Fodo. El tipo ha estado amenazando con convertirse en nuestro cliente desde hace un tiempo..."

Hay que reconocer que Elliot siempre iba directo al grano.

Asentí y traté de mantener mi cara neutral. "Sí, es un verdadero imbécil".

Elliot se rió. "Sí. Lamento que te tengan que utilizar para esta prueba. Quizá sea la última prueba antes del gran anuncio", dijo, levantando las cejas para enfatizar. Los dos sabíamos cuánto deseaba yo la posición de socio y Elliot sacaba el tema cada vez que podía.

"Puede ser. Pero tío, ¿por qué eres tan cabrón?", me quejé y me recosté en la silla.

El rostro de Elliot se puso serio. Por mucho que el tipo fuera un jugador y un compañero, creía en el poder de nuestro trabajo. En la importancia de lo que estábamos logrando día a día. Sentí exactamente que quería recordármelo ahora.

"Oh, vamos. El hombre apesta, pero sigue siendo un cliente", comenzó Elliot.

"Oh no, por favor...", le contesté.

"Bueno, ahora en serio. Mira, tenemos un gran trabajo aquí. Defendemos a la gente y, por supuesto, no todo el mundo encaja en el modelo de víctima agraviada. Algunos son como Fodo. Pero odiaría vivir en un mundo en el que no existiera este sistema".

"Tienes razón", respondí simplemente, esperando que eso pusiera fin a la discusión.

Para mi alivio, así era. Elliot cambió rápidamente de tema. Cruzó sin miramientos una pierna sobre la otra y se inclinó de lado en su silla.

"Oye, ¿vas a ir a la boda de Harrison? Debería ser genial. Habrá barra libre, buena comida, un montón de caramelos para los ojos".

Mis ojos se posaron en mi escritorio. "No lo sé. No estoy seguro de ser realmente bienvenido allí y..."

Elliot se inclinó hacia delante para volver a mirarme a los ojos. "... ¿Y necesitas una

acompañante? ¿Es eso?"

Me limité a asentir. No me daba vergüenza, porque desde luego no quería ir con *nadie*.

Elliot sacudió la mano. "No te preocupes. Piensa en ello como una oportunidad. Hay mucha gente allí. He oído que la boda será *enorme*. Sólo tienes que ir y pasar un buen rato. Además, estaré allí cumpliendo con mi deber al lado de Harrison. Sé que él también se alegrará de verte allí. ¿Qué más razones necesitas?". Elliot me dedicó una sonrisa que sin duda ha conquistado a innumerables mujeres y clientes.

"Todavía me lo estoy pensando. Ya veremos. De momento no estoy disponible", dije con firmeza. Las sombras de mi última relación se cernieron sobre mi mente. Rápidamente las desterré. Definitivamente no quería gastar energía pensando en ello ahora.

Elliot se levantó y se alisó la chaqueta. "Como quieras. Pero no creo que haya mucho en juego, es sólo una oportunidad de salir para variar. Ya sabes, si encuentras a la mujer adecuada, puede ser bueno para ti por todo *tipo de razones*".

"¿Cuáles, por ejemplo?"

"Por ejemplo, para ganarse el favor de los superiores. Les gusta ver a un posible socio con una mujer que sea guapa y agradable. Piensa que es una jugada de negocios".

"Hmm, sí. Ya veremos", dije y me levanté. La idea sonaba un poco espeluznante por un lado y bastante extraña por otro. Pero Elliot tenía buen olfato para esas cosas. Guardé la idea para pensarla más tarde.

"Muy bien, de vuelta al trabajo", dijo Elliot. "Pero realmente necesitas confirmar la invitación. He oído que Harrison se está impacientando. Y se tomó muchas molestias para incluirte en la lista en primer lugar".

Torpemente, me levanté, me incliné hacia un lado y volví a sacar la invitación. Al volver a leer las palabras, sentí una atracción y una necesidad de estar cerca de los demás.

¿Qué era exactamente lo que me frenaba? ¿Era sólo lo desconocido? ¿El miedo a volver a sentirme herido?

¿Qué tenía que perder?

Tal vez Elliot tenía razón. Poco en juego, buena fiesta, bebidas de lujo. Mi traje más bonito volvería a estar entre la gente para variar. Eso siempre sienta bien.

¿No merecía sentirme bien?

Leí la invitación una vez más.

"Dile a Harrison que iré. ¿Satisfecho?", le pregunté, tirando toda la cautela al viento.

"Oh, claro que sí", fue lo único que Elliot respondió.

Capítulo 3

Vanessa

Su pago ha vencido. Por favor, haga los arreglos necesarios para liquidar la factura tan pronto como sea posible para evitar multas por demora y gastos de cobro...

La miniatura del mensaje parpadeando en la pantalla, acompañada de un fuerte pitido.

"Apaga eso, ¿quieres?", preguntó Miranda con una sonrisa forzada. La cubrían la maquilladora y la estilista, que trabajaban juntas para transformar a mi ya hermosa hermana en una novia aún más hermosa.

"¡Sí! Lo siento, lo siento", murmuré mientras pulsaba el botón para silenciar el teléfono. Pero no podía borrar el mensaje de mi mente. Se me revolvió el estómago.

Debería haber apagado el teléfono, guardármelo en el bolsillo e ignorarlo. Pero no pude. Me habría hecho sentir insegura el resto del día.

Y hoy era un gran día: la boda de Miranda. Hoy tenía que estar a su lado y asegurarme de que su día transcurriera sin contratiempos.

En resumen, tenía que estar presente.

Esto significaba que *ahora tenía* que mirar el móvil mientras tenía ocasión.

"Maldita sea", susurré al abrir todo el mensaje. Era exactamente lo que me temía. Otra factura que vencía, otra cantidad de dinero que tenía que transferir.

Y todo tuvo su origen en mi matrimonio con Leo.

Cuando nos casamos, yo había firmado un contrato matrimonial. En ese momento Leo era un exitoso hombre de negocios. No, era un hombre de negocios demasiado exitoso. Yo acababa de entrar en el mundo editorial y no había aportado mucho económicamente al matrimonio. Pero él sí y me acostumbré rápidamente a no preocuparme por las facturas.

Pero cuando nos divorciamos, el acuerdo prenupcial había entrado en vigor y golpeó. Todavía tenía que pagar la mitad de las facturas. Sin los ingresos de Leo, de repente tuve que buscar dinero que no tenía.

El trabajo de editora había estado bien pagado, pero el dinero seguía sin ser suficiente. Apenas llegaba a fin de mes como camarera en el restaurante de mi familia. El sobre coste de un piso en Nueva York, donde ya no vivía, me parecía excesivamente duro.

¿Cómo demonios iba a pagar esas facturas?

"¿Vanessa? ¿Qué te parece? ¿Un poco más alto o te parece bien?", me gritó Miranda mientras adelantaba la cabeza hacia la peluquera. Tenía el pelo lleno de rizos y la peluquera le levantó la raya para mostrarme la altura. "¿La quieres más alta?"

Dejé a un lado el tema de la factura. Mi hermana me necesita en ese momento.

"Uhhh... no demasiado alto, o acabarás pareciéndote a Jackie O...", sugerí. Miranda frunció el ceño brevemente y volvió a centrar su atención en la estilista.

Mirando alrededor del salón, calculé rápidamente cuánto le costaría esto a Miranda. Además de mí, Miranda tenía otras dos acompañantes: su amiga de toda la vida Lucy Jackson (una pelirroja picante con unos ojos como cuadros) y Fiona, hermanastra de Harrison y nueva amiga de Miranda a la que apenas conocía.

"Terminaremos en unos minutos y volveremos a la suite", anunció Miranda. Le levanté el pulgar.

La Suite.

En esta suite, lo sabía, estaba el vestido que iba a llevar. Un vestido que me asustaba cada vez que lo miraba.

No porque fuera feo, sino todo lo contrario. Era precioso y se adaptaba perfectamente a mi cuerpo: resaltaba muy bien mis curvas.

Era el precio. Miranda pagaba por muchas cosas, pero esta no era una de ellas.

No tenía ni idea de cómo pagarlo.

"¿Qué te parece?", preguntó Miranda alegremente. Las estilistas se separaron ante ella y vi a mi hermana. Aunque llevaba una camisa vaquera desteñida y unos leggings, parecía la novia.

Mi corazón se apretó por muchas razones. En primer lugar, porque mi hermana pequeña estaba increíblemente guapa, como debe estar el día de su boda. Su cara estaba radiante de felicidad y expectación.

Y en segundo lugar, porque yo también me había visto así alguna vez.

"Estás... impresionante", dije, reprimiendo las lágrimas que brotaban. Me levanté, caminé hacia ella y tomé sus manos entre las mías. "Eres una novia preciosa".

Sonrió ampliamente y apartó las manos para abanicarse. "¡No me hagas llorar, Vane! Se me va a correr el maquillaje".

El momento pasó entre nosotras y pronto Miranda nos estaba metiendo a todas en el coche de alquiler para llevarnos a la suite. Subí y me senté atrás mientras Lucy, Fiona y Miranda charlaban alegremente delante, comparando peinados y haciéndose selfies.

En el coche había una emoción vertiginosa e hice todo lo posible por dejarme llevar por ella. Pero un rastro de tristeza seguía apareciendo, como una brisa fría en un día de verano.

Sin yo desearlo, volvió a mi mente una imagen nítida del día de mi propia boda.

No sabía que todo había sido mentira, pero las promesas que nos habíamos hecho aquel día habían sido completamente unilaterales. Lealtad y amor hasta el final de nuestros días sólo le había jurado yo.

Él no lo había hecho. Las aventuras comenzaron casi inmediatamente después de los votos matrimoniales y se acumularon más tarde.

"¡Vanessa! Ven con nosotras!", instó Miranda desde el frente.

Asombrada, me di cuenta de que ya habíamos llegado.

Miranda me pasó el brazo por los hombros. "¿Estás bien?"

Sonreí ampliamente y le di un besito entrecortado en la mejilla. "Sí, estoy un poco emocionada. Vamos a vestirte entonces".

Se relajó visiblemente y atravesamos las puertas del vestíbulo. "Allá vamos", anunció la organizadora de bodas.

Al darme la vuelta, volví a mirar atentamente a Miranda antes de que se convirtiera en la Sra. Blake. Estaba radiante. Su vestido entallado se ceñía a su cuerpo como una segunda piel, el delicado encaje color crema favorecía y acentuaba su busto, sus caderas y sus largas piernas.

La organizadora se ocupó de la larga cola y la extendió para que se formara una romántica línea detrás de ella, cayendo sin esfuerzo desde el atrevido vacío de la espalda abierta.

El velo de Miranda flotó sobre su espalda, empezando en la nuca. Casi desafiando a la gravedad, cogió el aire y cayó detrás de ella como un beso soplado.

Miranda y yo volvimos a mirarnos a los ojos.

"Te quiero" susurró, me sopló un beso y me volví hacia el vestíbulo. La música sonó y Trey

nos dio la señal.

El cortejo nupcial había comenzado.

Para mí el tiempo pasó volando. Después de alinearnos en formación y flanquear a los novios como habíamos ensayado, me concentré más en recomponerme que en el desarrollo de la ceremonia en sí.

"... y por la presente los declaro marido y mujer", dijo solemnemente el funcionario del registro civil, que había sido contratado para la ocasión.

Miranda y Harrison se inclinaron para besarse y la sala estalló en vítores. Cuando me oí vitorear, casi creí sentir físicamente aquella exultación en la sala.

Mientras aplaudíamos, vi a un hombre moreno muy atractivo en las últimas filas. Nunca le había visto antes. Había algo mágico en él. Como si me hechizara inconscientemente. Cuando nuestras miradas casi se cruzaron, el público se levantó y me tapó la vista.

Tras el beso, la feliz pareja se abrió paso entre los vítores de los invitados hasta la salida. Los invitados les siguieron para felicitarles y estrecharles la mano.

Nunca había visto a mi hermana tan feliz. Harrison era un hombre fabuloso.

Ojalá lo supiera y ojalá nunca la engañara.

Ahora noté que Elliot Bennet me miraba con preocupación y me di cuenta de que había estado frunciendo el ceño todo el tiempo. Rápidamente volví a poner cara de alegría por Miranda.

Tenía que controlarme. La boda aún llevaría mucho tiempo.

Tras el vertiginoso sprint llamado sesión fotográfica, por fin nos permitieron unírnos a los demás invitados y disfrutar de cócteles y canapés. La fiesta ya estaba en pleno apogeo cuando nos unimos a ellos y agradecí poder coger un vaso de seltzer, que acabé rápidamente con un poco de champán.

A mi alrededor se sucedían las conversaciones.

"Una ceremonia tan hermosa..."

"¡Tu vestido! ¡Simplemente fantástico!"

"Son tan hermosos, los dos..."

Deambulé, saludando con la cabeza a los pocos conocidos. Mi objetivo era un camarero que pasaba por allí. A estas alturas ya me apetecía un canapé, pero el personal de pies ligeros era difícil de localizar, sobre todo porque yo estaba algo limitada por mi vestido largo y mis tacones altos.

"Hola, ¿puedo...?", llamé y alargué la mano para tirar de la manga de un camarero que pasaba. Cuando se volvió, me tendió la bandeja. Con toda la delicadeza que pude, cogí una servilleta y coloqué la bruschetta sobre ella.

Después de comer algo, me di la vuelta porque quería observar a la multitud que me rodeaba. Sabía que pronto tendría que reunirme con el cortejo nupcial para la entrada oficial.

Pero no estaba sola.

Unos ojos oscuros me observaban. Esos ojos pertenecían a un rostro memorable. Era oscuro y anguloso, su piel de un rico tono oliva. Su cabello oscuro era perfecto. Era el hombre que me había llamado la atención en la ceremonia. Aquí estaba, cautivándome una vez más, nuestra conexión casi tangible, como el hilo de una araña.

Sin apartar la mirada, estudió mi rostro.

El tiempo parecía ralentizarse mientras nos mirábamos.
Entonces el camarero de antes me dio un golpecito en el brazo.
"¿Desea algo más?", preguntó amablemente.
"Eh... claro", dije vacilante y cogí algo más de su bandeja.
Cuando se hubo marchado, miré hacia donde había estado el desconocido.
También había desaparecido.
¿Quién era?
Y lo que era aún más importante: ¿volvería a encontrarle?

Capítulo 4

Marcus

"Parece que después de todo has cambiado de opinión. He oído que tenías dudas sobre si venir aquí", dijo Desmond Bennet, mirándome brevemente. Él y algunos de los demás invitados estaban de pie junto a la entrada de la gran sala donde iba a tener lugar la ceremonia.

Aún faltaban unos veinte minutos para el comienzo y ya se había congregado una gran multitud, pero sólo unos pocos habían tomado asiento.

Como cada vez que tenía delante al hermano gemelo de Elliot, tenía que hacer una pausa para asegurarme de que realmente estaba hablando con Desmond.

"Sí, creo que me sobra el tiempo", respondí perezosamente, mirando a mi alrededor. Solo había un puñado de personas conocidas y, de momento, ninguna parecía mirarme mal.

Hasta ese momento, todo bien.

"Va a ser una gran fiesta", respondió Desmond, mirando a los invitados. "Elliot me ha dicho que no han reparado en gastos. También hay muchos VIP en la lista de invitados, una buena oportunidad para hacer algunos contactos".

Me miró fijamente. "Pero sería más fácil si tuvieras una acompañante. ¿Estás aquí solo?"

Asentí con la cabeza, sin querer darle más información a Desmond.

"Creo que me sentaré", dije alejándome de él.

Mientras tomaba asiento al lado del novio, miré el reloj: faltaban diez minutos. Cada vez más invitados encontraban sus asientos y aunque había algunas mujeres guapas, no encontré interés en ninguna de ellas. Ninguna tenía la chispa que normalmente me indicaba que había una atracción detrás.

Me senté y esperé a que todo empezara.

Harrison parecía inusualmente nervioso, con el rostro encendido y el cuerpo tenso mientras cambiaba el peso de una pierna a otra. Elliot le puso una mano en el hombro para tranquilizarle y le dijo algo al oído, ante lo cual Harrison asintió.

¿De verdad era tan angustioso casarse? Quizá ésa era otra de las razones por las que quería evitarlo el mayor tiempo posible.

Cuando los invitados se reunieron, la música se detuvo. Se produjo el inevitable momento que sucede en todas las bodas, cuando todo el mundo se queda callado como un ratón a la espera de la entrada de la novia.

Tras un breve silencio, comenzó a sonar la marcha nupcial, mucho más fuerte que la música de fondo de antes.

El cortejo nupcial se dirigió hacia el altar.

La segunda mujer al final del pasillo central me llamó la atención. Su atracción, que yo sentía en lo más profundo de mi ser, era evidente.

Era la mujer más maravillosa que había visto en mi vida.

Sus movimientos eran de una gracia encantadora y el gris plateado de su vestido le sentaba de maravilla. El pelo castaño oscuro, ondulado y suelto, le caía en cascada por la espalda, con un rizo sujeto hacia arriba con un pequeño pasador de brillantes.

Su piel brillaba sonrosada y sus labios carnosos parecían hechos para besar.

¿Quién era ella? Tenía que ser alguien cercana a la novia.

La misteriosa mujer flotó por el pasillo y ocupó su lugar en la plataforma.

Tras otra pausa, la música se hizo más intensa y esa fue la señal para que los presentes se pusieran en pie para recibir a la novia en persona. Reconocí a Miranda en cuanto entró. Mi timidez por asistir a aquel acontecimiento desapareció en ese momento, pues la novia tenía sin duda mejores cosas que hacer hoy que mirarme con odio. Además, Harrison había contribuido a invitarme.

Tuve que admitir que estaba preciosa, pero mi atención se centró en la dama de honor, que observaba a la novia con una expresión en el rostro que no supe identificar.

De repente sentí el deseo de saber más sobre ella. Todos los planes que tenía de marcharme justo después de la ceremonia se esfumaron.

La ceremonia fue, a todas luces, romántica y sincera. Pero apenas me di cuenta de todos los detalles, tan distraído estaba por la hermosa mujer de pelo oscuro.

Por suerte no tardó tanto y pronto estábamos aplaudiendo y vitoreando el último beso. Todos parecían felices, lo difícil había terminado, ahora tocaba celebrarlo.

Al menos para todos los demás, porque yo tenía un trabajo que hacer. Tenía que averiguar quién era la dama de honor.

Después de que la feliz pareja saliera del altar hacia el pasillo, los invitados empezaron a seguirles en un caótico desorden. Entonces empezó la hora del cóctel.

Seguí tranquilamente a la multitud, mirando en todas direcciones para ver a la misteriosa mujer. No se la veía por ninguna parte. Sin duda se había retirado un momento antes de que empezara la sesión de fotos.

Cuando me acerqué a las puertas del salón de baile, vi a los recién casados en el atrio, donde ya se había formado una cola para la recepción. Me tragué mis dudas y me uní rápidamente a la cola, dejando que el bullicio de los invitados me invadiera como un ruido blanco. Todo el mundo estaba de buen humor, el ímpetu de la ceremonia llenaba a todos de alegría.

Pronto la cola había avanzado tanto que yo era el siguiente. De cerca, Miranda estaba igual de guapa. Abrazó a un señor mayor que estaba delante de mí y le dio las gracias por sus buenos deseos.

Sin embargo, cuando me miró, su sonrisa se desvaneció un poco y fue sustituida por algo menos amistoso.

"Enhorabuena, Miranda", dije, intentando no sonar demasiado rígido y formal.

"Gracias, Marcus", contestó ella, su tono coincidía con el mío. "Me alegro de que hayas podido venir".

Ah, bueno. Al menos no le sorprendió que estuviera aquí. Harrison debe haberlo arreglado con ella de antemano.

"Yo también y te deseo muchos años felices", le dije.

"Gracias".

Seguí mi camino sin intentar darle la mano ni un abrazo. Agradecí que la parte desagradable hubiera terminado y pudiera seguir adelante para ver a Harrison.

En cambio, él me saludó con un abrazo enorme. "¡Oh, tío! ¡Has venido! Gracias".

Le di una palmadita en la espalda. "¡Enhorabuena, tío! Te deseo lo mejor".

"Gracias. Tengo una novia estupenda, soy afortunado".

Sentí que la fila empezaba a moverse y supe que tenía que hacer mi siguiente pregunta rápidamente. "Oye, Harrison - sólo por curiosidad - ¿quién es la dama de honor, la del pelo oscuro?"

"¿Ella? Es Vanessa, la hermana mayor de Miranda. Se acaba de mudar aquí desde Nueva York".

La noticia me golpeó como un mazazo.

"Ah, vale, es bueno saberlo. Bueno, nos vemos en la fiesta. Disfruta del día, tío".

Harrison volvió a abrazarme antes de seguir saludando a los demás invitados.

Me alegré mucho de poner fin a esta conversación. Mis pensamientos iban a toda velocidad.

¿La mujer que tanto me cautivó era la hermana de la novia? ¿Una mujer que probablemente preferiría no volver a verme?

¿Qué debo hacer con esta información?

Me apresuré entre la multitud para conseguir lo antes posible la bebida que necesitaba.

Capítulo 5

Vanessa

"¿Me da un vaso de seltz, por favor?", le pedí al camarero con cara de dolor.

Dos copas de champán más y dejaría de beber por esa noche. Quería estar sobria y no mareada y hacer el ridículo. ¿Quién quería a una dama de honor recién divorciada y borracha en el banquete haciendo el ridículo?

Yo no, muchas gracias. El divorcio y la soltería ya eran bastante malos. No necesitaba añadir un *cliché flagrante* a mi lista de logros.

Un momento después, el camarero me entregó un vaso, adornado con una rodaja de lima, y le di las gracias.

Le di un sorbo a mi bebida y disfruté del cosquilleo de las burbujas que pasaban por mi paladar y bajaban por mi garganta.

Miranda y Harrison se inclinaron el uno hacia el otro en su mesa de novios, sin duda susurrándose algo cariñoso. Los invitados estaban de pie o sentados alrededor, algunos charlando en grandes grupos, otros disfrutando de su café de sobremesa. Me alegré de tener un momento para mí antes de que empezara el baile.

Entonces volví a verle entre la maraña de gente que llenaba la sala, el hombre misterioso de tez aceitunada y pelo oscuro. Estaba apartado de los demás jóvenes con sus trajes de mil dólares, sostenía un vaso en la mano y me miraba directa e intensamente a los ojos.

Aunque sólo había bebido dos copas de champán minutos antes, su mirada me mareó ligeramente. Con el corazón latiéndome deprisa, me lamí los labios y bebí otro trago de seltz en un vano intento de mantenerme a la altura de sus ojos.

No sabía si sentir miedo o fascinación. Mi ego, magullado y maltrecho, no se decidía.

Sólo una cosa era segura: era casi imposible apartar la mirada. Era casi magnético. La tímida voz de mi interior me decía que apartara la mirada. Pero luché contra ella, mi mirada resistió la suya y le reté a perder.

Ninguno de nosotros tuvo la oportunidad de tomar esa decisión.

"Queridos invitados, ¡prepárense para el primer baile!", llamó el DJ.

Los invitados a la boda saltaron de sus asientos y se acercaron al borde de la pista de baile, rompiendo el contacto visual entre el hombre misterioso y yo.

Estaba tan distraída que me había bebido todo el vaso de seltz en poco tiempo. Volví a dejarlo en la barra e intenté calmar mi palpitante corazón.

"Demos la bienvenida al Sr. y la Sra. Blake a la pista para su primer baile". El DJ animó a la multitud a vitorear mientras Harrison se levantaba galantemente y ofrecía la mano a su recién esposa, inclinándose al hacerlo.

Con un gesto exagerado, Miranda le cogió de la mano y el público enloqueció. Mientras él la conducía a la pista de baile, Miranda giró dramáticamente para que su vestido diera vueltas de ensueño con la cola ahora recogida. Las mujeres la aclamaban.

Mi trabajo como dama de honor era estar con ella y animarla. Con un suspiro de resignación, renuncié a cualquier esperanza de volver a ver a aquel hombre misterioso y me dirigí a la pista de baile.

Pero no me atrevía a unirme a los invitados que bailaban. Algo intangible e inexplicable me retenía.

Necesitaba otra copa. Tal vez, después de todo, me daría el gusto de tomar el tercer champán.

Cuando me di la vuelta para volver al bar, de repente me tocaron en el brazo.

Giré la cabeza en esa dirección y gemí. A menos de diez centímetros de mi cara estaba el hombre misterioso. Tenía su mano alrededor de mi antebrazo y lo apretaba ligeramente. Su contacto me produjo una descarga eléctrica.

"Baila conmigo", me susurró al oído en un barítono profundo y empezó a arrastrarme hacia la multitud que bailaba.

Algo dentro de mí quería que protestara y le dijera a ese arrogante que se fuera. Pero no podía. Mi cuerpo era impotente y no podía detenerle. Esas dos palabras no eran una petición, sino una orden, y aunque debería ofenderme, el poder que había tras ellas me hizo dudar.

En cuestión de segundos estábamos en medio de la multitud, moviéndonos al ritmo de la canción mientras la romántica canción sonaba a nuestro alrededor.

La lógica y la decencia exigían que me distanciara de él y lo rechazara. Yo era una mujer moderna capaz de tomar sus propias decisiones. Ni siquiera sabía su nombre. ¿Cómo podía tratarme así?

Sin embargo, había algo en él que me resultaba irresistible. Su voluntad de ir más allá, de tomar una situación por los cuernos y marcar la diferencia. Estaba lejos de poder resistirme a eso.

El ritmo de la canción latía entre nosotros mientras bailábamos. Nos movíamos juntos sin esfuerzo, nuestros cuerpos se movían a nuestro ritmo común con una facilidad que me sorprendió.

La canción tocaba a su fin, pero inmediatamente se pasó a la siguiente. Los invitados que bailaban reunidos vitorearon agradecidos. Sin perder el ritmo, mi pareja de baile siguió moviéndose a mi alrededor.

De repente sentí su aliento en mi cuello. Olí su perfume. Un aroma ahumado, impregnado del olor de la tierra fresca y el cielo nublado. Empujones de pasión me invadieron.

Era como echar agua a una planta moribunda. Hasta ese momento, no me había dado cuenta de cuánto había echado de menos la atención sencilla y sin adornos.

Este hombre, quienquiera que fuese, me lo concedió descaradamente. No me extraña que sintiera curiosidad.

"¿Cómo te llamas?", pregunté y seguí bailando.

"Marcus King", dijo con una sonrisa irónica.

"Vanessa".

Enarcó una ceja. "¿Sólo Vanessa? ¿Eso es todo?"

Me aparté ligeramente de él y decidí mostrarme tímida. No tenía muchas armas en mi arsenal a la hora de ligar (¿cuánto tiempo había pasado exactamente?), pero no podía desvelar mis secretos tan fácilmente.

"Sí, por ahora".

Más que disuadirle mi reticencia, pareció espolearle. Con una sonrisa arrogante, volvió a inclinarse hacia delante.

"Habrás notado que llevo toda la tarde intentando llamar tu atención".

Me mordí el labio y me limité a asentir.

"Me alegro de haberlo conseguido por fin. Eres aún más hermosa de cerca".

Por un momento dejé de bailar y traté de mirar al tipo desapasionadamente. ¿Me estaba tirando

los tejos para conseguir un número rápido? ¿O estaba realmente interesado? ¿O era sólo un juego?

Mis problemas de confianza eran evidentes, pero no podía irme, todavía no.

"¿Lo soy?"

¿Cuánto quería creerle a este tipo?

Y entonces llegaron las palabras que realmente me molestaron.

"Lo eres. No me había sentido tan atraído por una mujer en mucho tiempo".

El revoloteo de mi estómago aumentó extraordinariamente.

"Oh", fue lo único que se me ocurrió responder.

Durante el resto de la canción ya no hablamos. Nuestros cuerpos siguieron comunicándose a través de la danza, retorciéndose y en una pequeña órbita. Sus manos parecían estar en todas partes a la vez. Justo cuando creía que había sido un accidente, *¿su mano me había rozado el muslo?*, le sorprendí mirándome y en su cara se reflejaba el hambre.

Pronto mis manos empezaron a vagar también, subiendo y bajando por su espalda, acariciando la parte delantera de sus pantalones. El deseo estaba ahí, era inconfundible.

Y pude sentir algo primario, algo caliente creciendo dentro de mí.

Cuando terminó la música y siguió otra canción, Marcus volvió a inclinarse hacia delante.

"¿Quieres salir de aquí? ¿Conocernos en algún lugar más... más tranquilo?"

Mi primer instinto fue negarme. Aparté la cara de la suya y busqué su expresión. No había lascivia. Era más bien una mirada de confianza que decía *sé que dirás que sí*.

Y contra toda lógica, estuve de acuerdo.

"Claro", me oí contestar.

"Estupendo. Conozco el sitio perfecto", dijo antes de darse la vuelta y abrirse paso entre los invitados. No miró atrás para ver si le seguía. *Sabía* que yo estaría allí.

No sabía si debía ofenderme o alegrarme.

Sólo sabía que quería más...

Capítulo 6

Vanessa

Unos minutos más tarde cruzamos la carretera hacia otro hotel. Este era igual de lujoso, pero un poco más tranquilo que el que acabábamos de dejar.

Con unos pasos, Marcus se acercó al conserje y habló en voz baja.

Con mi vestido de dama de honor, me apoyé en el alto mostrador de recepción, un poco avergonzada, e intenté poner en orden mis pensamientos.

¿Qué estaba haciendo allí? Hace años que no tenía una aventura. ¿Era realmente lo que estaba a punto de suceder? ¿Por qué me hacía preguntas tan estúpidas? Por supuesto que pasaría algo.

Fue una idea terrible. Todavía estaba sufriendo por mi divorcio. Lo último que necesitaba ahora era liarme con otro playboy rico. Pero no podía negarlo: en ese momento estaba jodidamente dispuesta y Marcus era jodidamente sexy. ¿Cómo podía resistirme?

"¿Vamos?", preguntó Marcus al terminar la conversación con el conserje. En la mano llevaba una tarjeta llave de color blanco brillante.

"Eh, sí", dije, porque mi decisión ya estaba tomada y mi lógica se había desconectado.

"Ven conmigo entonces", dijo, abriéndose paso por el vestíbulo de mármol.

El ascensor de la izquierda se abrió primero y Marcus me hizo una señal para que entrara. Sin saber muy bien dónde me metía, entré en el ascensor.

Marcus pulsó el botón con el número "dieciséis" con el pulgar, las puertas se cerraron y nos pusimos en marcha.

"Espero que a nadie le importe que te escapes", dijo Marcus, aflojándose la corbata.

"Yo también lo espero. Pero lo más difícil ya ha pasado. Ahora están casados", logré responder. En la pequeña habitación sentí la misma deliciosa tensión que había surgido entre nosotros cuando habíamos bailado.

"Ahora lo están", Marcus enfatizó cada una de las palabras.

Sentí un retortijón en el estómago y el corazón me dio un vuelco. De repente, no sabía qué hacer con las manos.

No tuve que pensar mucho. Marcus dio el primer paso y redujo la distancia que nos separaba. Con una mano me agarró la cabeza y me atrajo hacia él. Nuestros labios se tocaron y se cerraron. Inmediatamente saltaron las chispas.

En seguida mis manos se deslizaron por su espalda y sentí sus fuertes músculos, la ligera elevación de sus nalgas. Era musculoso en todos los sitios adecuados.

Sentí cómo una mano se deslizaba por la tela vaporosa de mi vestido, desde la cintura y subiendo por las caderas, sobre el vientre y luego en un pecho, sus dedos palpando el pezón que sobresalía. Saltó otra chispa.

¡Ping!

Habíamos llegado a nuestra planta. Las puertas se abrieron. Jadeando, salimos. Marcus me sujetó por un dedo y me acompañó por el pasillo.

"He pedido champán a la habitación. Espero que no te importe".

"En absoluto, gracias".

Marcus sonrió ligeramente y torció el lado izquierdo de la boca.

"Ya hemos llegado", anunció e introdujo la tarjeta llave en el lector. Con un pesado pitido, la puerta se abrió y Marcus entró.

La habitación estaba suavemente iluminada. Un gran salón con ventanales desde el suelo hasta el techo ofrecía una vista impresionante del horizonte de Los Ángeles. Alfombras grises y sofás negros creaban una acogedora zona de estar. Un poco más allá del salón, divisé el borde de una cama enorme.

El nerviosismo aumentó.

Ya había un carrito de servicio en medio de la sala. En él había un recipiente refrigerado del que sobresalía una botella de champán. También había dos copas preparadas.

Cómo lo había conseguido Marcus tan rápidamente, no quería ni saberlo.

Son aquellas cosas sólo el dinero puede conseguir...

Marcus se apresuró a quitarse la chaqueta del traje, colgarla sobre una silla y servir dos copas de champán.

Me entregó una de ellas y sus ojos atraparon mi mirada. Eran oscuros como estanques y la tenue luz de la habitación se reflejaba en sus oscuras profundidades.

Levantó su copa en mi dirección.

"Por la mujer que cambió mi noche", brindó.

"¿Y... ¿por el hombre que puede estar a punto de cambiar la mía?", dije. El temblor en mi interior alcanzó el punto crítico.

Brindamos y bebimos.

Pronto sentí una especie de confianza en mí misma. Tal vez fueran las dos copas de champán que ya había bebido o el hormigueo de estar haciendo algo totalmente inesperado y extraordinario, pero ya me sentía ebria. Me invadió una ligereza y una despreocupación que tal vez -sólo tal vez- me meterían en problemas.

En el buen sentido, esperemos.

Marcus se acercó más a mí. Tan cerca que no había duda de lo que tenía en mente. Aunque acabábamos de conocernos, empezaba a darme cuenta de que Marcus era el tipo de hombre que cogía lo que quería *cuando* quería.

"Te he estado observando desde la ceremonia. Me... estás haciendo sentir algo". Su voz era una vibración profunda que resonaba en algún lugar profundo de su pecho. Esa vibración se convirtió en una ola de actividad sísmica en mi interior.

Tenía que admitirlo: Este tipo me excitaba de una manera que no había sentido en mucho tiempo. No era atracción, era pura lujuria sin adulterar. Sentí que mis bragas se calentaban.

"¿En serio?", susurré. Nuestros labios estaban a escasos centímetros. La copa de champán que tenía en la mano se interpuso entre nuestros cuerpos y las burbujas del delicioso líquido salieron a la superficie.

"Mm-hm", dijo, y entonces sucedió. Me besó: unos labios carnosos y cálidos sobre los míos. Al primer contacto, se me cortó la respiración: una descarga eléctrica.

En cuestión de segundos, el beso se había convertido en algo más: un auténtico hambre. Milagrosamente, Marcus consiguió coger mi copa de champán y dejarla intacta sobre la mesa mientras nuestras bocas seguían unidas por el beso.

Desconecté de mi cerebro, dejando atrás todas mis preocupaciones, miedos y molestas preguntas lógicas. Ya habría tiempo para eso en otro momento, pero no ahora.

Porque ahora estaba dedicando todo mi tiempo a este hombre que acababa de conocer. Eso iba en contra de todo lo que había pensado o hecho.

Me había rendido a él.

Las manos de Marcus acariciaron mi pelo y mi cuello y se deslizaron hasta mis hombros. A cambio, mis dedos volaron sobre su corbata y tiraron de ella para abrirla. Luego toqueteé los botones de su camisa. Cuando la camisa se abrió, sus manos se deslizaron por los tirantes de mi vestido. Fue un placer delicioso. Casi al mismo tiempo, la suave piel de su pecho quedó al descubierto mientras mi vestido caía hasta mi cintura, dejando al descubierto mi sujetador sin tirantes.

La parte superior de su cuerpo era exactamente como me la había imaginado: bien formada y fuerte. Su olor era cada vez más fuerte y avivaba aún más mi ardiente deseo.

Nuestros besos eran un intento de devorar al otro. Era un deseo que me sorprendía. Esta sensación hizo que mis manos bajaran aún más y tiraran de su bragueta. Un momento después sus pantalones habían desaparecido, su miembro estaba completamente excitado y listo.

Inevitablemente, las manos de Marcus pasaron de mis hombros a mis pechos y apartaron el sujetador. El deseo me recorrió y me hizo jadear.

Hasta entonces, no me había dado cuenta de cuánto tiempo hacía que no me tocaban y deseaban de esa manera. Leo había dejado de prestarme tanta atención hacía mucho tiempo. En cambio, la había dedicado a todas sus aventuras extramatrimoniales.

Seguíamos besándonos y moviéndonos juntos por la habitación, con la espalda caída sobre la cama. Los dos queríamos lo mismo.

Marcus rompió el beso y enterró la cabeza entre mis pechos mientras me bajaba el vestido.

"Joder, eres preciosa", murmuró entre los besos que me daba en los pechos. Lo único que quería era sentirlo dentro de mí. Era una necesidad primaria que desafiaba el lenguaje.

"Te deseo...", me oí decir. Una voz que no reconocí: la pasión destilada en su esencia.

"Pero primero...", dijo, tirando del vestido hacia arriba y por encima de mis brazos. Estaba desnuda y hambrienta y él era consciente de ello.

Su boca se dirigió a mi pecho izquierdo. Un momento después sentí placer y dolor al mismo tiempo. Tenía mi pezón profundamente en su boca. Fue un intenso beso de succión. Respiré agitadamente entre los dientes.

"¿Demasiado?", preguntó en voz baja.

"No..." Tuve que tragar saliva, porque era exactamente así.

Entonces algo más llamó su atención y su lengua se abrió camino hacia abajo. Acarició mi vientre y se clavó en mi ombligo antes de vagar aún más y encontrar ante sí mi centro de placer. Durante unos deliciosos segundos se detuvo allí, golpeándome con su cálido aliento. Luego...

"Oh", gemí cuando su lengua hizo contacto. Un escalofrío me recorrió, pura calentura. Marcus sabía lo que hacía.

Su lengua marcaba un ritmo que empezaba rápido y aumentaba con rapidez. Luego, con cuidado deliberado, su dedo se unió y se movió dentro de mí. Placer sobre placer. Era una sensación vertiginosa.

Su lengua y su dedo se movían juntos y tocaban cada nervio. Los llevó hacia arriba y hacia adelante y en todas direcciones, de modo que en mi cerebro las luces estallaron y crujieron...

"¡Oh! ¡Ah!" Llegué al orgasmo. Un torrente imparable de sentimientos reprimidos se apoderó de mí. Fue la liberación más pura. Su gruñido apreciativo puso fin a mi subidón mientras volvía a bajar.

"Ahora... ", jadeé, " ahora realmente te deseo dentro..."

Hizo lo que le dije. Un momento después lo sentí en la entrada de mi vagina húmeda y

dispuesta. Mientras me penetraba lentamente, mi cuerpo vibraba bajo la sensación de su delicioso movimiento. Durante unos segundos, nuestros cuerpos se detuvieron al encontrarse por primera vez de esta forma tan íntima.

Entonces Marcus empezó a moverse. Mis manos se aferraron a su cuello y mis ojos se cerraron de placer. Marcus enterró la cabeza contra mi cuello y respiró rápida y superficialmente.

Con cada embestida, sentía cómo aumentaba la tensión, el tipo de excitación que se acumula hasta la liberación más dulce. Ya podía sentir cómo crecía en mí a una velocidad inimaginable y cada nervio de mi cuerpo ardía.

Sus manos ahuecaron mi culo y Marcus siguió penetrándome mientras la fría sábana bajo mi espalda se calentaba.

Entonces, con un rápido movimiento, Marcus se echó hacia atrás, me agarró de uno de los pies y me dio la vuelta para colocarme el culo. Yo estaba encantada de recibirle así. Profundo y exigente, me penetró de nuevo, alcanzando un nivel completamente nuevo.

Gemí en la cama, con los dedos arañando el suave algodón.

"Te sientes tan... jodidamente increíble", dijo Marcus entre empujones. "¡Oh, Dios mío!"

Tuve que darle la razón. Nunca había sentido tal intensidad, tal obsesión animal durante el sexo. Hacía tiempo que se había evaporado cualquier preocupación, pensamiento o cualquier cosa parecida a la lógica. Sólo éramos dos seres humanos luchando por alcanzar las cotas más altas de la lujuria.

Y pronto estábamos allí. A medida que Marcus empujaba y empujaba, nuestros cuerpos chocaban, la velocidad y la intensidad aumentaban, perdí todo sentido del tiempo y el lugar, incluso la dirección. No era más que terminaciones nerviosas, ritmo pulsante y...

"Oh... en un minuto... en un minuto...", balbuceó Marcus.

"Adelante", le ordené.

"¡Ah!", gimió Marcus con fuerza al llegar al clímax.

Un instante después, yo también me corrí y la tensión se disolvió en un sensacional fuego artificial de sensaciones. Todo se desvaneció mientras me entregaba por completo. La redención estaba allí.

Unos instantes después, ambos habíamos vuelto a la tierra y empezábamos a despegarnos el uno del otro en posturas dulcemente ridículas.

Luego nos hundimos en las sábanas y nuestros cuerpos se enfriaron mientras la noche se hacía larga.

Marcus

No recordaba la última vez que me había dormido tan profundamente. Había sido por las dulces secuelas de lo que Vanessa y yo habíamos disfrutado. Sólo de pensarlo me excitaba de nuevo.

La habitación estaba oscura y revestida de terciopelo. Debía de ser entre la una y las cuatro de la madrugada. ¿Era importante?

Me volví con cuidado hacia la bella durmiente que estaba a mi lado. Estaba tumbada de lado, de espaldas a mí.

Incluso en la penumbra, su piel brillaba, un resplandor que absorbía la poca luz que penetraba en su interior.

Contemplé con placer la curva de sus caderas, que descendía hasta el valle de su cintura y

volvía a subir, con la media luna de un pecho apenas visible.

Su cuello estaba expuesto, un pequeño camino que conducía a la masa de pelo que se extendía sobre ella y era un glorioso desastre.

Algo en esta mujer me atrajo y me mantuvo cautivo. No sabía lo que significaba, pero tampoco quería saberlo.

Nos lo pasamos bien.

¿De verdad creía que podía seguir así?

No tenía ni idea.

Pero, ¿y si ella también lo quería?

La voz en mi cabeza sonaba extrañamente como la voz de Elliot con sus pensamientos fríos y seguros sobre el mundo. Sabía exactamente cómo conseguir lo que quería y cómo jugar el juego.

De repente, me desperté y un pensamiento se formó en mi cabeza.

"Una mujer bonita y simpática".

¿Podría ser Vanessa? ¿Estaría dispuesta a ser esa persona, a acompañarme y a encandilar a los responsables? ¿Cómo sería un acuerdo así? ¿Se involucraría siquiera?

No sabía adónde me llevaría todo esto, porque apenas conocía a esta mujer. Pero algo en ella me atrajo mágicamente.

¿Podría ser más?

O, si no, ¿podría ayudarme? Obviamente necesitaba una mujer a mi lado.

El pensamiento era burdo y a medias, pero ya había calado y no había vuelta atrás. Me lo habían dicho dos personas a las que respetaba y que sabían cómo jugar. Si quería hacer realidad mis ambiciones profesionales, necesitaba un as poderoso en la manga. Además, costaría dinero, mucho dinero.

El gran "sí" me amenazaba. ¿Lo aceptaría? ¿Era siquiera ético pedirlo?

Con Vanessa suspirando suavemente a mi lado, lo repasé todo: los detalles, los ganchos, los beneficios.

Corría el riesgo de que mi idea la alejara de mí para siempre. Que no habría beneficios. A menos que me convirtiera en socio. Entonces conseguiría lo que quería.

Había tantas incógnitas y tantos riesgos.

Pero las perspectivas de éxito eran demasiado tentadoras.

"Tal vez podría funcionar", susurré al techo.

Tal vez.

Tendría que preguntárselo.

Capítulo 7

Vanessa

Me despertó un rayo de luz que entraba por la ventana. En la pasión de la noche anterior habíamos olvidado correr las cortinas y ahora el sol matutino de Los Ángeles brillaba en todo su esplendor sin velos, terco y contundente.

En fragmentos pixelados, los acontecimientos de la noche anterior volvieron a mí. Cuando me incorporé, sentí todo el spray en mi pelo, que ahora estaba desintegrado y salvajemente desarreglado. Al estirarme, vi a Marcus.

Allí estaba durmiendo de espaldas a mí, al otro lado de la enorme cama. Su espalda ancha y musculosa se movía lentamente al ritmo de su respiración.

De alguna manera me sorprendió, ya que me lo había imaginado como alguien que había querido y conseguido su diversión y pronto se iría de nuevo. No me había parecido el tipo de playboy que duraría hasta la mañana siguiente.

Y, sin embargo, allí estaba él, su cálido cuerpo tan vulnerable en el sueño.

Mezclado con los recuerdos de la noche anterior, sentí la incómoda confusión y preocupación que acompañan a todas las aventuras de una noche. ¿En qué había estado pensando?

No podía quejarme. El sexo había sido fantástico. Me había sentido guapa y deseada, una rareza, pero también tan fugaz. ¿Por qué iba a querer prepararme para una serie de decepciones? No era una forma sostenible de vivir.

Necesitaba estar en casa y en mi propio espacio si quería tener alguna posibilidad de ordenar todos estos pensamientos y sentimientos.

Con cuidado, me quité la sábana del cuerpo desnudo y me levanté despacio. Me arrastré hasta el baño y casi había llegado cuando oí a Marcus.

"Buenos días". Su voz estaba ocupada por el sueño, las dos sílabas profundas y sonoras. No quería admitir lo sexy que sonaba y, por supuesto, me gustaba.

"Buenos días", dije, de repente muy consciente de mi desnudez y de la incomodidad de estar en la puerta del baño. Cogí una toalla del perchero más cercano, me la envolví y volví a la cama, donde me senté a los pies. "¿Has dormido bien?"

Dios mío, ¿qué tan patético sonó eso?

A Marcus le pesaban los ojos mientras me dedicaba una pequeña sonrisa. "Por supuesto, pero sé por qué y creo que tú también. Si seguimos teniendo noches así, dormiremos bien siempre".

Su mano salió de la sábana y palmeó el lugar más cercano a él. Estaba claro lo que quería decir.

Pero esta vez su atracción no funcionó. Sentí que mi muro interior se levantaba.

"Escucha, Marcus. Lo de anoche fue genial, algo completamente inesperado y maravilloso. Pero... No estoy preparada para una relación ahora mismo..."

Mi sincera confesión fue interrumpida por su risa. Aguda y entrecortada. "No tan rápido, Vanessa", dijo.

Algo en su forma de pronunciar mi nombre, acentuando la vocal central, me hizo dudar.

"Yo tampoco estoy preparado para ese tipo de cosas; pero quedemos para divertirnos, eso no es un delito, ¿verdad? Eso es más lo que pienso".

¿En serio?

El enfado se extendió por mi pecho y odié que mis mejillas se pusieran rojas. La arrogancia de

aquel hombre era insoportable. ¿Esperaba que me echara a sus pies cuando me necesitara? Lo de anoche me parecía cada vez más una mala decisión...

Respiré hondo y apreté aún más la toalla a mi alrededor.

"Eso es... halagador, Marcus. Pero no puedo hacerlo más que tú. Lo que haya pasado anoche, seguirá siendo un evento único en la vida".

Entonces se produjo una pausa y esperé el supuesto enfado que saldría de él. Los tipos como Marcus no están acostumbrados a recibir un "no" por respuesta. Si alguno lo hiciera, la cosa podría ponerse fea rápidamente. Se me apretó el estómago mientras esperaba una reacción similar.

Sin embargo, Marcus consiguió sorprenderme de nuevo. Parecía que se preparaba para decir algo. Tuve la impresión de que su confianza y su conciencia estaban reñidas. Tras una breve pausa, comprendí por qué.

"Eso también lo entiendo. Pero, ¿responderías lo mismo si te ofreciera dos millones de dólares?"

En estado de shock, solté la toalla un momento y al instante siguiente se escurrió, dejando al descubierto mis pechos. Me apresuré a cogerla y volví a cubrirlos.

¿Lo había entendido bien?

"Marcus, no estoy segura de cuál es tu impresión de mí. Lo de anoche no fue lo que acostumbro a hacer -si es que acostumbro a hacer algo-, así que si crees que esa es mi forma de enfrentarme a estas cosas, entonces necesito aclarar algunas cosas. Quiero decir, ¿qué clase de mujer crees que soy?"

Marcus se movió en la cama, se sentó y se apoyó en el cabecero. "Uy, ahora más despacio. No me refería a eso. En absoluto has dado esa impresión. Escúchame: lo que te estoy sugiriendo no es lo que tú crees que es".

Le miré fijamente y le pregunté despacio: "¿Estás seguro? Suena muy parecido".

"Demos un paso atrás: dos millones de dólares, eso es mucho dinero. No he conocido a mucha gente que dijera que no a eso".

"No puedo creer que estemos teniendo esta conversación. No es un regalo, me estás pidiendo que haga algo para merecerlo. ¿No compruebas lo raro que es?". La agudeza de mi voz aumentó significativamente. ¿Qué estaba pasando realmente aquí?

Marcus me miró con severidad. "Será menos raro si me escuchas. Mi carrera está en la cúspide de algo grande. Mi bufete está creciendo y expandiéndose y yo voy a formar parte de ello. Eso significa muchos eventos y reuniones, todos ellos de alto nivel. No puedo estar solo. Necesito a alguien a mi lado, alguien inteligente, divertida y guapa; en resumen, *alguien como tú*".

Sus cumplidos se abrieron paso agónicamente a través de mi coraza y me odié por ello.

"Marcus, yo..."

Pero levantó una mano. "Por favor, déjeme terminar. Pronto seré socio, eso ya es seguro. Me lo han dicho claramente. Pero mi bufete está dirigido por tipos anticuados con ideas anticuadas. Todos ellos me animaron a tener una acompañante para estas reuniones. A los clientes les va esta mierda y si quiero ser socio, tengo que conseguir clientes, muchos".

"¿Y crees que te apoyaré en esto como acompañante?"

Marcus se relajó lentamente. Se encendió una llama de deseo, pero logré reprimirla de inmediato.

"Sé que suena extraño. Si se trata de sexo, podemos hablar de ello, pero no se trata de eso. Es un acuerdo puramente de negocios con un contrato y todo eso".

Mi deseo y mi enfado ante la pregunta me pusieron en un dilema. ¿Podría plantearme algo así? ¿Qué pasaría con el sexo del que habíamos disfrutado? ¿Qué pasaría con él? El lado más generoso de mí, sin embargo, odiaba la idea de que Marcus pudiera perder algo si lo que había dicho era cierto.

¿Pero qué le debía yo a ese hombre? Apenas nos conocíamos.

¿Y fue eso todo lo que vio en mí después de tan gran noche? ¿Una oportunidad de negocio? Era cierto que no quería una relación, pero la noche anterior fue especial.

Pero ahora, con las palabras de Marcus, lo ponía en duda. ¿Me había estado utilizando? ¿Había sido ese su objetivo desde el principio? Cuanto más pensaba en ello, más se oscurecían los acontecimientos de las últimas horas.

"Marcus, yo..." dije entrecortadamente, "necesito pensar en esto".

¿Iba a perder dos millones de dólares? Dinero que resolvería...

Su expresión era ambivalente. Como respuesta, se limitó a decir: "Por supuesto, lo entiendo".

De un tirón, se levantó de la cama. Mi mirada se dirigió al suelo, a la vez incapaz de mirar su cuerpo desnudo e insegura de mí misma y de mi débil autocontrol. Con pasos seguros se dirigió a la silla donde colgaba la chaqueta de su traje. Metió la mano, sacó la cartera y rebuscó en ella un momento.

"Aquí tienes", me dijo, volviendo hacia mí con una tarjeta de visita entre los dedos índice y corazón, "mi tarjeta. Cuando hayas tomado una decisión -y espero que sea pronto- llámame".

Su voz era distante y formal. Con los dedos rígidos, le quité la tarjeta de la mano.

"De acuerdo". Mi voz sonaba tranquila.

"Entonces te dejo la habitación", dijo y recogió sus cosas.

"No, está bien. Yo... debería irme a casa".

Marcus me miró y por un breve instante vi miedo y preocupación en su mirada, pero sólo por un momento. Rápidamente volvieron a desaparecer. "¿Estás segura? Puedo hacer que traigan un coche para que te lleve a casa".

Me obligué a mirarle directamente. "No, gracias. Me iré sola. Te lo agradezco".

"De acuerdo, entonces."

"De acuerdo".

Tres minutos después estaba vestido y, tras despedirse bruscamente, cerró la puerta tras de sí.

Estaba sola, en una habitación de hotel que nunca habría podido pagar por mi cuenta y con una tarjeta de visita entre los dedos.

¿En quién o qué me había convertido?

Capítulo 8

Vanessa

"¿Le pido un taxi, señorita?", me preguntó el botones, imposiblemente joven, cuando crucé la puerta del hotel. Llevaba otra vez el vestido de dama de honor, lo que hacía evidente a todo el mundo lo que había hecho la noche anterior.

Pero eran otras cosas las que me preocupaban.

"No, gracias, iré andando", respondí, intentando sonar despreocupada.

La verdad era que no tenía dinero para un taxi y necesitaba el paseo para pensar. Quizá fuera la antigua neoyorquina que había en mí.

"Vale. ¡Que tenga un buen día!", me contestó el botones, dedicándome una sonrisa fingida.

Me despedí con la mano y me dirigí a mi piso. Calculando que había unos tres kilómetros hasta mi piso, me agarré el dobladillo del vestido y le hice un nudo para que me quedara espacio para las piernas. Irónicamente, parecía que le daba un poco de vida al look y, para los estándares de Los Ángeles, ahora encajaba mejor.

Pero no importaba, porque sólo tenía que pensar. Con grandes pasos, me dirigí a casa.

La propuesta de Marcus se cernía sobre mi cabeza como una nube oscura y me perseguía. Me asustaba y me fascinaba al mismo tiempo. Desde el punto de vista más generoso, lo que había dicho era halagador.

Bien vestida, pasando el tiempo en fiestas y cenas elegantes, reuniéndome con la élite y los poderosos, y sujeta del brazo a un abogado estrella en ciernes.

¿Sería tan malo?

Pero sugería algo más, algo más oscuro, confuso. Había dicho que el sexo no formaba parte del acuerdo. Pero, ¿qué significaba eso? ¿Qué significaba eso para los sentimientos de deseo que yo sentía por él? ¿Y él por mí? Ningún acuerdo podría describir esos sentimientos. ¿Acaso seguían existiendo?

O tal vez fuera la *forma* en que lo había sugerido. Lo que la noche anterior había parecido encanto y confianza se había convertido de repente en una transacción, en algo parecido a un negocio. El Marcus que había conocido en la cama esta mañana no había sido el Marcus que había conocido anoche.

¿Realmente podría pasar varias semanas con él? No estaba segura de si el tipo *me gustaba del todo*.

Después de 400 metros, sentí que me dolían los talones en los zapatos. Los coches pasaban zumbando y enviaban pequeñas ráfagas de viento a mis piernas.

Mis pensamientos eran confusos. Pensamientos sobre lo que necesitaba y lo que era correcto competían por mi atención.

Lo que yo *quería* era a Marcus. Después de todo, ¿qué me había hecho? Me había hecho querer más porque era sexy y atractivo. Su cuerpo tenía un poder increíble sobre mí. Me había hecho renunciar a mis principios, algo que nunca creí posible.

Pero, ¿hasta qué punto podía ser beneficioso? Sobre todo teniendo en cuenta lo que había propuesto.

No tenía sentido.

El camino a casa se me pasó volando, con los pies doloridos funcionando en piloto automático.

Unos minutos más tarde, doblé una esquina y vi el contorno de mi edificio de apartamentos. Necesitaba una ducha y cambiarme de ropa. Necesitaba tiempo y espacio para pensar.

Pero, sobre todo, necesitaba un consejo.

Apenas una hora después, recién duchada, con pantalones de yoga y una camiseta holgada, saqué el móvil y me puse a escribir.

VANESSA: Hola, Nina. ¿Qué haces hoy? ¿Te apuntas a una comida de pobres?

NINA: ¡Qué coincidencia! Estaba a punto de enviarte un mensaje hoy.

NINA: Sí, me apunto. Puedo estar lista en una hora.

VANESSA: ¡Genial! Nos vemos allí.

La tormenta de pensamientos que rugía en mi cabeza se calmó un poco, sabiendo que pronto me reuniría con mi mejor y más sensata amiga. Nina sabría qué hacer. O al menos me ayudaría a averiguarlo.

Quedamos en el pequeño local de tacos que hay cerca de mi piso, llamado La Cantina. Lo llamábamos "Comida para chicas pobres" porque podíamos compartir un aperitivo para dos y saciarnos.

Para alguien como yo, con un presupuesto limitado, era perfecto.

Con dos millones de dólares, podría resolver mi vida bastante rápido...

Precisamente necesitaba ayuda con estos pensamientos.

Yo llegué primero, lo cual no era inusual. Nina no era conocida por su puntualidad. Sin embargo, era conocida por sus atuendos extravagantes y hoy no me decepcionó.

"¡Hola, chica!" Sonrió y vino hacia mí con una blusa verde lima y una falda globo de color "sandía". Llevaba el pelo castaño suelto y recogido al estilo de los años cuarenta con un pañuelo verde azulado. Sus enormes pendientes se balanceaban en sus mejillas cuando se movía.

"¡Hola! ¡Me alegro mucho de verte!", dije y corrí hacia ella para darle un abrazo.

"Ahora que vives aquí, podemos hacer esto todo el *tiempo*", respondió Nina.

Una de las mejores ventajas de volver a Los Ángeles fue poder estar cerca de Nina de nuevo. Como mi mejor amiga durante la escuela secundaria y la universidad, habíamos hecho tanto juntas y aunque habíamos conservado nuestra amistad cuando me mudé al este, estar de vuelta aquí y cerca de ella, era como una brisa fresca del océano.

Especialmente hoy.

"¿Cómo estás?", pregunté mientras nos sentábamos en una de las rústicas mesas de picnic que caracterizaban a La Cantina.

Nina agitó la mano. "Ya sabes cómo son las cosas. Sigo trabajando en la boutique, pero parece que cada semana tengo menos horas". Se encogió de hombros. "¿Y tú? ¿Cómo te estás adaptando?"

Dudé un poco porque no estaba segura de cómo abordarlo. "Eh... ¿quizás deberíamos ordenar algo de comer? Entonces podemos..." Señalé vagamente la ventanilla de pedidos. Nina asintió y me apresuré a pedir nuestros tacos: dos de pescado y dos de pollo. Un aperitivo enorme que nos satisfaría por completo a las dos.

Después de hacer mi pedido, volví a la mesa.

Nina dejó el móvil a un lado y me miró. "Entonces, ¡vamos! Suéltalo".

Mi primer instinto fue evitar el tema y alargarlo hasta que no tuviera más remedio que confesar. Pero Nina me dirigió una mirada severa, como si ya supiera que eso era lo que yo

planeaba.

Me tragué mis reticencias y se lo conté todo. Se quedó paralizada, sin moverse hasta que anunciaron que nuestro pedido estaba listo y yo me apresuré a ir a la ventanilla a por él, sin perder apenas una palabra de mi historia. Se lo conté todo, desde la mirada que Marcus me dirigió desde el otro lado de la habitación hasta nuestro baile, pasando por el sexo salvaje en la lujosa habitación de hotel.

Finalmente llegué a la parte más difícil de todo el asunto, pero a estas alturas ya estaba tan en el flujo de las palabras y sólo tenía que dejarlas salir. "Me ha ofrecido dos millones de dólares si estoy dispuesta a ser su agradable acompañante durante unas semanas. Al parecer le ayudaría a hacerse socio de su bufete".

Había llegado al final y me sentía bien después de desahogarme. Inmediatamente me sentí más alegre. Cogí la cesta de plástico que contenía nuestra comida, saqué un taco y lo mordí.

Nina, que estaba comiendo tranquilamente, no dijo ni una palabra. Cuando volví a tener la boca vacía, pregunté: "Entonces... ¿qué te parece? Es una locura siquiera considerarlo, ¿no?"

Nina dejó entonces su taco a medio comer y se limpió los dedos en una servilleta de papel. Luego dijo: "Yo habría dicho que sí en ese mismo momento". Sus cálidos ojos marrones me miraron directamente. No bromeaba.

"¿En serio? ¿Lo harías? Pero... ¿por qué?"

Nina se encogió de hombros. "Yo trataría los encuentros con él como una cita, citas muy elegantes. No pienses en la cantidad de dinero. Además, ¿te gusta, al menos un poco? Después de todo, te acostaste con él".

A primera vista, todo tenía sentido, pero mis sentimientos eran distintos. Había algo en la actitud arrogante de Marcus que no me entusiasmaba. Tenía que averiguarlo primero si quería considerar su oferta.

Durante el resto del tiempo que pasamos juntas, hablamos de otros temas después de que le dijera que sólo necesitaba volver a pensar en ello.

Dos horas más tarde me despedí de Nina y me fui andando a casa. No tenía que ir a trabajar hasta mañana, así que el resto del día era mío. Planeaba ordenar algunas cajas más en mi piso, cosas para las que aún no había encontrado tiempo.

Pero entonces cometí el error de revisar mis correos electrónicos. Había olvidado por completo el mensaje que había recibido en la peluquería justo antes de la boda y todo el día se fue al traste.

En la parte superior de mi bandeja de entrada había otro mensaje de Leo. El asunto era ominoso: *Tenemos que pagar esto lo antes posible.*

El mensaje que contenía también era breve y directo: *La Agencia Tributaria exige el pago de esto. Usted es responsable de la mitad. Responda con los detalles del pago para que podamos solucionarlo.*

Al final del mensaje había un archivo adjunto. No me atreví a hacer clic en él, pero tenía que ver la cantidad. ¿Quizá la mitad de la que hablaba Leo aún estaba a mi alcance? Tal vez, pero sólo tal vez.

Lo abrí. Cuando vi la cantidad que allí figuraba, sentí literalmente que me subía la bilis.

Cuarenta y cinco mil seiscientos veinticinco dólares con ochenta y cuatro centavos.

Me quedé mirando el número durante al menos un minuto, intentando encontrarle sentido. Cuanto más lo miraba, menos lo conseguía.

La mitad eran (tenía abierta la aplicación de la calculadora en mi teléfono) veintidós mil ochocientos doce dólares con noventa y dos centavos...

Más de veinte mil dólares para el viernes, dentro de cinco días.

Me sentía hueca, con pánico y un dolor punzante.

¿Cómo iba a recaudar tanto dinero? ¿Y en tan poco tiempo?

Seguramente se trataba de un error. Debía haber un error en alguna parte. Sólo tenía que averiguar cuál era y entonces todo se desvanecería en el aire.

Google me dio el número para llamar a la Agencia Tributaria. Tras responder a unas preguntas, pude acceder a nuestra cuenta.

Si desea ver su factura de impuestos, seleccione el número cuatro..."

Pulsé el número cuatro en el teclado como si mi vida dependiera de ello. Tras un siseo, una voz automatizada me explicó que, al parecer, Leo y yo llevábamos varios años sin pagar impuestos.

¿Cómo es posible? Cada abril, Leo me aseguraba que todo estaba arreglado.

La conmoción, la rabia y un montón de miedo me recorrieron y me hicieron cuajar el almuerzo en el estómago.

"Respira, sólo respira. Estarás bien", me dije. El pánico no resolvería mi problema.

Sin siquiera echar un vistazo a mi cuenta bancaria, sabía que no tenía ni una fracción de ese dinero. Había gastado la mayor parte de mis ahorros en mudarme a Los Ángeles y amueblar mi piso.

Cogí el bloc de notas amarillo, me senté con un bolígrafo y estaba decidida a encontrar una solución. Con trazos gruesos, escribí algunas opciones posibles para hacer frente a esta deuda:

- Pedir un préstamo
- llevar al máximo las tarjetas de crédito
- Pedir a Leo que pague la cantidad por adelantado y devolverle mi parte a largo plazo.
- Contratar a un abogado fiscalista para aclarar el problema

Mi bolígrafo volaba por la página, las ideas salían a borbotones. Pero cuando llegué al último punto, vacilé y casi fui incapaz de escribirlo. De alguna manera, la idea de escribir este punto lo hacía todo más aterrador y, a la vez, más posible.

"Los mendigos no pueden elegir", me reprendí. Bajé el bolígrafo y anoté el último punto:

- Aceptar la oferta de Marcus

Bueno, esas eran mis opciones. Era todo lo que podía hacer en ese momento.

A continuación, intenté averiguar qué opción podría funcionar realmente y lo hice durante toda la tarde.

Las sombras se alargaron y las horas pasaron sin que me diera cuenta.

La idea de un préstamo quedó rápidamente descartada. Con mi salario actual y mi nuevo estado civil, ni siquiera las consultas más rápidas sobre créditos me decían que nadie me daría un préstamo. Y si lo conseguía, las condiciones serían tan duras que sólo conseguiría cavar un agujero aún más profundo.

De un plumazo eliminé esa posibilidad.

Luego vinieron las tarjetas de crédito y también se eliminaron en pocos minutos. Tenía tres tarjetas y estaban casi agotadas o al máximo. Aunque utilizara las tres, no podría cubrir los gastos. Y de nuevo me cavaba un agujero más grande.

Mi bolígrafo tachó el punto número dos.

Después de eso, tuve que tomarme un descanso. Los tres últimos puntos eran aún más espinosos, aún más difíciles de comprender. Me levanté de la mesa de la cocina, caminé de un lado a otro y estiré el cuello y los hombros tensos. Hacía tiempo que el sol se había puesto y la noche negra y lechosa se cernía sobre el cielo.

Tenía que ir a trabajar por la mañana y sabía que no dormiría a menos que tuviera un plan, o al menos el principio de un plan.

Volví a la mesa y me quedé mirando el punto tres.

Descartado.

Era la decisión más fácil que podía tomar. No podía llamar a Leo y negociar algo así. No solo podía anticipar su reacción, sino que la idea de volver a su mundo, de seguir debiéndole algo después de haberlo perdido todo, me parecía la mayor desgracia de todas.

Eso dejaba dos opciones: el abogado y la oferta de Marcus.

Otra búsqueda en Google arrojó una lista de nombres de abogados especializados en mi problema.

Pero una llamada a ellos tendría que esperar.

A estas alturas la noche estaba muy avanzada y necesitaba dormir si quería ser capaz de funcionar dentro de unas horas.

No era mucho para mantener la calma, pero no tenía elección. El comienzo de un plan se estaba formando. Tenía que consultarlo con la almohada.

Colgué el teléfono y terminé la conversación con el tercer abogado sintiéndome sin vida y vacía.

Todos los abogados con los que hablé pedían un anticipo de al menos el cinco por ciento y luego estaban los honorarios del voto y otros gastos.

En resumen, contratar a un abogado también me metería en un agujero aún mayor y ninguno de ellos podía garantizarme que pudiera mantener a la Agencia Tributaria alejada de mí.

Terminé el camino hasta mi piso como aturdida. De algún modo conseguí entrar y tiré las llaves y el bolso al sofá.

Un momento después estaba de pie sobre el bloque amarillo, con su esperanzador garabato burlándose de mí desde abajo.

Cogí un bolígrafo.

Sólo quedaba una opción.

¿Qué tan malo podía ser?

No podía responder a la pregunta, pero sabía que tenía que encontrar algo. Encontrar otro trabajo estaba descartado. Hasta ahora no había podido encontrar nada lucrativo y, aunque lo hiciera, tardaría demasiado.

La imagen de Marcus apareció en mi mente. Era sexy, encantador y seguro de sí mismo. Sin duda me atraía. Pero, ¿qué significaba a largo plazo aceptar su oferta?

Eso podría ser divertido. El sexo, sin embargo, sería genial.

Pero, ¿y si el "Marcus de la mañana siguiente" fuera el que más tuviera que afrontar? ¿Sería capaz de superarlo?

El bloque amarillo parpadeó ante mí: la última viñeta.

Con tres pasos volví al sofá y cogí mi bolso. En el bolsillo interior encontré lo que buscaba.

La tarjeta de visita de Marcus King. Ver el nombre de este atractivo hombre en blanco y negro era surrealista. Llamarle era aún más surrealista, pero también excitante. ¿Qué demonios significaba?

Antes de que pudiera detenerme, cogí mi teléfono móvil.

Marcus

Al salir de la sala de descanso, oí carcajadas. Rebotaban en las paredes y resonaban en bucle desde la sala de conferencias a la sala reservada a los socios.

Sabía que los socios estaban trabajando duro allí dentro, discutiendo el futuro del bufete, haciendo planes, lanzando nombres de clientes y asignando al personal las tareas cotidianas.

Cómo me hubiera gustado estar allí. Deseaba tanto sentarme a esa mesa que mi voluntad era físicamente palpable.

¿Cómo iba a conseguirlo?

Entonces sentí el zumbido de mi teléfono móvil en la mano.

Al principio no reconocí el número de la pantalla. Normalmente lo descartaría como spam, pero cuando miré más de cerca vi el prefijo y un pequeño fuego de excitación se encendió en algún lugar entre mi ingle y mi pecho.

¿Un prefijo de la ciudad de Nueva York, que podría ser...? Sólo había una manera de averiguarlo. Mi pulgar pulsó el botón verde que cogía la llamada.

"Hola, habla Marcus King", dije, expresándome lo más profesionalmente que pude.

"Hola, Marcus. Soy Vanessa, ya sabes, nos conocimos en la boda y todo eso...". Sonaba apresurada, como si le faltara un poco el aire.

Una imagen de sus pechos desnudos pasó por mi mente, así como la curva de su espalda, la forma en que había cerrado los ojos de placer, una especie de anticipo.

"Te recuerdo. Hola, Vanessa".

Hubo una pausa en la conversación y resistí el impulso de llenarla. No necesitaba presionar. Después de todo, ella me había llamado. Fuera lo que fuera lo que quería decirme, tenía todo el tiempo del mundo para hacerlo.

Yo era todo oídos... y puede que alguna otra parte del cuerpo también.

Después de tres largos segundos, Vanessa tomó la palabra. "Bueno, he tenido la oportunidad de pensarlo y... voy a aceptar tu oferta".

¡Sí!

Respondí con frialdad y calma, aunque mi corazón empezó a latir desbocado. "Estupendo. Me alegra oírlo. Te prometo que valdrá la pena".

"Eso espero. No ha sido una decisión fácil para mí".

"No creo que sea eso lo que pasó. Pero no es lo que piensas, Vanessa. Aquí ganamos los dos y tal vez -sí, tal vez- acabemos pasándolo bien. ¿Quién sabe?"

El calor crecía en mi interior. Me vino otra imagen de las piernas de Vanessa enredadas en mi cintura y su pelo castaño mientras la empujaba contra la pared de la habitación del hotel. Bajo el escritorio sentí mi excitación.

¡Mantuve la cordura en contra de mi voluntad!

"Tal vez", respondió. No estaba muy seguro, pero me pareció oír una pizca de excitación en su voz, un trasfondo profundo y ronroneante en aquella palabra de dos sílabas.

Si eso era todo lo que podía darme por el momento, estaba dispuesto a aceptarlo. Además, pretendía que se alegrara de su decisión una vez que nos pusiéramos en marcha. Lo que significaba...

"Quiero asegurarme de que todo está arreglado por su propio bien y protección. ¿Sería posible que te pasaras por mi despacho en uno o dos días para leer algo?"

La voz de Vanessa rodó al contestar. "¿Protección? ¿Qué quieres decir?"

"Quiero asegurarme de que todo esto sea legal. Redactaré un acuerdo y podrás echarle un vistazo. Si te parece bien, podemos firmarlo los dos".

Aunque no podía verla, sentí que su vacilación aumentaba. "Marcus, no sé..."

Mis instintos de abogado se pusieron en marcha. "Eres tímida con los acuerdos, ¿eh? No hay problema, ya lo he visto muchas veces. El contrato no es válido hasta que se firma y, por supuesto, puedes sugerir cambios de antemano. Pero si voy a entregarte dos millones de dólares, necesito estar seguro de que todo esté por escrito. ¿No te parece?"

"Lo leeré detenidamente antes de firmar y si no me gusta lo que veo..."

"... entonces puedes expresar tus preocupaciones, hacer sugerencias o darte la vuelta y salir de la oficina sin decir una sola palabra", dije con mi voz suave reservada para cortejar a clientes en situaciones delicadas.

Un silbido de aire expulsado silbó en mi oído mientras ella suspiraba al teléfono. Finalmente dijo: "De acuerdo, Marcus. Echaré un vistazo".

¡Otro puño silencioso de victoria!

"Estupendo. ¿Puedes venir pasado mañana a las once? Me aseguraré de que todo esté listo".

Si hubiera querido, podría haber tenido el contrato listo para mañana. Pero eso me habría hecho parecer demasiado ansioso. Y aunque lo estaba -mi erección mientras hablaba con ella era prueba de ello-, tenía que actuar con calma.

"Sí, claro. Allí estaré".

"Lo estoy deseando. Gracias, Vanessa".

"Mm-hm. Adiós, Marcus".

La llamada terminó. Durante unos segundos me quedé mirando el teléfono y leyendo la pantalla. Duración de la llamada: dos minutos, cuarenta y seis segundos.

Me pareció demasiado corto para la emoción que sentía ahora. Hacía menos de tres minutos, seguía con mi vida cotidiana. Pero ahora tenía la perspectiva de dos meses con una mujer preciosa a mi lado, una mujer que rondaba mis pensamientos y me excitaba de una forma que no había experimentado en mucho tiempo y que nunca creí posible.

Dejé el teléfono a un lado, me volví hacia el portátil y abrí la base de datos de plantillas de contratos del bufete. Esto era complicado de resolver. Nunca había contratado a nadie para algo así y era consciente de que podía dar lugar a marañas legales.

Tuve que ser cuidadoso para que el acuerdo fuera lucrativo y seguro para todos los implicados.

No veía este acuerdo como algo turbio, algo travieso o algo que los hombres desesperados solían hacer para sentirse más bien consigo mismos.

Vanessa tenía un problema. No podía identificarlo, pero necesitaba apoyo de alguna manera. Estaba escrito en su cara y en su comportamiento. Con todo lo que tenía para ofrecer, quería aliviarla.

Me daría algo a cambio: poder estar cerca de ella, olerla, tocar su piel de alabastro...

¿Quién iba a pensar que redactar un acuerdo jurídico podría ser tan... emocionante?

Dejé mi trabajo durante las dos horas siguientes y me dispuse a redactar el documento que, con

toda probabilidad, cambiaría la vida de ambos.

El recuerdo de las risas de la sala de juntas me espoleó. La idea de que estaba tan cerca de estar allí, de que me dejaran entrar por esas puertas sagradas. Estaba prácticamente a mi alcance. Empecé a preparar los arreglos. Cada pulsación fue deliberada y bien pensada.

Tenía que ser perfecto.

Capítulo 9

Vanessa

"Luego, cuando me pidió que firmara un contrato, al principio permanecí callada", expliqué, removiendo mi café.

Nina estaba sentada en un taburete alto en la encimera de la cocina, sorbiendo su café con leche. Se había pasado a tomar un café de camino a un rodaje. Me alegré mucho de verla: mi cita en el bufete de Marcus era dentro de unas horas y necesitaba que me diera ánimos.

"¿Por tu contrato matrimonial con Leo?", preguntó Nina, lamiéndose un poco de espuma del labio.

"Así es, esta cosa me está destruyendo. ¡Esa es la razón por la que tengo tantos problemas en primer lugar! Realmente no quiero involucrarme más con ese tipo de cosas".

Nina arqueó una ceja. "¿Es realmente la *única* razón?"

Dudé. "No lo sé. No estoy segura de quién es este tipo ni de si me gusta. Todo se siente tan... raro".

Nina sacó el móvil y miró el reloj. "Vale. Enséñame la foto de este tipo. ¿Qué aspecto tiene?"

Eso me hizo detenerme un momento. "Nina, no creo que..."

Levantó la mano, con sus largas uñas relucientes. "Trabaja en un gran bufete de abogados, ¿verdad? Mira su currículum. Siempre tienen fotos, esas aburridas fotos de bufetes de abogados. Quiero saber de quién estoy cotilleando".

"Bien", suspiré, saqué el móvil y abrí la página web del bufete de abogados donde trabajaba Marcus. Me desplazé hasta la sección "Nuestro personal", navegué hasta la letra K y pulsé sobre su nombre.

Allí estaba. Sus atractivos rasgos aparecieron en la pantalla. Un traje gris con camisa blanca y corbata oscura resaltaba su rostro moreno. Su sonrisa, segura como siempre, parecía irradiar hacia nosotras. En mi interior se encendieron: el anhelo y la pasión. Sólo su mirada me encendía.

Nina no dijo nada durante un rato mientras estudiaba su foto. Finalmente se volvió hacia mí mientras sus uñas chasqueaban en la encimera. Parecía a punto de emitir un juicio.

"Quizá no sea como tú quieres que sea. Si fuera por ti, Leo sería un caballero de brillante armadura y no una serpiente en la hierba. Pero la verdad es que te ha tocado un hombre de mierda y todo lo que hiciste fue sacar lo mejor de él. ¿Por qué no con éste? Podrías divertirte. Al menos te verás bien y conocerás a gente muy interesante. Experimentarás cosas que no son posibles con tu presupuesto actual. Tómalo como unas vacaciones".

"¿Y? Percibo un 'y' ahí...", le di un codazo.

La expresión estoica de Nina se tornó traviesa. "¿Y qué? ¡Míralo! Está *bueno*, ¿verdad? ¡No me habías dicho lo inmensamente atractivo que es! ¡Por el amor de Dios, ve y diviértete, chica!"

No pude evitar reírme.

"Espere aquí y le informaré al señor King de su llegada", me dijo la sobria secretaria y me indicó que tomara asiento.

La sala de espera era espaciosa y estaba bien iluminada. Los puestos de trabajo estaban

situados en una disposición central con despachos privados en los bordes. Sin duda, aquí trabajaban los más veteranos. Supuse que Marcus King tenía allí su propio despacho.

La secretaria, que llevaba un auricular, tecleó unos números en su consola telefónica.

"La Srta. Davenport quiere verlo", dijo en el auricular.

Me ardían las mejillas. Había dado mi apellido de soltera y aún lo sentía tan extraño en la lengua.

La secretaria escuchó un momento, luego pulsó un botón de su auricular y me hizo un gesto con la cabeza. "Al fondo, la tercera puerta a la izquierda, le espera el señor King".

"Gracias", dije, y mi vergüenza inicial se convirtió en gratitud por su amabilidad. Entré en el despacho principal y examiné las placas con los nombres de las oficinas.

"Hola, cuñada", dijo una voz. Me sobresalté un poco y me volví.

En una de las puertas que daban a un despacho del otro lado estaba Harrison, el flamante marido de Miranda, y cerca de él estaba Elliot. Evidentemente, habían estado hablando cuando yo entré y los había pasado por alto.

La sangre se me subió a las mejillas. Odiaba que supieran que estaba aquí. ¿Y si me preguntaban por qué?

"Eh... Hola, qué inesperado", solté antes de darle un rápido abrazo. Elliot asintió con la cabeza y sentí que me miraba. Yo llevaba mi mejor traje de trabajo, una falda lápiz negra y una blusa blanca. Cuando salí de casa me sentía razonablemente segura (Nina me había asegurado que estaba muy guapa), pero ahora me sentía incómoda y fuera de lugar.

"Oh, sólo quería ver cómo están todos antes de que tu hermana me arrastre a Nueva York", respondió.

"Ah, claro", dije. Me entristecía que Miranda hubiera decidido volver al Este, pero no podía culparla. ¿No había hecho yo lo mismo con Leo?

"Estoy un poco sorprendido de verte aquí. ¿Estás en algún tipo de problema legal Vane?"

Odiaba que me llamara Vane. Nunca le había dado permiso para hacerlo. Aun así, solté una risita y me hice la coqueta. Pero eso sólo empeoró mi humor.

"Oh, sólo una petición, eso es todo. Pero..." Miré el reloj: "Debería irme, se me hace tarde", dije, despidiéndome vagamente con la mano y retrocediendo.

Harrison me miró interrogante, pero para mi gran alivio decidió no seguir con el tema. "De acuerdo. Pero te veré pronto, ¿sí? ¿Definitivamente antes de irnos?"

"¡Por supuesto!", grité, sorteando mesas y ganándome algunas miradas molestas de las secretarias y asistentes que intentaban terminar su jornada laboral.

Caminé en silencio y rápidamente por el otro pasillo, esperando fervientemente que Harrison no siguiera mi camino.

Cuando vi el tablón del despacho de Marcus, respiré aliviada. Tras llamar rápidamente a la puerta, me colé dentro y cerré rápidamente la puerta tras de mí.

No estaba segura de lo que esperaba ver cuando entré en su despacho, pero la realidad era muy distinta. Marcus estaba sentado en su silla, con la pierna estirada sobre el reposabrazos. Llevaba un expediente en la mano, que estaba leyendo cuando entré.

No se levantó para saludarme ni miró en mi dirección. En lugar de eso, me dijo: "Ya has tardado bastante. Empezaba a creer que habías decidido distanciarte de nuestro acuerdo".

El miedo que había sentido al encontrarme con Harrison se convirtió ahora en fastidio. ¿Realmente iba a ser así o debía dar media vuelta e irme ya? No sabía si podría jugar a este juego durante dos meses.

Espera un momento, dijo una voz en mi cabeza. Extrañamente, sonaba como Nina.

Tampoco ayudaba que tuviera muy buen aspecto. Se había aflojado un poco la corbata y, estando en su ambiente habitual, irradiaba una soltura de la que yo sólo había visto destellos antes. Me sentí pequeña e intimidada, pero de una manera muy emocionante. Estaba en su propio terreno. Irradiaba confianza: un hombre en su elemento.

Maldita sea, ¿por qué tenía que ser tan atractivo?

"Me molestó un momento, eso es todo", dije, y no me gustó lo mojigata que sonaba. Para mantener los nervios bajo control, tomé asiento sin esperar invitación.

Marcus bajó por fin la pierna para mirarme. "Es bueno que estés aquí. Me *alegro mucho de verte*".

Le leí la cara y no pude entenderlo. ¿Estaba siendo sarcástico o sincero? ¿O un poco de ambos? No contesté nada.

Tras un breve suspiro, Marcus cogió una carpeta de su escritorio y me la acercó. Su despacho era gris y estaba amueblado de forma minimalista. Muy sofisticado, muy elegante, como el hombre sentado frente a mí.

Su escritorio también estaba ordenado: papeles en pilas ordenadas, un portátil, un teléfono. Me di cuenta de que a Marcus le gustaba que las cosas estuvieran exactamente como debían.

Me tembló un poco la mano cuando tiré de la carpeta y la abrí. Dentro había un contrato de verdad, con unas etiquetas adhesivas que decían dónde tenía que firmar.

Pensó en todos los detalles...

"Tómate tu tiempo para leerlo", me instó.

"Seguro que sí", le contesté. No necesitaba darme permiso. Me tomaría todo el tiempo que quisiera. Podía esperar.

Tras pasar apuros con la jerga jurídica inicial, llegué a las cláusulas. Todas eran justas y correctas. Asistencia a fiestas y eventos, otras citas programadas según sea necesario, suministro de todos los materiales y artículos necesarios (ropa, zapatos, accesorios, etc.).

Sin todos los adornos, parecía simplemente una lista de regalos. Recibiría muchas cosas a cambio de estar al lado de Marcus durante el tiempo asignado. De momento, no encontraba ninguna sorpresa en particular.

Hasta que encontré una.

"¿Disculpa?", dije, señalando con el dedo una frase.

Marcus se levantó y miró el contrato. "Ah, sí, la cláusula de residencia. Te mudas conmigo lo antes posible y luego ya veremos".

Lo miré. Antes de que pudiera decir algo, volvió a hablar en un tono uniforme.

"Sabes, Vanessa, al menos podrías fingir que te hace feliz. Después de todo, vas a pasar mucho tiempo conmigo. ¿Y quién no estaría feliz por eso? Después de todo, no es un matrimonio".

Realmente no sabía en ese momento si debía besarle o abofetearle. ¡Qué bien! No quería casarme, ni mucho menos, pero tampoco lo necesitaba a mi lado como farsante. Por Dios. ¡Este tipo era tan molesto!

Con los dientes apretados conseguí responder. "No busco matrimonio, Marcus, y también tengo un piso por el que he trabajado duro".

Marcus negó con la cabeza. "No te preocupes por eso. Ya me he encargado de pagar el alquiler. No tienes de qué preocuparte. Excepto por tener tan buen aspecto como ahora. No se trata de sexo. Se trata de comodidad. Vamos a tener eventos nocturnos y no puedo dejar que viajes en Uber por toda la ciudad, no tiene sentido".

Sus palabras me enfurecieron y me tentaron. ¿Qué íbamos a hacer con el sexo? ¿Lo íbamos a ignorar? No estaba aquí -en este acuerdo- y sin embargo podía sentirlo entre nosotros, tangible como cualquier cosa.

"¿Esto es todo?"

"¿Quieres reconsiderar los términos?"

Hubo una pausa. La tensión en el espacio que nos separaba se multiplicó por diez. La rabia se mezcló con el deseo en mi pecho y en mi entrepierna, una combinación extraña y embriagadora. No sabía lo que quería. El contrato era claro y explícito. Pero mis sentimientos eran de todo lo contrario.

"No. Sólo estoy... insegura sobre algo", pregunté con la garganta seca.

"¿De qué se trata? Enséñamelo en el contrato y hablaremos de ello".

"No, esa es la cosa, no está en el contrato. Es..." Hice un gesto vago.

Su cara mostró que entendía lo que había querido decir. "Yo no... yo *no podía* escribir eso allí. No me parecía bien. Pero si es algo que quieres considerar... fuera del contrato..." Se inclinó hacia delante y su lengua lamió lenta y deliberadamente su labio inferior.

Simplemente asentí. Él me devolvió el gesto.

De la nada, sacó un pesado y caro bolígrafo negro... "¿Lista para firmar?"

Algo en sus palabras y acciones me atrajo. Me sentí cautivada.

¿Cómo podía excitarme así? ¿Cómo era posible? El aire de la oficina se calentó.

"Sí. Claro", contesté y cogí el bolígrafo. Con unos pocos trazos, estampé mi firma en el papel y ya estaba hecho. Un nuevo capítulo estaba a punto de empezar.

"Vale", dije, pronunciando la palabra mientras hacía acopio de ingenio y de mi bolso y me levantaba para marcharme. No había que perder más tiempo. Ya habíamos terminado nuestra reunión.

Mientras apoyaba la mano en el pomo de la puerta, Marcus me llamó. "¿Quieres hablar de lo otro? Quiero decir, ¿de lo que no está en el contrato? Si es así, quédate otro rato. Solo cierra la puerta".

Podría haberme marchado allí mismo. Podría haber cogido el pomo y salir al ajetreado mundo laboral del otro lado de la puerta.

Ambos sabíamos que no lo haría. Al dejar el sexo fuera del contrato, se abría la posibilidad de que él hiciera algo más, algo que no se podía expresar con palabras.

Le miré por encima del hombro. Su mirada era firme, sus ojos oscuros se clavaron en los míos. Tenía la boca ligeramente abierta, el brillo de sus dientes blancos, el enrojecimiento de su lengua...

Al otro lado de la puerta, la vida normal de la oficina seguía su curso. Aquí, sin embargo, algo silbaba y burbujeaba, un cable eléctrico se extendía entre nosotros y estaba a punto de estallar.

En esta atmósfera cargada, sólo estábamos él y yo y un vínculo invisible que nos unía cada vez más. Se me calentó la piel bajo la blusa de gasa y sentí el calor entre las piernas.

Mi dedo y mi pulgar cerraron la cerradura.

Capítulo 10

Vanessa

Al darme la vuelta, casi me tropiezo con Marcus, que había salido como por arte de magia de detrás de su escritorio y ya estaba de pie detrás de mí. Irradiaba calidez y su perfume me envolvía.

Me quedé muy quieta mientras él levantaba el dedo índice y lo dibujaba a lo largo de la línea de mi mejilla, una línea electrizante. Al llegar a mi barbilla, lo bajó más, siguiendo el valle de mi cuello hasta el borde de mi blusa.

Mis pezones se endurecieron bajo el encaje de mi sujetador.

Cuando llegó al primer botón, lo abrió con pericia. Sentí que empezaba a balancearme. Un momento después: botón número dos. El encaje de mi sujetador, de un suave color rosa, era ahora visible. Mis manos, tensas y quietas, se congelaron a mi lado. Marcus me tenía hechizada.

El tercer botón y luego el cuarto: la blusa estaba ahora abierta. Con ambas manos me la sacó de la falda y dejó que se deslizara por mis hombros.

Levantó las manos y puso las palmas abiertas frente a mis pechos. Se quedó allí, sin tocarme, solo dejándome sentir el calor de sus manos.

Y cómo las sentía; las sentía tanto que deseaba desesperadamente que no hubiera nada entre ellas y yo. Quería sentir su piel en mi piel, sus manos en mi cuerpo.

"Eres tan jodidamente hermosa", susurró, inclinándose hacia delante y besándome suavemente. En lo más profundo de mí había un calor incomparable que empezaba a arder como una mecha.

Nuestras bocas se encontraron y el beso se intensificó: labios sobre labios, lengua sobre lengua, suaves tirones con los dientes. Respiré hondo y el deseo me inundó.

Mis manos se soltaron de mis costados y volaron hasta su cara, acercándolo a mí y profundizando el beso.

Las manos de Marcus también estaban ocupadas. Sentí el temblor de sus movimientos cuando echó la mano hacia mi espalda y me desabrochó el sujetador de un tirón. Lascivamente, la tela de encaje de mi sujetador dejó al descubierto mis pechos. Marcus estaba esperando para recibirlos, sus cálidas manos los agarraron y acariciaron, pellizcando un pezón mientras yo me rendía a la dichosa sensación.

Rompió el beso y se llevó un pezón a la boca. Lo atrajo hacia sí, lo chupó con avidez y se apoderó de él. Un suave dolor, delicioso y breve, no hizo más que intensificar mi placer. Cerré los ojos y dejé caer la cabeza hacia atrás para rendirme a ese placer tan intenso. La excitación aumentaba.

"Mmmm", gemí.

"Súbete la falda", ordenó, con la boca ligeramente ocupada. "*Hazlo*".

Temblorosa, hice lo que me ordenaba y ya no fui capaz de detenerlo. Un único objetivo se había apoderado de mí: ser devorada por la pasión que este hombre estaba dispuesto a ofrecerme.

La falda se me subió hasta las caderas. Al moverla, Marcus me levantó con la misma facilidad que a una muñeca y me tumbó sobre el escritorio, colocándose inmediatamente entre mis piernas. Se oyeron dos golpes cuando mis zapatos cayeron sobre la alfombra.

Enganchó los dedos bajo la cintura de mi tanga y tiró de él hacia abajo y lejos para que volara.

"Oh, sí... mira lo mojada que estás", murmuró Marcus apreciativamente. "*Maldita sea...*"

No me sirvió de nada escuchar realmente sus palabras porque un instante después estaba dentro de mi humedad, su lengua encontraba con pericia mis lugares más profundos e intensos y los lamía con voracidad. La mecha seguía ardiendo imparable.

"Oh Dios... oh..." Gemí, sintiendo los montones de archivos desplazarse y deslizarse bajo mis hombros. No me importaba. Lo único que importaba ahora era lo que Marcus estaba haciendo. La mecha seguía ardiendo, su objetivo cada vez más cerca.

Mi cuerpo y mi mente olvidaron el lenguaje, olvidaron todas mis preocupaciones -incluso el pensamiento desapareció- y me dejaron al puro placer de la lengua de Marcus en mi punto más profundo. Un momento después añadió un dedo que se adentró en mi interior y encontró un punto oculto que me produjo una sacudida.

"Oh Dios", exclamé. Nunca había sentido esta sensación. No sabía que estas partes de mí existían.

La mecha estaba al rojo vivo, la dinamita cerca.

Marcus era una fuerza de la naturaleza, su lengua no aflojaba nunca, sus dedos perfectamente alineados. Mis piernas se abrieron de par en par para recibirlo, todo mi cuerpo estaba concentrado en una sola cosa.

La llama de la mecha se aceleró, sentí los últimos instantes estallando ante mí, rumbo a la... dinamita. Podía sentirlo, quería entregarme a la liberación, a la explosión... al olvido completo...

"¡OH! ¡Oh, Dios! ¡Oh, joder!" Grité, el orgasmo desgarrándome, la dinamita disolviendo mi vínculo con la tierra durante unos segundos, una lluvia de luz y calor enviándome al nirvana. Aquí no había pensamiento, ni lenguaje, ni emoción, excepto la más dulce liberación.

Quería quedarme allí para siempre.

Marcus redujo la velocidad y dejó que las réplicas me recorrieran. Cuando se apartó, susurró: "Joder, eres tan sexy cuando te corres..."

Mis piernas se hundieron y lentamente volví a tierra. Mi cuerpo se sentía satisfecho pero tembloroso.

"Eso fue..." fue todo lo que pude decir. Mi mente lógica necesitaba un minuto para volver.

"... increíble, lo sé. Definitivamente puedes tener más", respondió Marcus. "Tengo la intención de demostrarte que este es un buen acuerdo, para ambos".

Me incorporé y empecé a recomponerme. "¿Te has...?", pregunté, notando el bulto en sus pantalones.

Marcus negó con la cabeza. "Todavía no. Ese era mi regalo para ti. No te preocupes. Ya *llegará* mi momento".

Me admiró su autocontrol, pero también me sorprendió su confianza en sí mismo. Definitivamente, tenía que acostumbrarme a eso.

Marcus se enderezó y volvió detrás de su escritorio mientras yo me vestía y volvía a estar algo presentable. Mientras tanto, mis pensamientos bullían en mi confusa cabeza.

Marcus me había hecho algo. La química entre nosotros era incomparable y, sin embargo, su actitud engreída a veces me repugnaba.

El contrato estaba firmado en su mesa y me recordaba lo que me depararían los dos próximos meses de mi vida.

¿Cómo serían? ¿Empezaría a odiar a este hombre? ¿O todo lo contrario?

Ahora no había forma de averiguarlo.

Lo único que sabía era que mi cuerpo nunca había sido adorado así.

Quizá *era* algo a lo que podía acostumbrarme.

Capítulo 11

Vanessa

Al final, eché un último vistazo a mi piso. Era monótono, sencillo y simple, pero al menos era mío. A través de los escombros de mi matrimonio, había hecho mío este pequeño espacio.

Durante los dos meses siguientes, el piso estaría vacío. El administrador de la propiedad había prometido pasar una vez a la semana para ver cómo estaba, pero, por lo demás, seguiría vacío.

No sabía qué pensar.

"¿Estás lista?" Marcus se asomó por la puerta que había dejado abierta. Parecía diferente. Me di cuenta de que nunca le había visto con otra ropa que no fuera un traje.

Llevaba unos pantalones cortos azul marino que mostraban sus fuertes piernas y un polo granate. Los colores combinaban perfectamente con su piel aceitunada y se reflejaban en sus ojos oscuros. Sentí una atracción en el estómago, pero la reprimí. Tenía que prepararme para irme.

Unas cuantas maletas se amontonaban junto a la puerta. Solo necesitaba mi bolso y mi teléfono.

"¿Eso es todo?", preguntó mirando a su alrededor. No podía imaginar lo que pensaba de mi piso y no me importaba. Era lo que (apenas) podía pagar y estaba orgullosa de ello.

"Sí", dije despreocupadamente, echándome el bolso al hombro. "Vámonos".

Aunque no había empaquetado mucho, pesaba bastante mientras lo llevábamos todo al ascensor y bajábamos por el vestíbulo. Afuera nos esperaba el coche de Marcus, un Audi SUV rojo brillante. Mientras colocábamos las maletas en el asiento trasero, me di cuenta de lo destartaladas que estaban mis cosas en comparación con las líneas elegantes e imaculadas del vehículo.

Un trineo chulo en el que transportaba ropa barata y la basura de mi vida: qué mundo.

Tras acomodarme en el asiento del copiloto (en unos asientos de cuero suave como la mantequilla que parecían amoldarse a mi trasero), Marcus se volvió hacia mí al girar la llave de contacto. El zumbido del coche subrayaba la sensación de hormigueo que se había abierto paso bajo mi piel: el perfume de Marcus había llenado mi interior y cortocircuitado temporalmente mi cerebro.

"Es todo". Sus ojos oscuros me miraron desafiantes.

Sólo en ese momento me di cuenta de que lo había formulado como una afirmación y no como una pregunta. Calmé mis nervios y contesté: "Claro".

Estábamos listos.

El trayecto no fue largo, pero podría haber sido al otro lado del mundo. Salimos del barrio densamente poblado y algo degradado donde vivía y entramos en un barrio exclusivo con césped bien cuidado y árboles frutales, imaculados bungalows de los años cincuenta que, de alguna manera, conservaban la frescura de mediados de siglo al tiempo que estaban equipados con las últimas comodidades.

En resumen, íbamos camino de donde vivía la gente rica.

Subimos por una carretera sinuosa y llegamos a un camino de entrada que terminaba en una pequeña curva. Me recibió un minipalacio de mediados de siglo. Unas piedras de río redondeadas y tapiadas se alzaban hacia el cielo como una prominente chimenea, sostenida por vigas de madera oscura que sobresalían en ángulo. La puerta principal, descentrada, también era

oscura y estaba decorada con un patrón geométrico de cristal amarillo.

Un jardín de estilo japonés perfectamente cuidado rodeaba el edificio.

Era una mezcla de Star Trek, fusión asiática y siglo XXI. No se parecía a ningún otro lugar en el que hubiera estado antes.

Marcus entró en el aparcamiento y apagó el motor.

"Bienvenida a tu casa durante los próximos dos meses", me dijo. No esperó respuesta por mi parte, pero se bajó y cogió mis maletas.

Fui más despacio cuando salí del coche. Ya podía ver que este lugar estaba dotado de lujosas características. Estaba ansiosa por explorarlas, pero me preguntaba qué decía eso de mí y si todo este lujo merecía la pena que Marcus se comprometiera. Ni siquiera estaba segura de si el tipo me caía bien.

Dale una oportunidad. Acabas de llegar, me tranquilizó la voz de Nina. Respiré hondo, salí del coche y cerré la puerta.

El interior era una reverencia a los muebles y el estilo de mediados de siglo. Al entrar, me recibió un salón hundido. En una esquina había un tocadiscos de madera clara con una moldura incrustada. Junto a él había discos de vinilo perfectamente ordenados.

Moqueta de pelo largo, mesas con tableros de baquelita y accesorios de bar, cuadros abstractos con brillantes salpicaduras de color, lámparas nítidas y minimalistas, todo formaba parte de la elegante decoración.

"Sé que parece un paso atrás, pero me encanta este estilo", dijo Marcus, que salió de una habitación al final del pasillo donde había dejado mi equipaje.

La visita fue breve. "Cocina, lavadero, sala de juegos, sala de estar. Mini gimnasio abajo, habitación de invitados al final del pasillo. La suite principal al fondo. Tienes tu propio vestidor, por supuesto. Ahí es donde puse tus maletas también, ven conmigo".

Mientras avanzábamos, mis ojos se posaron en la cocina: electrodomésticos modernos sobre una encimera y un fregadero de los años cincuenta. Había altavoces ocultos en las paredes y el techo. El control de la temperatura y la iluminación ambiental también formaban parte del paquete. El piso era realmente moderno, pero conservaba el estilo chic de mediados del siglo pasado.

Marcus me guió por el pasillo. Descubrí dos habitaciones, una dorada y otra azul pálido.

Entonces, justo antes de la puerta del dormitorio principal, empujó otra puerta. Casi jadeé. Era un vestidor de verdad.

Armarios abiertos de suelo a techo, un espejo de cuerpo entero, un banco y, la joya de la habitación, un tocador Art Déco. Un espejo redondo con una mesa ovalada de rica madera color miel. Parecía el tocador de una estrella de Hollywood.

"Puedes hacer de esta habitación lo que quieras", dijo Marcus.

Mi equipaje yacía abandonado en el suelo. Ya sabía que odiaba la idea de guardarlas aquí. Sería como limpiar la *Mona Lisa* con trapos. Pero era toda la ropa que tenía. ¿Adónde iban a ir si no?

Marcus pareció percibir mi preocupación.

"Ponte cómoda. Salimos en treinta minutos".

"¿A dónde?"

"Tenemos que llenar las perchas. Nos vamos de compras".

Aunque intenté disimularlo, tuve que sonreír.

"De acuerdo".

"Vuelvo enseguida".

Marcus estaba a punto de irse, pero cuando llegó a la puerta, se detuvo. Sólo por un momento, nuestros ojos se encontraron en el espejo. No dijo nada. Pero se lamió el labio inferior. Sus cejas se arqueaban y su mirada era ilegible. Un momento después se había ido.

Por mucho que no quisiera admitirlo, podría acostumbrarme a esta vida.

"Sr. King, le estábamos esperando", dijo el gerente, un hombre fabulosamente vestido que parecía no tener edad. Su traje rosa pálido y su camisa azul cobalto estaban impecablemente confeccionados y sus enormes gafas brillaban en la tenue iluminación de la boutique.

"El placer es mío, como siempre, Titus", respondió Marcus, sentándose y aceptando un vaso de agua mineral.

"Párate derecha, por favor, querida", me ordenó Titus, colocándose sobre una pequeña plataforma elevada, de esas que sólo se ven en tiendas de vestidos y boutiques de bodas. Hice lo que me decía mientras Titus tiraba y tiraba de mis vaqueros y mi camiseta.

"Hmm... vale... huh-uh...", murmuró mientras me rodeaba y me estudiaba con la mirada. Parecía estar en una especie de trance. No tuve más remedio que quedarme allí de pie y dejar que me observara. Con el rabillo del ojo me di cuenta de que Marcus parecía irritado por todo aquello, lo que no hizo más que molestarme aún más.

"Bien, por favor vayan a la cabina número cuatro y desnúdense hasta quedar en ropa interior. Estamos a punto de jugar a *disfrazarnos*". Titus se alejó con las manos por delante, dispuesto a abalanzarse sobre la ropa absurdamente cara.

Sin mirar a Marcus, hice lo que me ordenó y entré en el amplio vestuario bajo un letrero garabateado con el número cuatro. Colgué los vaqueros y la camiseta en un gancho y esperé, temblando ligeramente a causa del aire acondicionado.

Unos instantes después irrumpió Titus, sin importarle lo más mínimo en qué estado me encontraba. Estuve a punto de protestar, pero no quería causar más irritación a Marcus, así que me callé.

Detrás de él le seguían sus subordinados, todos de aspecto apacible, corte de pelo asimétrico y mirada perdida. Todos vestían de negro para no competir con la ropa.

"Pruébate esto primero", ordenó Titus, entregándome una falda cortada al bies y una escasa blusa sin mangas.

Para mi sorpresa, el conjunto aparentemente escandaloso me quedaba increíble, al igual que el siguiente y el que le siguió.

Cada vez me llevaba hacia delante para obtener la aprobación de Marcus. Él se desplazaba por su teléfono móvil y solo levantaba la vista esporádicamente.

Le enseñé el primer conjunto, otro era un sencillo vestido de cóctel negro que abrazaba bien todas mis curvas, así como un traje pantalón en un tono naranja chillón que, de algún modo, seguía quedando genial. Asintió con la cabeza y lo añadió a la pila de la izquierda.

Me pusieron otra ropa. Marcus sacudió la cabeza. Lo añadieron a un montón a la derecha.

Al cabo de unos instantes tenía el sistema claro. Marcus estaba al mando y aprobaba o desaprobaba lo que veía en mi cuerpo.

No tenía nada que decir en este asunto.

¿O me estaba equivocada?

Finalmente, llegó el turno del último asistente.

Me trajeron un vestido azul de un tono que nunca había visto antes, una mezcla de azul cielo y huevo de petirrojo. Sólo tenía un hombro y el corpiño era ajustado. Una gran abertura en los muslos llevaba a un fruncido en la cadera que bajaba por una pierna.

Era precioso, ajustado y adorable. Me sentí de otro mundo cuando Titus me subió la cremallera.

Se colocó detrás de mí y me miró a los ojos a través del espejo.

"No le mostraremos este. Puedes elegir el momento adecuado para mostrárselo, mi mejor consejo", susurró y me guiñó un ojo.

Y ese fue el final de mi desfile de moda de cuento de hadas. Titus hizo desaparecer a sus lacayos y toda la ropa, sin duda para que la comprara Marcus, y yo tuve que volver a mis vaqueros y mi camiseta.

Fue una sensación extraña volver a la tierra.

Cuando por fin salí del vestuario, Marcus me saludó. Titus se encargó de trasladar la enorme compra de la tienda a la parte trasera del Audi. Marcus sostenía una gran caja de ropa en las manos.

"¿Te has divertido?", me preguntó. Sonó condescendiente, como si acabara de llegar de una tarde de juegos con mis amigas.

"Supongo que sí", murmuré, tratando de no darle la satisfacción. "¿Qué hay en la caja?"

Marcus puso su mano protectora sobre él. "Nada para tus ojos, todavía no. Digamos algo bonito y brillante".

Más prepotencia, pero al menos era excitante. Dejé que se quedara.

Cuando entré en mi armario un poco más tarde, ahora tenía piezas increíbles para guardar allí. Me pasé dos horas colgando y volviendo a colgar la ropa, intentando ignorar las etiquetas de los precios: qué absurdo. ¿Cómo podía alguien pagar por algo así?

La gente como Marcus, era quien podía...

Mi nueva vida estaba a punto de empezar y ahora tenía la ropa adecuada para ello.

Al día siguiente, por la noche, iba a tener lugar el primer acontecimiento. Mi día había sido bastante tranquilo, ya que Marcus había estado en la oficina todo el día. Yo había pasado el día explorando la casa y finalmente tomando el sol en el cuidado jardín.

A última hora de la tarde, Marcus entró corriendo con la bolsa del portátil en la mano. "Prepárate para unos cócteles y unos aperitivos en Carondelet House. Hay una recaudación de fondos para un político al que apoya la empresa. Sé digna, pero despampanante. Nos vamos en una hora".

Su tono autoritario me hizo dudar, pero no dije nada. Recordé la única razón por la que estaba aquí en primer lugar (e imaginé que mi cuenta bancaria rebosaba) y me dirigí a mi vestidor, pasando los dedos por la ropa que allí colgaba.

En cuestión de segundos me detuve. Sabía exactamente qué vestido me iba a poner. No sería el negro que Marcus esperaba, pero podría manejarlo.

Capítulo 12

Marcus

"¿Estás casi lista?", la llamé en mi camerino. Me ajusté rápidamente la corbata frente al espejo del vestidor.

"Un minuto más", respondió ella.

Nuestra primera noche juntos en esta casa había sido tranquila. Ella había dormido en la habitación de invitados y yo en el dormitorio a propósito. No quería que Vanessa se sintiera presionada.

Pero hoy era el día oficial, esta noche le enseñaría mi mundo.

En mi mente, estaba dando los últimos toques al vestido de cóctel negro. Elegante, curvilíneo pero discreto, totalmente perfecto para el evento. Imaginé su hermoso cuerpo, cada curva acentuada por la ceñida tela...

Después de lo que le había hecho en mi despacho, la deseaba tanto que casi no podía soportarlo. El recuerdo de su dulzura en mi lengua...

Pero primero, el comienzo oficial. Por lo general, este tipo de eventos son asuntos áridos como el polvo, un montón de apretones de manos y conversaciones triviales. La empresa asesoraba a un promotor inmobiliario que se había convertido en político y era un cliente lucrativo desde hacía muchos años. Las políticas que proponía coincidían directamente con los intereses de la empresa, de ahí las brillantes muestras de apoyo.

Una pizca de nerviosismo punzó en lo más profundo de mi vientre. Pero seguía teniendo un buen presentimiento. Sólo esperaba que Vanessa sintiera lo mismo.

Me alisé el pelo y me eché un último vistazo. Había elegido un traje azul oscuro, una corbata gris y un pañuelo de bolsillo de pata de gallo. A medida y a juego con mis zapatos de salón marrón oscuro. Me veía bien y sabía que estaría aún mejor con Vanessa del brazo.

"Aquí vamos", me dije y apagué la luz.

Al salir de la habitación, levanté la mano para llamar a la puerta de Vanessa, pero ya estaba abierta.

Estaba frente a mí y se preparaba para irnos.

Simplemente me dejó sin aliento.

Su figura de sauce estaba envuelta en un elegante vestido azul. Parecía mágica, como una criatura alienígena con sus hombros radiantes bajo la suave luz de la habitación.

Llevaba el pelo recogido en un sencillo moño y el pintalabios de color nude daba la impresión de un rostro casi sin maquillaje.

Me quedé atónito, enfadado y totalmente confuso. Aquí estaba ella, un sueño absoluto, pero me había desafiado llevando un vestido que no esperaba. No encajaba en el evento. No encajaba con lo que yo había imaginado.

Sin embargo, no me atrevía a cambiar nada.

"¿Me queda bien?", preguntó. Parecía más preocupada por si le quedaría bien que por lo increíble que le quedaba.

Se me secó la garganta y tartamudeé al hablar: "Eh... sí", me aclaré la garganta, "sí, más que bien. Verás...", y las palabras se esfumaron. Lo único que pude hacer fue asentir.

"Muy bien, vamos entonces".

"Espera", intervine cuando por fin encontré las palabras, "una cosa más".

Me metí la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y saqué una larga cadena de plata. Era delicada y fina, y brillaba con la luz.

"Lleva esto, por favor", le dije y le hice un gesto para que se diera la vuelta y yo pudiera ponérselo alrededor del cuello.

Ella obedeció, un olorcillo a su perfume me saludó cuando me acerqué. Mis rodillas cedieron un poco al sentir su cercanía, su aroma y su calor.

¿Cuántas ganas tenía de cogerla allí mismo? Dudaba incluso de llegar al dormitorio, tan grande era mi deseo por ella.

Fue un milagro que consiguiera cerrar el broche. Sentía los dedos torpes, como si no me pertenecieran.

Por fin lo había conseguido. "Entonces, date la vuelta otra vez".

Lo hizo y la delicada joya serpenteó por su cuello perfecto hasta posarse justo entre sus pechos. Cómo envidiaba esta joya...

"Ahora podemos irnos", respiré, reprimiendo mi necesidad.

Justo después... después de unas horas, tal vez.

Sonrió como si no estuviera preparada para aceptar el cumplido de antes. Pero yo sabía que lo estaba disfrutando de todos modos. Se había ruborizado.

Giré sobre mis talones antes de que pudiera tentarme más. Salimos por la puerta.

Cuando llegamos, la fiesta ya estaba en pleno apogeo. Eso era lo ideal. Quería que la gente se diera la vuelta cuando entráramos.

Después de llegar al aparcamiento, abrí la puerta a Vanessa. Al salir, algo cambió en ella, como si realmente aceptara su papel. Sus ojos se concentraron, su postura se volvió más erguida.

Interpretaba su papel y estaba estupenda.

"¡Marcus! ¡Me alegro de verte!"

Cuando me di la vuelta, para mi sorpresa, me recibió nada menos que Simon Farragut, el socio principal que tenía el poder de hacer socios a los empleados. Era su palabra (entre varias otras) la que decidía el destino. Era a él a quien tenía que mostrar mi mejor cara y también la de Vanessa. Llevaba un traje clásico y del brazo estaba su esposa Brenda con un vestido de encaje azul marino.

"¡Simon! Me alegro de estar aquí. Te presento a la señorita Vanessa Davenport", le respondí.

Simon era sin duda un caballero, pero sus ojos también recorrieron a Vanessa con una pizca de hambre. Hizo una pausa demasiado larga en su respuesta. Brenda salvó la situación tendiendo la mano.

"Me alegro de verte, Marcus. Es un placer conocerte, Vanessa", dijo mientras le tendía la mano para que Vanessa se la estrechara.

"Es un placer conocerlos a los dos", dijo Vanessa, su voz de tono caramelo enmascarando la incómoda actuación.

"La fiesta va bien hasta ahora", dijo Simon. "Vamos a entrar, ¿de acuerdo?"

Éramos un cuarteto poco habitual y seguimos el sonido de la música de jazz que salía a recibirnos. El patio abierto del restaurante estaba lleno de gente, las mesas de café se alineaban en su perímetro, la gente finamente vestida charlando y comiendo de pequeños platos. Unos hilos de luz serpenteaban entre las vigas de madera del patio cubierto, arrojando una delicada luz sobre el ambiente.

El invitado de honor estaba rodeado de una multitud y tenía un aspecto muy parecido al de un político.

Más de una cabeza se giró al ver a Vanessa y disfruté cada segundo. Los chicos del departamento de insolvencia, que estaban masticando su rollatini de berenjena, y los duros del departamento jurídico se quedaron boquiabiertos mientras ella pasaba flotando junto a ellos.

Ojalá hubiera podido conservar o embotellar aquel momento de alguna manera.

"¿Quieres algo de beber?", pregunté, volviéndome hacia Vanessa.

"Claro", dijo mientras contemplaba el paisaje. Si estaba nerviosa, lo disimulaba bien.

"De acuerdo, ahora vuelvo", le dije. No quería dejarla sola demasiado tiempo, sólo el suficiente para que todos la admiraran antes de que yo volviera con ella.

Al acercarme a la barra, la siguiente voz familiar me saludó.

"¡Marcus King! ¡Qué alegría verte! Esperaba encontrarte aquí".

"¡Greg Daniels! ¿Cómo estás? ¡Ha pasado tanto tiempo! ¿Cómo te van las cosas?", quería saber.

Greg era un abogado canadiense, un poco mayor que yo, con el que había entablado amistad en un congreso de derecho dos años antes. Era tranquilo y sin complicaciones, y quizá por eso nos llevábamos tan bien. Con su pelo rubio y su aspecto rudo, parecía un auténtico hombre de campo. Vivía y trabajaba en un prestigioso bufete de abogados del centro de Montreal.

"¡Genial, de verdad! Casualmente estaba en la ciudad y me invitaron a este evento. Conozco a Jim desde hace mucho tiempo".

Me incliné hacia él. "¿Crees que tiene alguna posibilidad de ganar?"

Greg se rió. "¿Quizás? Si hay alguien que se comporta como un bulldog, es él".

El camarero me miró y le hice señas para que me acercara dos copas de champán. Cuando lo hice, Greg se inclinó aún más.

"Oye. Hace tiempo que quería ponerte en contacto contigo. Puede que haya una vacante en mi empresa. Quería mantenerlo en secreto, por supuesto, pero si te interesa, encajarías muy bien. Montreal es una gran ciudad. Es todo lo que quiero decir".

Me sentí halagado. Mientras cogía las copas, miré a Greg. "Vaya, es estupendo. Pero aunque me encantaría seguir charlando sobre ello, corren rumores de que estoy en la lista de socios de aquí y comprenderás que no puedo dejar pasar esta oportunidad".

Greg frunció el ceño. "Oh sí, pensé que algo así sucedería".

"Pero bueno, definitivamente lo tendré en cuenta. Realmente aprecio que pienses en mí".

"Sería genial que te unieras a nosotros, pero lo entiendo. Tenemos que volver a vernos alguna vez, ¿sí?"

"Me encantaría, pero ahora tengo que volver a mi cita".

La mirada de Greg recorrió la multitud. "¿La chica llamativa de azul?"

Le dediqué a Greg una sonrisa arrogante.

"Sí, ella. Ahora, si me disculpas..."

"Por una chica como ella, claro que sí. Ve a por ella, tigre".

Riendo, me alejé de la barra y volví junto a Vanessa. Ella aceptó la copa y brindamos el uno por el otro. La fiesta estaba oficialmente en su apogeo.

Dos horas y muchas conversaciones aburridas y superficiales después, decidí que la obligación se había cumplido y podíamos irnos.

Vanessa se había comportado como una campeona: saludando a la gente y esquivando las miradas hambrientas de los hombres, así como las miradas celosas de las mujeres.

"¿Estás lista?", susurré, después de habernos librado de un viejo especialmente aburrido que acababa de hablarnos de su nuevo yate.

"Estoy más que lista", dijo Vanessa desde un lado.

"Estupendo. Vámonos".

Era obvio que podía cautivar a las personas. Podía encantarlas, hacerlas sentir especiales. Yo quería algo de eso; de hecho, lo quería *todo*. Su encanto, su atención, su *afecto* tenían que ser míos.

El servicio de aparcacoches no podía ser más rápido.

La fiesta me había agotado y ahora lo único que quería era lo que había estado esperando y deseando todo este tiempo: el cuerpo de Vanessa en mi cama.

Capítulo 13

Marcus

Pasó una eternidad hasta que el Audi se detuvo delante de nosotros.

Mientras conducíamos de vuelta a casa, Vanessa miraba por la ventanilla, con pensamientos difíciles de interpretar.

"¿Te lo has pasado bien?", me atreví a dirigirme a ella.

"Ha estado bien. Sólo tienes que hacer que la gente se sienta tan importante como quiera sentirse".

Asentí y sonreí. "Así es. Tienes un don para estas cosas, Vanessa. Ya me doy cuenta".

"Gracias", respondió ella con frialdad.

"Además... estás increíble". Mientras decía esto, dejé que mi mano se deslizara hasta su rodilla. La piel era suave y ligeramente fría.

Al principio se resistió y se movió en su asiento, pero no me quitó la mano. Mis ojos miraban fijamente la carretera.

"Gracias de nuevo", respondió ella.

Aproveché la oportunidad y empujé mi mano más arriba por su pierna. Ella lo permitió.

Otro deslizamiento y mi meñique rozó el dobladillo de su vestido. De nuevo lo permitió.

A la mierda. Hazlo.

Con un rápido movimiento, simplemente deslicé mi mano por debajo. Vanessa respiró entre dientes, con un delicioso siseo.

Los pantalones del traje me apretaban incómodamente a medida que mi excitación se hacía sentir.

¿Cuántos kilómetros más tenía que soportar antes de llegar a casa?

De repente sentí una presión en la ingle. Cuando miré hacia abajo, vi la mano de Vanessa justo donde la había deseado durante horas.

Durante un breve segundo, capté su mirada mientras apartaba la vista de la calle. Una farola la iluminó durante una décima de segundo y vi una mirada de pura lujuria.

Podría haber sido la dama fría toda la noche, pero ahora era la provocación personificada.

Antes de que me diera cuenta, me bajó la cremallera de la bragueta con el pulgar y el índice y metió la mano. Mis manos se aferraron con más fuerza al volante mientras ella sacaba mi miembro. Me juré a mí mismo no mirar hacia abajo por miedo a provocar un accidente. En lugar de eso, mantuve la vista en la carretera.

La cabeza de Vanessa bajó y entonces lo sentí: su cálida boca sobre mí. Primero sólo en la punta, luego con un solo movimiento hasta donde pudo. Un calor húmedo me rodeó.

"Oh, joder...", gemí. Pensé que el volante se rompería bajo mi agarre.

Fue una sensación increíble. Vanessa era muy hábil. Movía lentamente su lengua y su boca arriba y abajo, sabiendo exactamente a qué velocidad y con cuánta presión. Yo no podía hacer otra cosa que mantener los ojos en la carretera y entregarme por completo a ella.

Al cabo de unos instantes, volvió a levantar la cabeza.

"Espero que lleguemos pronto a casa", dijo con una sonrisa, reclinándose en su asiento.

"Yo también", jadeé.

Pisé a fondo el acelerador.

Cuando apagué el motor, íbamos a toda máquina.

Salí del coche, la cogí de la mano y salimos corriendo hacia la puerta principal. En cuanto entramos, la volví hacia mí y la besé apasionadamente. Sorprendida y divertida al mismo tiempo, chilló y su cuerpo se puso rígido antes de fundirse en mí.

Sentí que mi determinación de dejar que la férrea voluntad que había puesto por encima de mis propias necesidades y placeres se rompía como un dique.

Maldita sea, anhelaba esa mujer.

Nuestras manos tiraban frenéticamente de la ropa del otro: primero la corbata, luego los zapatos. Oí cómo su ropa caía al suelo en algún lugar cerca del salón. Eso no era importante. Eran barreras, muros que había que superar.

Avanzando sin parar, besándonos y gimiendo, habíamos conseguido llegar hasta mi dormitorio. Una vez allí, Vanessa sólo llevaba un escaso sujetador de encaje negro y un tanga. El collar de plata que le había regalado me guiñó un ojo con complicidad. Quería quitárselo todo, excepto el collar.

Estaba completamente desnudo, me había dejado la última prenda en algún lugar entre el salón y el dormitorio. Mi miembro estaba erecto, sensible y listo.

La levanté, la acompañé a la cama y la tumbé. Sin embargo, cuando empecé a explorar su cuerpo, me detuvo y me puso la mano en el pecho.

"No, así no. Quiero tomar el control". Su voz era suave pero autoritaria. Deslizó un pulgar bajo la cinturilla del tanga y tiró de él hacia abajo. Luego se desabrochó el sujetador y dejó que se deslizara por sus hombros. Sólo quedaban el sujetador y la cadena.

No creía que fuera posible excitarme aún más de lo que ya estaba.

"¿Qué tenías en el..."

Antes de que pudiera terminar mi pregunta, me empujó hacia atrás para que mis rodillas quedaran dobladas al final de la cama.

Luego se sentó a horcajadas sobre mí con feroz determinación y su cálido aroma fluyó hacia mí.

"Oh, entiendo", empecé, pero inmediatamente perdí el habla cuando ella me tomó en su humedad. No estaba preparado para esto y por un segundo vi estrellas.

Entrelazó sus dedos con los míos y utilizó mis antebrazos como punto de apoyo para mover sus caderas arriba y abajo, lentamente al principio, pero luego cada vez más rápido. Mis ojos observaban los hermosos movimientos de su vientre y sus pechos mientras me follaba.

"Mmmm", murmuró ella, dejando caer la cabeza hacia atrás para que su cuello quedara al descubierto.

Sus caderas empezaron a moverse más deprisa. Solté nuestro agarre, levanté la mano y, con una destreza que no entendía muy bien, conseguí quitarle el sujetador. Sus pechos se liberaron y gemí mientras mis manos se acercaban para acariciarlos.

Ella a su vez aumentó el ritmo, uno de sus largos dedos bajó y se tocó.

Sentí que todo se acumulaba dentro de mí: la espera, la forma en que me follaba, la maravilla de su cuerpo, su atrevido frenesí por darse placer. Todo subía más y más dentro de mí.

Cerré los ojos y sentí su estrechez, el movimiento de sus caderas, el suave movimiento de sus dedos.

"Creo que me voy a correr..." murmuró; su voz era insistente.

"Yo también...", jadeé, sintiendo la subida, la acumulación, el lanzamiento hacia el mayor placer que se recuerda.

"Entonces... oh... *correte para mí...*". Y ya estaba preparada, su cuerpo se arqueaba y retorció mientras el orgasmo la sacudía.

"¡Oh! Ah...". Yo también estaba listo, la liberación fue como un desgarró de cuerda y el tiempo se detuvo, todo se detuvo. Nada era importante o llegaría a serlo mientras durara esta sensación.

Cualquiera que fuese el ser divino que nos había creado (yo no era una persona religiosa), sabía exactamente lo que tenía pensado para nosotros. Si no, ¿por qué nos daría algo así?

Demasiado rápido me hundí de nuevo en la cama. Vanessa, ahora exhausta y respirando agitadamente, se desplomó sobre mí, nuestro calor corporal se unió.

Al cabo de unos instantes, le susurré en el cuello.

"No puedo esperar a la próxima".

Capítulo 14

Vanessa

"Volveré sobre las seis. Prepárate, la entrega de premios es esta noche", ordenó Marcus desde la cocina mientras devoraba una barrita energética y una taza de café.

Me paré en la puerta de la cocina, con una camisa demasiado grande colgando hasta mis muslos. Las actividades de anoche se me pegaban en la piel. Todavía podía oler su aroma, los rastros de nuestro acto de amor seguían sobre mí.

Pero esa mañana, su cercanía era desagradable. Era brusco, autoritario y distante. En resumen, se comportaba como un jefe y yo, su empleada, esperaba incómoda sus órdenes.

En un momento actuaba caliente y al siguiente frío. ¿Cuál era el verdadero Marcus?

"¿De verdad estás nominado a un premio?", le pregunté, intentando disipar la sensación de malestar que tenía. ¿Cómo podía ser tan cariñoso y apasionado un día y tan repulsivo al siguiente?

Me miró molesto. "*¿Realmente* estoy nominado? Lo dices como si no pudieras creer que soy elegible".

Se me revolvió el estómago. "¿Qué? ¡No! Sólo estaba... Sólo preguntaba... Estoy feliz..."

"No te preocupes. Por favor, quiero que estés lista cuando llegue a casa. Y quizás esta vez te pongas el vestido correcto, el negro".

Tiró los restos de su café al fregadero, cogió su bolso y se fue al despacho, mientras yo me quedaba atrás, enfadada y confusa.

"Vete al infierno...", murmuré para mis adentros. Me retiré al cuarto de baño y me duché para quitarme la última noche de la piel, intentando no pensar en el hombre que conocía en el dormitorio y lo contrario de él en todas partes.

Tenía el día por delante, varias horas sin interrupciones para hacer lo que quisiera.

Al ponerme unos pantalones Capri y una camiseta de tirantes, surgió en mí un rastro de esperanza, algo que no había sentido en mucho tiempo.

Ahora que ya no tenía que trabajar en el restaurante y que mis días eran míos, tenía que encontrar algo con lo que llenar las horas. Después de descargar nuevos podcasts a lo largo de la mañana, me topé con una idea que al principio me sorprendió. Pero cuando la mañana se convirtió en la hora de comer, me di cuenta de que tenía que investigar más. Al menos debía intentarlo.

Mis escasos intentos de escribir.

El libro en el que había estado trabajando seguía acechando en las sombras de mi creatividad, los personajes me llamaban. Pero no tenía el valor de acercarme a ellos. Los sentía inacabados, sin forma y, sin embargo, me llamaban. Les debía otra oportunidad. Me la debía a mí misma.

A medida que mi matrimonio con Leo se había ido rompiendo poco a poco, mi inspiración y mis ideas también se habían ido perdiendo. Cobraban vida en mi cabeza, sólo para ser sofocadas por sentimientos de ineptitud y desesperación. Pero ahora tenía la oportunidad de volver a rendirme a ellas, de convertirlas en figuras concretas en la pantalla de mi portátil.

La mañana era luminosa y soleada y corría una brisa con aroma a cítricos. Me instalé en la terraza, abrí el portátil y navegué hasta la carpeta en cuestión.

Como un portazo, sentí que el destello inicial de esperanza se extinguía al instante. La página

me miró exigente, casi burlona, porque la había ignorado durante tanto tiempo.

Presa de un ligero pánico, abrí un documento en blanco, esperando que el espacio en blanco fuera una invitación.

En cambio, lo sentí como un reproche, como una montaña que era incapaz de escalar.

¿Debo escribir de improviso y ver qué pasa? ¿Sigo con mis viejas ideas, pero las empiezo de nuevo? ¿Debo probar con un género completamente distinto? ¿Terror? ¿Romance?

Los pensamientos sobre Marcus se agolparon en mi cabeza. ¿Hubo siquiera un romance entre nosotros? Recordé cómo me tocaba, cómo me besaba y sentí lo que era tenerlo dentro de mí, su susurro en mi oído.

¿Era un romance o sólo sexo?

Si este hombre fuera el que conociera a la mañana siguiente, tal vez podría hacerme a la idea de que ahora había un romance en mi vida.

Pero la realidad era que *el sexo formaba* parte de mi vida con muchas, muchas horas de otra cosa entre medias.

Suspirando, cerré el portátil y busqué un conjunto para el evento de la noche.

"Oh Dios, ese tipo, qué imbécil", me dijo Marcus cuando entramos en el salón de baile del centro de convenciones. El hombre en cuestión, bajo, encorvado, con gafas y un traje mal ajustado, nos había saludado al entrar. Sus gafas eran gruesas, pero tenía un rostro amable, totalmente fuera de lugar.

No dije nada, sólo lo guardé en el acto de "las cosas de mierda que Marcus dice de la gente". No quería actuar así en absoluto, pero cada vez me daba más cuenta de que apenas le quedaba una palabra buena sobre alguna persona.

Sentí curiosidad y quise echar un vistazo, pero mi vestido rojo de cóctel con los hombros al descubierto me limitaba un poco. Sin embargo, sabía que estaba estupenda, a juzgar por las miradas de los transeúntes.

No era el vestido negro que Marcus me había dicho que me pusiera, pero sabía que me quedaba bien. Al menos tan bien que él había enarcado las cejas cuando me lo vio puesto y no se había quejado de que una vez más hubiera desobedecido sus instrucciones.

El lugar era ruidoso y estaba lleno de gente con trajes oscuros y ropa llamativa. Ya me había acostumbrado a la rutina de este tipo de eventos. Charlas triviales, canapés, champán, más charlas triviales y luego, dependiendo del acontecimiento, fingir interés por cosas que no podían importarme menos.

Ese era mi trabajo ahora, lucir hermosa y atractiva en cosas que no tenían ningún impacto en mi vida.

Esta noche, sin embargo, se trataba de algo más. Marcus optaba a un premio, el Emerging Law Leader, concedido a jóvenes talentos considerados recién llegados con éxito a la escena jurídica de Los Ángeles.

La gente se agolpaba a nuestro alrededor. Marcus no paraba de estrechar manos y sonreír, y me susurraba comentarios secretos sobre "gilipollas", "vagos" o gente que no merecía ninguna asociación.

Cuando llegamos a la mesa que nos habían asignado, sentí un hormigueo. ¿Acaso Marcus no tenía una palabra amable para nadie? ¿O simplemente no podía decir nada aparte de eso?

"¿Estás bien? No pareces estar de humor", preguntó mientras nos sentábamos.

"Estoy bien", me encogí de hombros y fingí leer la gran pantalla de proyección situada en la parte delantera del salón de baile, en la que figuraban los patrocinadores de la ceremonia de entrega de premios.

Un momento después, su mano estaba en mi muslo bajo el mantel y su contacto me produjo un pequeño escalofrío.

Cómo me gustaría que nuestra conexión no fuera tan eléctrica, tan inmediata y embriagadora, porque cada vez que me tocaba, toda mi determinación se desvanecía y me convertía en masilla en sus manos.

"Señoras y señores, tomen asiento, la ceremonia comenzará en unos minutos...", anunció un barítono grave. Los invitados tomaron asiento. El personal del catering trajo aperitivos y bebidas, y yo me preparé para una velada aburrida.

Pero debido al calor en mi pierna, fue un poco...

Ahora no podía perder la cabeza. Tenía que concentrarme. Tentativamente, aparté la pierna. Marcus pareció molesto por un momento, pero entonces un remolino de música orquestal llenó la sala y volvió su atención al escenario.

La ceremonia de entrega de premios estaba a la vuelta de la esquina.

Fue tan aburrido como me había imaginado. Muchos oradores y antiguos galardonados despotricaron sobre "futuros brillantes" y "grandes resultados". Me entretuve calculando mentalmente el importe neto de cada invitado, perdiendo rápidamente la cuenta de los muchos ceros que inevitablemente les acompañaban.

Era el puro despliegue de bolsos Fendi, zapatos Manolo Blahnik, relojes Rolex, trajes Attolini, vestidos extravagantes y más joyas preciosas de las que había visto en toda mi vida.

Después de lo que pareció una eternidad, llegamos al premio para el que Marcus estaba nominado. Marcus se inclinó hacia delante con una expresión hambrienta en el rostro que sólo podía describirse como ambición descarnada.

Quería este premio. Por mucho que le restara importancia durante el viaje ("No es que signifique nada y ni siquiera estoy seguro de por qué existen estas cosas..."), se notaba a distancia que lo quería. Probablemente se había aprendido de memoria su discurso de aceptación.

En la enorme pantalla de proyección aparecieron seis fotos tamaño galería, seis jóvenes talentos, futuros titanes de la abogacía, predominantemente masculinos, con una mujer ambiciosa y curtida en el grupo.

"El ganador del premio Sydney & Ethel Meritz Emerging Law Leader de este año es...". Aquí el presentador hizo una pausa de diez segundos mientras abría el elegante sobre: "¡Patrick Hutchinson, de Morgan, Willoughby & Henderson!".

Desde una mesa lejana -sin duda la del tal Patrick y los demás representantes de su bufete- sonaron fuertes aplausos. Cuando vi quién era el ganador, me sentí extraña. Era el hombre de aspecto dudoso con gafas de pasta que había saludado a Marcus al entrar. De camino al escenario, sonrió y estrechó numerosas manos a su paso. Luego aceptó su premio, radiante de alegría. El aplauso más sonoro y entusiasta procedió de una mujer guapa y bien peinada que claramente estaba relacionada con aquel hombre.

A mi lado, Marcus aplaudió, pero de forma apenas audible. Su rostro se había congelado en una máscara ilegible.

Era difícil comportarse correctamente en una situación así. Aplaudí sólo lo que la cortesía requería y luego me detuve para mostrar a Marcus un mínimo de apoyo. Al fin y al cabo, estaba

aquí para apoyarle.

El discurso de Patrick fue exuberante y demasiado olvidable y poco después Marcus se inclinó hacia delante.

"Vámonos. Hemos tenido nuestra actuación".

Yo también quería irme, pero me preocupaba el Marcus al que tendría que enfrentarme de camino a casa.

El viaje en coche fue tranquilo. Miré por la ventanilla y dejé pasar los barrios chic.

Por fin llegamos a la entrada y Marcus apagó el motor. No se movió y, en el tenue resplandor de la luz sobre la puerta principal, me pareció ver algo que sólo había visto una vez.

Cuando me había visto con el vestido la noche anterior, había perdido temporalmente la capacidad de hablar. Su rostro se había suavizado, la máscara y la arrogancia habían desaparecido, casi como si se hubiera dado permiso para mostrar su verdadero yo.

Mirándolo ahora de perfil, volví a verlo, sólo que esta vez con un matiz de tristeza y decepción. Tenía que aprovechar el momento.

Le cogí la mano y se la apreté.

"Creo que eres un abogado excelente y no necesitas que te lo diga un trofeo", le dije. Había un conflicto en su rostro. Una parte de él quería decir algo arrogante, mantener la máscara. La otra quería seguir siendo abierto y vulnerable, el verdadero Marcus.

Cuando volvió a hablar, fue algo intermedio.

"Eh... gracias. Supongo...", respondió y apartó la mirada.

"... que deberíamos entrar", lo completé.

Así lo hicimos, con pasos lentos.

Una vez dentro, Marcus empezó a quitarse la chaqueta y la corbata. Yo me quité los zapatos de tacón y disfruté de la sensación de liberar mis pies acalambrados.

Marcus estaba callado, todavía retraído. Mientras le veía desabrocharse la camisa, sentí que se me calentaba el corazón.

Antes de que pudiera detenerme, me acerqué a él y le puse las manos en el pecho.

"¿Quizá podría darte otro tipo de premio?". Me lamí los labios sugerentemente.

Parte de la contención de Marcus se desvaneció y fue sustituida por fantasías eróticas.

"Ahora tengo curiosidad", dijo.

"De acuerdo", respondí y dejé que mis manos se deslizaran por su pecho, serpenteando hacia abajo... hasta llegar a su ingle.

"Veamos qué podemos hacer *ahí*", dije y bajé la cremallera, arrodillándome yo también.

Marcus aceptó encantado el premio que le otorgué aquella noche...

Capítulo 15

Vanessa

LEO: ¿Dónde está el sacacorchos?

VANESSA: En el aparador en el comedor, cajón de la izquierda.

Cinco minutos después:

LEO: Lo encontré. ¿Dónde está la jarra?

VANESSA: Leo. Comprueba el aparador. Todos los utensilios deben estar ahí.

LEO: Sólo era una pregunta. ☹️

"¡Maldita sea!", exclamé y arrojé el móvil sobre la mesa de la cocina. La casa estaba vacía: Marcus estaba en el despacho y yo deambulaba por la casa intentando armarme de valor para abrir de nuevo el portátil.

Durante los dos últimos días, Leo me había estado enviando mensajes de texto con una regularidad alarmante, preguntándome todo tipo de cosas, como dónde estaban varias cosas o las contraseñas para acceder a los servicios de streaming.

Dado que había dejado atrás esta vida y había trazado una línea lo más limpia posible, estas interrupciones resultaban confusas en el mejor de los casos, y muy molestas en el peor. Sólo quería que Leo no se metiera en mi vida y no me interrumpiera constantemente. Mi corazón estaba roto por él, colgando del más delgado de los hilos en mi pecho. Necesitaba la distancia para que pudiera sanar.

¿Qué aspecto tenía mi vida en ese momento?

Yo no tenía ni idea. Durante las siguientes semanas fui una novia temporal, un bonito accesorio, una "herramienta" para hacer realidad los sueños de un ambicioso abogado.

Pero si me esforzaba, tal vez -sólo tal vez- podría encontrar un nuevo camino para mí. No necesitaba lastres como Leo para contenerme.

Era muy consciente de que ahora mismo me encontraba en una posición frágil y precaria en mi vida. Pero era lo bastante sabia para saber que Leo debía permanecer firmemente en el pasado. Me ayudó recordar que tal vez sólo estaba afligida por mi antigua vida (una mentira, como resultó ser) y no por ningún sentimiento real que aún sintiera por Leo. Pero fue bastante complicado averiguarlo.

Mientras caminaba por la casa, intenté olvidarme de él y centrarme en el día que tenía por delante. No había ningún acto previsto para esa noche -aunque el fin de semana estaría repleto de un acto benéfico y una cena de networking-, así que el día parecía casi imposiblemente largo.

En cualquier caso, tenía que sacar lo mejor de la situación y superar el enorme bloqueo de escritora que me atenazaba.

"Quizá si encontrara una idea en los diarios...", dije en voz alta mientras sopesaba la posibilidad. Se trataba de una serie de diarios encuadernados en cuero que eran básicamente un álbum de recortes para la escritura, un lugar para los restos visuales que me resultaban inspiradores o útiles para futuras historias aún por contar.

Si una terraza soleada y una hoja en blanco no pudieron quitarme el bloqueo, quizá eso sí.

Sólo había un problema: yo no los había traído. Se habían quedado en mi piso.

"No hay problema, puedo conducir hasta allí", volví a decirme en voz alta, sintiéndome de repente animada por la idea. Mi contrato con Marcus estipulaba que podía usar su cuenta de Uber. Me había dado permisos para varias aplicaciones el día que me mudé a su piso.

Diez minutos más tarde, estaba cómodamente sentada en el asiento trasero de un Mazda nuevo mientras sonaba música country en la radio del coche. El conductor era tranquilo y eficiente, deambulaba por las calles y estaba encantado de no molestar, que era exactamente lo que yo también buscaba.

Veía por la ventana cómo los barrios acomodados pasaban de largo y eran sustituidos por cosas que parecían mucho más normales y accesibles.

Excepto que pronto tendría dos millones de dólares. ¿Seguiría siendo normal entonces?

Ignoré la pregunta de mi cabeza cuando el conductor de Uber se detuvo. Le di una propina y entré en mi antiguo edificio de apartamentos.

Ya me parecía un lugar extraño, un lugar en el que había vivido hacía mucho tiempo.

Me encogí de hombros y entré en mi piso, que olía un poco a almizcle y a desgaste. Para airearlo, dejé la puerta entreabierta.

Las revistas y los diarios fueron fáciles de encontrar y pronto los tuve apilados en la encimera mientras buscaba una bolsa de transporte.

"¡Oh, vaya! ¡Ahí estás!"

"¡Ah!", grité y salté sobresaltada. Me giré rápidamente y busqué algo que lanzar al intruso.

"¡Cálmate, cálmate! Sólo soy yo!"

Por un momento pensé que estaba viendo un fantasma o un espejismo, o quizá ambas cosas.

"¿Leo? ¿Qué haces aquí?"

¿Había volado accidentalmente a Nueva York en este Uber Mazda? ¿Qué estaba pasando aquí?

"Yo... estaba esperando a que llegaras a casa. Acabo de llegar y no contestabas, así que pensé en esperar un poco para ver si venías y... por fin llegas".

Le miré fijamente y mi corazón se hundió en mil emociones a la vez. Parecía emocionado, un poco torpe y fuera de su elemento.

En realidad, yo también.

"Pero... ¿por qué?", balbuceé. "Tú... no deberías estar aquí. Me acabas de mandar un mensaje sobre el sacacorchos. Lo siento, pero no entiendo..."

El rostro de Leo se puso serio. "Lo sé. Es una locura. Sólo te escribí *algo porque* sé que probablemente no me contestarías si se trataba de algo importante".

¿"Importante"? ¿Qué se supone que significa eso? No hay nada importante entre nosotros, Leo. Se acabó". Ahora me estaba enfadando y frustrando. Ni siquiera debía estar aquí. Se suponía que este era mi espacio.

Leo cerró los ojos un momento y respiró hondo como para calmarse. "Vanessa, me alegro tanto de volver a verte. Ni siquiera recordaba lo guapa que eres. Estás incluso mejor de lo que recordaba..."

"Leo, basta, ve al grano".

"Quería darte una sorpresa porque creo que deberíamos empezar de nuevo". Sus palabras me golpearon en la cara como metralla.

¿Empezar de nuevo? ¿En qué estaba pensando?

"Leo, yo..."

Me quedé sin palabras. Había demasiados aspectos de la situación. Por un lado, yo quería que se diera la vuelta y se fuera, para olvidarlo lo antes posible y esta visita no ayudaba en nada, solo hacía más grande el agujero que estaba ahora en mi día.

Por otra parte, quería escuchar lo que tenía que decir para ver qué plan tenía en mente para justificar un nuevo comienzo.

Y una pequeña parte de mí quería saltar a sus brazos. Quería recuperar mi antigua vida, o al menos la imaginación de mi antigua vida, combinada con la fantasía de que el matrimonio te hace completa y entera y todo lo que tienes que hacer es estar ahí todos los días.

¿Era Leo capaz de esto? ¿Cómo pude siquiera pensar que era capaz?

¿Y qué pasaría con Marcus?

Este pensamiento, surgido de un ángulo oblicuo de mi cerebro, jugaba alrededor de los demás como un grupo de bolas de billar, arremolinándolo todo en distintas direcciones.

Por mucho que Marcus se me metiera en la piel, también me hizo algo difícil de describir. Mi cuerpo podía decirlo, aunque mi mente, junto con todas mis emociones, no.

¿Valía la pena renunciar al dinero y saltar a los brazos de Leo?

"Vamos, cariño. ¿Qué dices? ¿Lo considerarías al menos?" preguntó Leo con voz tranquila mientras caminaba lentamente hacia mí. Sus ojos eran cálidos e invitadores, había puesto su sonrisa más encantadora a la que sabía que nunca me había podido resistir.

Necesidades, deseos y anhelos se arremolinaban a mi alrededor, reclamando toda mi atención. Me paralizaban.

"Cariño... te ves tan..." Leo se inclinó hacia delante tan rápido que me pilló desprevenida. Sus labios tocaron los míos antes de que pudiera agacharme y apartarme, un instinto de lucha que surgió de la nada.

"¡Leo, no! No quiero eso...", protesté.

Avanzó de nuevo. "Eso es mentira y ambos lo sabemos. Vamos, dame un poco de esos hermosos labios ... Te he echado tanto de menos".

"¡Leo!" Apreté suavemente su pecho y lo empujé hacia la puerta abierta de mi piso. Por un segundo, la ira brilló en sus ojos, blancos y calientes. En cualquier momento podría empezar a gritar.

"¿Estás bien, querida?", me dijo una voz delgada y nasal. Agradecí su sonido, por débil que fuera.

"No pasa nada, señora Higgins, pero gracias por preguntar", respondí a la amable anciana que estaba en el pasillo.

"¿Estás segura que no pasa nada?", volvió a preguntar, mirando a Leo, que se quedó helado.

"Sí, mi amigo ya se va", dije mirando a Leo.

Tras una larga pausa, respondió. "Eh, sí. Ya estaba por irme".

Se dio la vuelta, pasó por delante de la Sra. Higgins y caminó por el pasillo.

La Sra. Higgins lo observó durante unos instantes antes de volverse hacia mí.

"La caballerosidad está realmente muerta en estos días, ¿no es así, querida?"

"Sí, yo también lo creo, Sra. Higgins, seguro que sí".

Cerré la puerta y volví para coger mis cosas y llevármelas a casa de Marcus. En mi mente resumí lo que acababa de pasar.

Puede que Leo intentara convencerse a sí mismo y a mí de que había cambiado, pero yo veía que no era así en absoluto. Sus costumbres seguían siendo las mismas y nunca sería lo que yo había esperado que fuera.

La única cuestión era si sería lo bastante fuerte para definir y defender mis propios límites.

Capítulo 16

Vanessa

"Marcus, ignóralo. En serio, vámonos", dije con tono apaciguador y tiré de su brazo. Estábamos en el vestíbulo de un hotel llamado "The Farmer's Daughter", un pequeño y elegante lugar con un bonito bar. Bueno, había sido bonito hasta que el gerente había sido increíblemente grosero conmigo y Marcus se había enfadado muchísimo.

"No, un momento, primero resolveremos este pequeño problema", explicó Marcus con voz acerada. Se volvió hacia el encargado, un hombre pastoso de rostro altivo y bigote demasiado fino. "¿Cómo se llama?"

"Derek Underwood", dijo el hombre con voz nasal y chillona.

"¿Y consideras una buena práctica ser grosero con los clientes de este hotel?"

Por mucho que quisiera huir avergonzada (las escenas siempre habían sido un anatema para mí), había algo en ver a Marcus interrogar a ese tipo en su propio terreno. Derek, por muy altivo que fuera, también parecía percibirlo.

Un macho alfa demostrando su dominio. Tenía que admitir que esto me excitaba y disminuía un poco mi vergüenza.

"Para ser claro, no he sido grosero, sólo he señalado..."

"Mi pareja es nueva aquí. No era su intención entrar en un área del personal, pero tal vez la señalización aquí no es clara".

Eso, en pocas palabras, había sido culpa mía. Después de unos cócteles en el bar, me había excusado para ir al baño y había atravesado accidentalmente una puerta que daba a la sala de descanso del personal.

Me había quedado totalmente confusa porque el tal Derek se había enfrentado a mí y además quería acusarme de intento de robo.

Cuando conseguí que Marcus me ayudara, se puso en modo abogado "caballero blanco".

"Creo que esto ha sido un malentendido...", empezó Derek, pero Marcus lo interrumpió.

"En absoluto, lo he entendido perfectamente. De acuerdo Derek, seguiremos nuestro camino, pero no se ha dicho la última palabra sobre esta situación, en absoluto".

Marcus se volvió hacia mí y me tendió el brazo. Puse mi mejor cara de "bueno, qué ha dicho" y dejé que me acompañara fuera del bar hasta el coche.

"Lamento que te haya pasado esto, pero no te preocupes. Tengo un plan para acabar con él", dijo Marcus y arrancó el coche.

"No te preocupes tanto, es sólo una locura que ha pasado...", dije quitándole importancia.

Pero Marcus no estaba del todo de acuerdo.

"No, todo está bien. Además, he oído que el promotor está buscando un comprador para este hotel".

Al principio pensé que eran los cócteles los que hablaban. "Espera. ¿Qué? ¿Qué quieres decir?"

Antes de que se uniera al tráfico, Marcus me llamó la atención. "Bueno, voy a comprar el hotel y luego, en cuanto se seque la tinta, despediré a Derek, así de simple".

"Marcus... no tienes que..."

"Sé que no *tengo que hacerlo*. Pero *quiero hacerlo*".

Y con esa afirmación se acabó la conversación. Le creí completamente.

Hacía quince días que tenía mi "trabajo" con Marcus y había aprendido rápidamente que, cuando se proponía algo, era muy reacio a que le disuadieran. También había aprendido que tenía gustos extravagantes y que gastaba el dinero como yo nunca habría imaginado.

Era difícil no dejarse embriagar por él y no echarse a perder.

El día anterior, al salir de un pequeño acto para el bufete de abogados de Marcus, habíamos pasado por delante de una boutique en la que se exhibían los vestidos de verano transparentes más bonitos que jamás había visto. Todos parecían diseñados para una diosa.

"Estarías fantástica con algo así", me había dicho Marcus. Aunque mis ojos habían mirado hambrientos los maniqués del escaparate, había hecho todo lo posible para que no se diera cuenta.

"No", dije, apartando la mano.

"Yo pienso que sí. Entremos", insistió.

"Marcus, no. No necesito nada, yo..."

Pero él ya estaba en la puerta y la sostenía abierta para que yo entrara. No tuve más remedio que obedecer. Todo en aquel lugar era de ensueño: suaves y mullidos sofás se alineaban en los bordes de la tienda y un dulce y delicado aroma a lirios llenaba el aire. Los vestidos celestiales habían colgado de los maniqués en diversas poses, cada una más bella que la otra.

Incluso la dueña parecía de otro mundo: alta, con aspecto de saucy y vestida con una de sus creaciones, había flotado hacia nosotros con su larga melena castaña como sacada de un cuadro preraphaelita.

"Bienvenidos", murmuró con voz hipnótica, "me llamo Jasmine. ¿Qué puedo hacer por ustedes?". Su pregunta no había exigido atención inmediata, pues había dado la impresión de que podría haberse quedado allí todo el día esperando una respuesta. Nunca había conocido a ninguna mujer tan tranquila.

"Hola", respondió Marcus. "Estos vestidos son increíbles. ¿Qué color crees que le quedaría mejor a ella?", preguntó, haciéndose a un lado para que Jasmine pudiera mirarme en toda mi altura.

Los suaves ojos verdes de Jasmin se habían fijado en mí y se habían detenido en mi cuerpo.

"El azul del Egeo, estoy segura que ese color le queda de maravilla", había respondido finalmente, como si hubiera recibido la información de un poder superior. "Ven conmigo..."

Se dio la vuelta y se dirigió al fondo de la sala. Esa había sido mi última opción. "Marcus, no tenemos que..."

"Quiero verte con ese vestido. Después puedo quitártelo", respondió Marcus con voz ronca.

Inmediatamente mi cuerpo reaccionó y el calor había inundado mis nervios y mis pezones. El sexo había sido increíble hasta el momento: apasionado, cariñoso, casi trascendente. Una sola mirada de Marcus podía llevarme a otro estado. Ojalá supiera por qué, pero ocurría siempre.

Había dejado de protestar.

Jasmine se detuvo delante de un vestuario de aspecto acogedor equipado con un mullido taburete. "Ponte cómoda, te traeré el vestido azul Egeo..."

Me senté y Marcus se apoyó en la pared a mi lado segundos después. Un par de minutos más tarde, Jasmine volvió con el vestido de un suave azul grisáceo, un color que me había gustado mucho.

"Te ayudaré", dijo, acompañándome al vestuario y corriendo las cortinas. De alguna manera no me había importado, la sensualidad del vestido había exigido la intimidad de tener a alguien a tu lado mientras te vestías.

Jasmine procedió a quitarme el vestido de cóctel y había tirado con pericia del vestido de ensueño sobre mis brazos y hombros. La tela me parecía hecha con materiales de ensueño. Nunca antes me había sentido tan hermosa, como una princesa.

"Sí, justo como lo imaginé. Ese es tu vestido ideal", dijo Jasmine. Con un siseo apreciativo, abrió la cortina para que yo pudiera salir.

Los ojos de Marcus se agrandaron antes de recuperar rápidamente el control de su rostro. Pero había quedado claro: le había gustado lo que había visto.

"El azul Egeo es tu color, Vanessa", dijo. Volviéndose hacia Jasmine para posteriormente añadir: "Nos lo quedamos".

Entonces miré la etiqueta que decía el precio: cuatro meses de alquiler del piso.

"¡Marcus!"

Pero a él no le importaba ninguna cantidad de dinero y dijo con una sonrisa añadida: "No discutas, el vestido está hecho para ti".

Jasmine asintió y me ayudó a quitarme el vestido para envolverlo en papel de seda perfumado. Al terminar de envolver el vestido, aceptó la tarjeta de crédito de Marcus sin mirarla.

Además, ¿ahora quería comprar un hotel? ¿Era todo tan absurdo! Nunca había conocido a nadie que fuera tan despreocupado con el dinero.

Cuando el coche se detuvo frente a la casa, me volví hacia Marcus una vez más, con el recuerdo fresco del vestido que ahora colgaba de mi armario en mi mente. "Marcus, sólo quería decirte que no necesito nada más. Sé que es un acuerdo, pero me has dado todo lo que necesito. Por favor, no pienses que necesitas gastar nada más..."

Levantó la mano. "Vanessa, no gasto mi dinero precipitadamente. Nunca lo he hecho. Reconozco lo bueno cuando lo veo y me gusta pagar por la calidad. También invierto bien y trabajo duro. Mi dinero es mío, lo gasto y disfruto gastándolo en ti". Mientras hablaba, me cogió la mano y me besó los dedos, uno a uno.

Un escalofrío tras otro me recorrió la espalda, la mano y el brazo. ¿Quién era este tipo? ¿Por qué a veces era tan imbécil y otras tan atento y generoso? ¿Llegaría a conocer al verdadero Marcus?

Por el momento, sólo podía pensar en su presencia. Sus besos recorrieron mi brazo hasta llegar al cuello y los hombros.

Cuando llegamos a la casa, todo había terminado para mí. No habría podido resistirme aunque lo hubiera intentado.

Sin embargo, cuando amaneció la mañana siguiente, volvió a mostrarse serio y eficiente, aunque no frío.

¿Era él tal como era y yo tenía que aceptarlo? Cuando pensé en lo atento que había tratado mi cuerpo apenas unas horas antes y en cómo me había acariciado suavemente la cabeza mientras me penetraba lentamente y nuestros ojos se cerraban, su voz me interrumpió.

"Esta noche no hay actos oficiales, pero hay un restaurante nuevo que quería probar. La reserva es para las 7 pm".

"Ah, vale", contesté, sirviéndome un poco de café. "¿Qué tipo de sitio?"

"Ponte algo cómodo, no es nada lujoso".

Algo en mí se estremeció. Aquel no era un evento ni un lugar en el que yo fuera a ser vista o a ayudar a mejorar la imagen de Marcus (cuando él había informado de que nuestro pequeño acuerdo parecía funcionar: sus jefes estaban impresionados y algunos clientes potenciales habían expresado interés en trabajar con él). Pero esto era definitivamente algo diferente.

Era una cita.

¿Formaba parte del acuerdo? ¿Debería revisar nuestro contrato? ¿Quería hacerlo?

"Vanessa, ¿me has estado escuchando? ¿Por qué parece que me estás ignorando?", espetó Marcus.

Con un guiño, volví al presente. "¡Disculpa! Sí. A las 7 pm, estaré lista. Que tengas un buen día..."

Y así pasó mi día sin saber con qué Marcus saldría esa noche.

"¿Te ha gustado la comida?", preguntó Marcus mientras caminábamos de vuelta a su coche.

"Sí, estaba realmente deliciosa", respondí.

Y decía la verdad. El pequeño restaurante se enorgullecía de su "comida reconfortante" americana y estaba lleno de pequeños detalles kitsch combinados con ingredientes de lujo, frescos de granja.

El hecho de que Marcus pareciera relajado, más abierto de lo habitual, lo hacía aún más atractivo. Era otra faceta de este hombre que no había experimentado antes.

"Hoy he hecho una oferta para comprar el hotel", había querido decir entre bocado y bocado de su deslizador de carne de Kobe.

"¿De verdad? Creía que sólo era una broma", le contesté.

Marcus me miró con gesto serio. "Nunca hablo de cosas así porque sí. Es serio y pronto será mío".

Me había parecido todo un poco increíble. "¿Y entonces qué? ¿Despides a ese tal Derek y luego...?"

"Tengo planes para este hotel. Voy a modernizarlo un poco, hacerlo un poco más rentable. Soy bueno en eso, Vanessa".

Le di un sorbo a mi limonada de fresa. "Pensé que eras un buen abogado".

Marcus sonrió. "Lo soy".

"Pero..."

"Pero he hecho y sigo haciendo inversiones realmente increíbles. Esta es una buena inversión. Te agradezco que me hayas dado esta oportunidad".

Ante eso, yo también tuve que sonreír. "Sólo me perdí, eso es todo."

"Sí, pero equivocarte de habitación me ayudó a encontrar una razón para comprar el hotel. Así que, gracias por eso", había dicho con una sonrisa y levantó su cerveza hacia mí.

Marcus King me había sorprendido una y otra vez. En ese momento algo había cambiado, un pequeño cambio de perspectiva. Quizá el Marcus que yo había conocido hasta entonces sólo había sido una fachada y ahora, después de todo aquello, tenía delante al verdadero.

Eso me agradaba mucho más.

"Entonces, dime. ¿En qué más eres buena? Sé que tienes talento, pero quiero oír con tus propias palabras cuáles son esos talentos", preguntó.

Al principio había querido desviar la atención, poner una excusa o una estúpida afirmación de que no tenía talento. Que sólo era una mujer divorciada que intentaba rehacer su vida. Pero, de algún modo, no me había parecido bien. Marcus me había hecho una pregunta y quería una respuesta sincera.

Le debía a él y a mí responder con la verdad.

"Soy escritora. Bueno, intento serlo, pero últimamente..." Había bajado la mirada hacia mi comida.

"¿Sí?", empujó Marcus con su pregunta al mismo tiempo que dejaba el cuchillo y se inclinaba hacia delante, interesado en lo que tenía que decir. No estaba acostumbrada a eso.

"Siempre quise ser escritora y durante un tiempo pensé que podría serlo, pero... bueno, mi ex no me apoyó mucho. He estado muy ocupada con mi trabajo y también el destino se ha interpuesto en mi camino y... y ahora no sé si podré lograrlo".

Marcus se echó hacia atrás y me miró atentamente. "¿Tienes muchas ideas en la cabeza? ¿Están flotando por ahí?"

La forma en que había formulado la pregunta me había confundido temporalmente. *Realmente* quería saber. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que alguien había mostrado interés de verdad?

"Hmm. Sí, muchas, pero es que ahora mismo no me las puedo quitar de la cabeza".

Marcus asintió como si lo entendiera. "Entonces deberíamos trabajar en eso".

Por un segundo me había sorprendido su sencilla forma de apoyarme, su confianza en que podría volver a escribir. Bebí un sorbo antes de contestar.

"Sí, de verdad, deberíamos. Gracias, Marcus".

Su respuesta había sido una cálida y afectuosa sonrisa para mí.

Capítulo 17

Marcus

"No tienes que agradecerme que respete tu sueño", le contesté. "*Hay que apoyarte*. Tienes ambición y tienes sueños que hay que alentar".

Sus ojos se abrieron de par en par, como si no acabara de creerse mis palabras. Luego me dedicó una cálida sonrisa. Se puso las manos bajo la barbilla y me miró interrogante.

"Oír eso de una persona ambiciosa es muy alentador", comentó.

¿Qué me estaba pasando?

Reconocí la voz inmediatamente.

Era la voz que siempre aparecía cuando dejaba caer mi coraza protectora. Siempre que empezaba a sentirme cómodo con alguien, como ahora con Vanessa.

Y aunque apreciaba esa voz -era la que me sacaba de la penumbra cuando me sentía inevitablemente decepcionado por la mano de mierda que me tendía la vida-, no quería oírla en ese momento.

Lo que quería en ese momento era mantener una conversación con el hermoso ser que estaba sentado frente a mí, mantener *realmente* una conversación con ella.

Las últimas semanas habían sido increíbles. Vanessa era todo lo que había imaginado: guapa, segura de sí misma, encantadora y amable hasta en los actos más aburridos.

Por no hablar del sexo con ella. Impresionante e increíble eran sólo dos de los muchos adjetivos para describirlo.

Pero yo quería algo más, o al menos eso creía. Sentado frente a ella ahora era realmente la primera oportunidad que habíamos tenido de hablar desde que se mudó conmigo.

Por la mañana me resultaba aún más difícil. Tenía tantas cosas que hacer, con tantos días de trabajo por delante y tantas tardes consumidas por galas, actos políticos de recaudación de fondos y reuniones con clientes.

Esa fue realmente la primera vez que pudimos sentarnos y... hablar. Cuando me habló de su sueño de convertirse en escritora, algo se había abierto entre nosotros, quizá un nuevo camino. Además de la atracción física que sentía por ella (que siempre me quemaba por dentro), había un sentimiento nuevo: quería cuidarla y ayudarla desesperadamente.

Se abrió a mí de una forma totalmente nueva y yo quise corresponderle.

Sonreí. "Sí. Pero no creas que mi ambición se limita a una sola cosa. Tengo muchas ambiciones".

Me miró interrogante. "¿Cómo cuáles? ¿No quieres ser un super abogado?"

Sabía que quería ligar y divertirse, pero algo me había golpeado. ¿Daba yo también esa impresión al mundo exterior? Quizá sí, pero eso no era todo lo que yo era o quería ser.

Miré mi plato.

"¿Marcus? ¿Te he ofendido? Lo siento mucho si lo he hecho", dijo Vanessa con expresión preocupada.

Levanté la vista rápidamente y dije: "No, en absoluto. Supongo que en realidad no te he mostrado otra faceta mía. Pero tengo más ambiciones que 'ganar y gastar dinero'. Es una prioridad y me ayuda porque, bueno... las cosas no siempre han sido tan de color de rosa conmigo".

Vanessa asintió en señal de comprensión. "Créeme, conozco esa sensación".

Algo en sus palabras me atrajo. La sencilla invitación que me hizo. "Después de que mi última relación se viniera abajo, supongo que cerré una puerta durante un tiempo a algo más profundo; a una vida que una vez quise". Sacudí la cabeza y aparté los ojos de ella. "Pero tal vez eso no está destinado a ser para mí".

Vanessa se inclinó hacia delante. "¿Qué quieres decir?"

Tenía ante mí una encrucijada. Podía darme la vuelta y gastarle una broma, decirle que sólo estaba bromeando. O podía decirle algo verdaderamente real, algo que no me costaría un céntimo, pero que seguiría siendo caro y precioso.

Decidí hacerlo.

"He tenido una relación larga que terminó porque descubrí que no podía dejarla embarazada. Lo intentamos una y otra vez, pero no funcionó. Destruyó la relación y por eso yo..."

Se lo he dicho. Ahora ella pensará que no soy un hombre de verdad.

Durante una fracción de segundo, su expresión fue ilegible. Luego alargó la mano y me cogió las dos.

"Lo siento mucho, Marcus. Debe haber sido difícil de superar".

No había juicio en su tono y su cara no era de disgusto.

"Así es. Supongo que por eso actúo tan duro y poco amable a veces, puro mecanismo de defensa".

Vanessa asintió pensativa y dio otro sorbo a su bebida.

"¿Cómo les va por acá? ¿Desean ordenar algo más? ¿Otra ronda?"

Nuestra conversación fue interrumpida por una valiente camarera.

"Eh, yo... yo estoy bien, gracias", tartamudeé. "¿Vanessa?"

"Sí, yo también, gracias", respondió. Pero no hablaba con la camarera, sino conmigo.

"¡Muy bien!", dijo la camarera, dejándonos solos.

"¿Estás bien?", pregunté.

Vanessa asintió. "Sí, Marcus. Estoy muy bien".

Me alegré de habérselo dicho. No sabía por qué ni qué significaba todo aquello, pero me sentía mejor por haberlo hecho.

Quizá, después de todo, esa voz no siempre tenía razón.

Capítulo 18

Vanessa

"Bueno, pase lo que pase, se ve bien. Estás positivamente *resplandeciente*. En serio, chica. Todo esto te está sentando de maravilla", dijo Nina mientras elegía un color de esmalte de uñas.

El salón estaba maravillosamente vacío -habíamos llegado temprano- y las pocas diseñadoras de uñas de guardia corrían a sus asientos, esperando a que eligiéramos los colores y tomáramos asiento.

Con el dinero de bolsillo que me proporcionó el acuerdo con Marcus, podría haber ido a un lugar de primera clase donde el spa y el champán fueran la norma.

Pero disfrutaba de mis citas con Nina y teníamos nuestras rutinas. Además, este salón de belleza tenía una manicura condenadamente buena por menos de sesenta dólares y estaba cerca del piso de Nina.

Me incliné hacia ella para susurrarle al oído, cogiendo un frasco de laca azul cielo. "Bueno, el sexo es de otro mundo. Esa es la parte que entiendo mejor".

Nina soltó una risita. "Yo también lo espero. Si no, ¿qué sentido tendría?". Eligió un color melocotón claro y nos fuimos a nuestros sitios habituales y nos sentamos una al lado de la otra. Las esteticistas se pusieron inmediatamente manos a la obra, quitaron la pintura vieja, limaron, recortaron y comenzaron su misión.

"Sí, pero se sintió raro divertirme tanto teniendo sexo y luego que no me gustara el chico", le expliqué.

Nina giró la cabeza hacia mí. "¿*Se sintió*? ¿Quieres decir que ya no se siente así? Sigue..."

Ahora me daba cuenta de que mi actitud hacia Marcus *había* cambiado, pero ¿cómo exactamente?

Cuando me habló de su relación anterior y de cómo había desarrollado mecanismos de defensa para afrontarla, eso le hizo humano de una forma que yo tenía que comprender.

El hecho de que se sintiera tan seguro como para compartir estas cosas conmigo también había sido una revelación. Pero, ¿qué significaba todo aquello?

"Al principio pensé que era un fanfarrón. Me compraba cosas locas, caras y demás..."

Le conté con detalle cómo Marcus había comprado el hotel y el vestido y había hecho todas las demás cositas para demostrarme lo rico e influyente que era.

"Estoy esperando el *pero*", dijo Nina con sarcasmo.

"¡No! ¡No es así! Quiero decir, he disfrutado de estas cosas. Me ha impresionado muchísimo, *pero* no he querido que piense que lo hace. Además, ni siquiera quiero pensar en mí misma".

"Cariño, eres demasiado dulce y demasiado real. Nadie pensaría que se te puede ganar así".

"¿No lo está intentando? Quiero decir, ¿intentando conquistarme?", pregunté mientras la esteticista de uñas me metía los dedos en un cuenco con líquido caliente.

"Depende de lo que signifique para ti. ¿Por qué? ¿Qué te pasa?", sondeó Nina.

"Bueno, parece que últimamente está empezando a abrirse a mí. Está mostrando un lado de sí mismo que nunca antes había experimentado en él, un lado que no creía que existiera".

"En otras palabras, ¿es humano? ¿Como el resto de los mortales?"

"¡Es que no sé qué se supone que significa!", protesté. Mi esteticista me sacó las manos del cuenco y empezó a secármelas con una toalla blanca y esponjosa.

"Creo que lo más importante es averiguar qué significa para *ti*. ¿Qué significa para ti este nuevo Marcus?"

Como siempre, Nina fue al grano.

"Yo... no sé. No sé qué pensar. Sólo estoy haciendo mi trabajo, eso es todo. Debería ser así, ¿no?"

Nina se mordió los labios, señal de que estaba pensando. "No lo sé, pero si está revelando una nueva faceta de sí mismo, quizá eso signifique algo más. Quizá haya algo más en juego. ¿Por qué no quieres averiguarlo?"

Ahí estaba: el pensamiento que no había podido expresar. ¿Y si había algo más?

¿Y si la conversación que mantuvimos anoche hubiera sido una invitación, como una puerta a la siguiente fase?

Pero, ¿cuál era esa siguiente fase?

"Las manos, por favor", ordenó la esteticista a Nina, que levantó obedientemente las manos de la palangana para envolverlas en una toalla preparada.

"¿Crees que debería?"

Nina asintió. "Sí. ¿Cuál es el problema? Si todo se va al carajo, te vas cuando termine el contrato. Si no, bueno... sería un resultado positivo". Sonrió con la comisura de los labios.

Mi diseñadora de uñas colocó mis manos planas delante de ella y volvió a comprobarlo todo antes de empezar a agitar el frasco. Vi cómo el relajante color azul fluía de un lado a otro. Luego empezó a aplicar el color con trazos seguros.

"No lo sé, Nina...", respondí. Mi cerebro era un lío confuso e intenté calmarlo observando cómo se dibujaban suaves líneas azules en mis uñas.

"Entonces ahora mismo no lo sabes, pero estate abierta a lo que suceda después", dijo Nina, cerrando los ojos mientras le masajeaban las palmas de las manos. "Como yo vivo para lo que está sucediendo en este momento..."

Las dos tuvimos que reírnos. Nina siempre podía hacerme reír o pensar. ¿Quién era este nuevo Marcus? Sin embargo, estaba segura de una cosa: no podía dejar de pensar en él. Cómo me preguntaba qué estaría tramando o haciendo ahora mismo. ¿Estaría pensando en mí? ¿Me estaría echando de menos?

Tenía que llegar al fondo del asunto. No había otro modo.

Marcus

"No te olvides de limpiarlo todo, hermano. Se ponen muy nerviosos con esa mierda", le recordé a Elliott mientras terminábamos de correr en el gimnasio.

Elliott podía ser riguroso en algunas cosas y un completo cabrón en otras.

"Vale, *mamá*", resopló, limpiando a medias el banco donde había estado levantando las pesas. Ya habíamos hecho varias rondas, sudábamos a chorros y teníamos los músculos flojos.

"No soy tu mamá. No después de lo que me pasó hace un rato", respondí.

Enarcó una ceja. "¿Ah, sí? Aunque últimamente has salido con una novia, ¿eh? Eso está bien, ¿no? No puedes pasarte la vida levantando pesas y jodiendo a tus compañeros".

"Tienes toda la puta razón y, además, es impresionante". Mientras levantaba las pesas, me venían a la mente visiones de la espalda arqueada de Vanessa, los sonidos que emitía y la forma en que movía el pelo en el momento álgido de su placer...

Tuve que concentrarme en las pesas, de lo contrario me habría hecho daño y entonces ya no

tendría sexo con nadie nunca más...

"¿En serio? Creía que no era más que un acuerdo comercial práctico", resopló Elliott, cruzando los brazos delante de la cara.

"No, en absoluto".

"Bien - bien que esté funcionando - más de lo que imaginabas. Ella es jodidamente sexy. Entonces, ¿cuál es el problema?"

Inmediatamente me sentí a la defensiva, aunque no sabía por qué. Durante unos segundos me concentré en mis flexiones de piernas y fingí que eran lo bastante intensas como para impedirme hablar.

En realidad, era un movimiento para ganar tiempo, un segundo para aclarar por qué había empezado con Vanessa en primer lugar. ¿Qué había querido decir con eso? ¿Qué esperaba de esta conversación?

Finalmente respondí con los dientes apretados: "No, nada de eso. Yo sólo..."

"Vamos, escúpelo, King. Necesito salir de este gimnasio a una hora razonable".

Ya no había vuelta atrás. Ya había traicionado demasiadas cosas.

"Recuerdas a Candace, ¿verdad?" La mera mención de su nombre me hizo hervir la sangre. Lo que esa mujer me había hecho...

"Claro que sí. Espero no volver a verla", resopló Elliott.

"Bueno, supongo que me volví un poco tímido después de ella", admití, concentrándome en mis pies alejando el peso y sintiendo la fuerza en mis piernas.

"No puedo culparte. Te tiene en vilo".

"En efecto. Sólo me pregunto qué pasará ahora..."

Elliott hizo una pausa en su entrenamiento y me miró con expresión seria. "Hm. Así que se trata de algo más que una muñeca de azúcar y sexo caliente, ¿eh? ¿Crees que hay algo más que eso?"

"Puede ser, no lo sé. Sólo lo pasamos bien y tengo curiosidad por ver qué más surge".

Elliott reanudó su rutina. Yo terminé la mía y me levanté para estirarme y limpiar el banco.

"¿Probablemente le enseñaste un montón de cosas elegantes? ¿La llevaste a pasear por la ciudad y la impresionaste?"

Asentí con la cabeza. Esa era la parte fácil.

"¿Y cuándo termina el acuerdo?"

"En cuatro semanas. Estamos exactamente a la mitad, así que el tiempo se acaba".

"¿Y crees que hay algo más? ¿No va sólo tras tu cuerpo y tu cartera?"

La crueldad casual de sus preguntas me dolió, pero aprecié su franqueza.

"No, al menos no lo creo. Considero que es más que eso. Hay algo más".

Elliott reflexionó. "Una de esas chicas que son únicas en el mundo..."

"Tal vez".

Cogió su toalla, se la echó al hombro y anunció: "Ya entiendo. Dijiste que habías hecho lo de siempre: un gran espectáculo y regalos lujosos. Tienes que intensificarlo, un gesto *realmente* grande, un viaje al extranjero o algo así, algo realmente distintivo".

La idea me hizo retroceder al principio. Me parecía más de lo mismo, pero con una decoración aún mejor. ¿Qué más había por hacer? ¿Qué se me podía ocurrir?

"No sé, tío..."

Elliott se encogió de hombros y miró alrededor para ver dónde quería ir a continuación. Hizo un gesto con la cabeza y volvió a mirarme.

"Lo que tú digas, pero eso es lo que yo haría. Ahora voy a darme una ducha. Esta noche tengo que investigar mucho sobre el caso Blanken. Nos vemos pronto, King", dijo y se dirigió a los vestuarios.

Mi mente estaba tan agitada que apenas sentí la tensión y el ardor del ejercicio cuando terminé mi entrenamiento.

¿Tenía razón Elliott? ¿Tenía que intensificar mi estrategia de una forma más intensa? ¿Se quedaría Vanessa conmigo más tiempo por esto, no sólo las cuatro semanas que nos quedaban?

Pronto terminé mi entrenamiento. Después de limpiar la máquina, me dirigí a las duchas. Al hacerlo, me vi en la pared de espejos que bordea la zona de peso libre.

Mi cuerpo estaba entrenado, delgado y musculoso. Tenía buen aspecto, como una estatua.

Y de repente nació la idea.

Vanessa debía estar rodeada de belleza. Le encantaban esos lugares y era allí donde podía florecer, tal vez incluso reavivar su chispa creativa.

Quizá Elliott tenía razón: tenía que hacer algo grande.

Sonriendo, entré en el vestuario.

Sólo esperaba que mi idea fuera lo suficientemente grande como para impresionarla.

Capítulo 19

Vanessa

"¿Qué te parece un cambio en los próximos días?", me preguntó Marcus, sirviéndose una taza de café.

Como de costumbre, estaba apoyada en la puerta de la cocina, con mi camiseta un poco demasiado grande que apenas me cubría la mitad inferior. El olor del rico café en mis manos me despertó lentamente.

"Eh", dije, preguntándome al mismo tiempo qué glamuroso acontecimiento estaba previsto para la noche y los próximos días.

"Prepara una maleta con algo de ropa, ropa informal, un cepillo de dientes...", murmuró, hojeando una pila de carpetas. Había algo intencionado en su despreocupación, como si estuviera fingiendo.

"¿Qué, a dónde iremos?" Intenté que mi voz no cambiara con el repentino revoloteo de emoción y miedo en mi estómago. La idea de viajar juntos me parecía un gran paso, como si fuera una prueba. ¿Sería capaz siquiera de acercarme a superarla o de saber en qué me estaban poniendo a prueba?

Ante mi pregunta, Marcus dejó a un lado la carpeta que sostenía y se volvió hacia mí. De repente, su expresión pasó de la indiferencia fingida a otra cosa, algo más parecido a la emoción.

"Vamos a... visitar un lugar muy especial", explicó, mostrando una sonrisa detrás de los ojos pero sin salir a la cara.

"¿Un lugar muy especial?", solté y la emoción me inundó. Este tipo de espontaneidad era tan nueva y viva que estaba totalmente entusiasmada. ¿Cuál sería el destino de este viaje?

Cualquier persona que tuviera tanto dinero como Marcus, podría viajar a cualquier parte del mundo. No me lo *podía* imaginar.

"Sí. Volveré sobre las seis y media. Tenemos un vuelo nocturno. No te preocupes, conseguí buenos asientos para ambos. Apenas notarás que estamos en el aire cuando duermas. Hasta luego".

Me besó profundamente en los labios y luego se fue, dejándome pensando en lo que podría estar tramando.

"¿Es esa nuestra puerta?", pregunté unas horas más tarde, mirando boquiabierta la pantalla.

Apenas podía creerlo. Vi el destino allí en blanco y negro delante de mí: Roma, Italia.

Superó todas mis expectativas.

"Así es", respondió Marcus y me dio un largo beso. La gente que nos rodeaba sonreía embelesada o nos despreciaba con celos. Nada de eso me importaba. "Espero que te agrade la sorpresa".

Acurrucados en nuestros asientos de primera clase, con un vodka con tónica chapoteando alegremente en la bandeja frente a mí, Marcus me entregó un folleto brillante, con los ojos llenos de placer.

"Bueno, podemos hacer muchas cosas en Roma, básicamente los lugares de interés habituales,

pero pensé que éste te interesaría especialmente", dijo.

Leí el folleto y de nuevo me recorrió un escalofrío.

No podía creerlo, pero había un nombre en el papel.

Max Brecken, mi autor favorito.

"¿Cómo? ¿Qué? ¿De verdad? ¿Estará allí?", exclamé emocionada.

Al día siguiente por la tarde estaba prevista una conferencia en una librería del centro de la ciudad.

Los libros de Max eran algunos de los mejores para mí y anhelaba ser siquiera una fracción del escritor que él era. Había leído sus libros innumerables veces porque me inspiraban mucho e intentaba desesperadamente imitar su estilo y su atractiva forma de narrar.

"Sí, él estará allí y hay un asiento reservado para nosotros en la mesa VIP, justo delante", anunció Marcus.

"Pero... ¿cómo sabías que me gustaba mucho ese autor?", pregunté mientras mi cerebro encajaba las piezas frenéticamente. ¿Cómo podía saber Marcus algo así?

Se limitó a sonreír como si hubiera cometido un atraco. "Sencillo. Era fácil de entender por todos los likes tuyos que tiene en su página de las redes sociales. Parece que eres una gran seguidora suyo".

Algo parecido a un ardiente resplandor floreció en lo más profundo de mi pecho. Pensar que Marcus se tomaba un tiempo de su ajetreada vida cotidiana para pensar en mí y saber más de mí era realmente embriagador.

¿En qué más pensaba cuando no estaba cerca de mí?

"Marcus... No sé qué decir", balbuceé, sintiéndome halagada e incómoda al mismo tiempo, como una niña a la que le regalan un poni la mañana de Navidad.

"No digas nada. Sólo piensa en lo que quieres preguntarle a Max cuando lo conozcas en persona", respondió Marcus, dándome un rápido apretón en la mano.

¿Quién era este tipo? Me sorprendía día tras día...

El vuelo fue tranquilo y sin incidentes, sobre todo porque los dos dormimos la mayor parte del trayecto, ya que era un vuelo de "largo".

Despertar y ver el resplandor de Roma desde abajo fue emocionante y ver nuestra habitación de hotel aún más.

Con sus suelos de mármol granate y sus columnas curvas, recordaba más al dormitorio de una reina que a una suite normal de hotel. Una enorme bañera ovalada en un cuarto de baño tan grande como mi piso de Los Ángeles me hizo dudar. Intenté mostrarme tranquila, pero no pude engañar a Marcus.

"¿Te gusta? La habitación, quiero decir", preguntó, colgando sus camisas.

Mi mirada se paseó por la opulencia de la habitación, la suave luz que caía a través de las cortinas, el sonido de las Vespas balanceándose al pasar por la calle. Me invadió una sensación que sólo podía describir como felicidad.

"Sí, me gusta mucho. Gracias".

"Me alegro. Hay tanto que ver aquí en la ciudad. Pero, hm... ¿Qué tal si nos exploramos un poco primero?"

Sonreí y acepté su invitación. En cuestión de segundos, sus labios estaban sobre los míos y

nuestros cuerpos apretados. El bullicio de la ciudad desapareció cuando nuestras ropas cayeron al suelo y nuestras manos tocaron la piel del otro. En un instante, la habitación se hizo cada vez más nuestra.

Las visitas podían esperar. Teníamos que dedicarnos un tiempo a nosotros mismos primero.

Roma era vertiginosa. Desde la velocidad, el aire perfumado con sabor a calor y cítricos, y la constante y peligrosa emoción de ser atropellada por un conductor de Vespa a toda velocidad cada vez que pisaba una calle. En resumen: Roma me encantó.

Sobre todo porque la propia ciudad parecía exigir mucho autocontrol. Por ejemplo, el restaurante que había encontrado Marcus, un pequeño lugar cerca de la Plaza de España, no tenía menú.

"Al parecer, eso es lo que te apetece esta noche", concluyó Marcus mientras un anciano se acercaba a nosotros, trayendo primero pan fresco, mozzarella y aceite de oliva.

Nunca sabíamos lo que saldría de la pequeña cocina del fondo, pero los platos que nos sirvieron eran divinos, cada uno más delicioso que el anterior. Acompañados de un buen vino tinto y agua mineral con gas, pronto me sentí abrumada por la forma italiana de hacer las cosas. Es decir, dejarse sorprender y la mejor comida vendrá después.

Nos sentamos fuera, el aire cálido jugueteando alrededor de mis hombros desnudos. Me recosté en la silla, llena de buen vino y comida y casi rebosante de abundancia.

"Oh, no te pongas cómoda ahora, aquí viene el postre", comentó Marcus cuando se acercó el anfitrión, un anciano encorvado de ojos grises centelleantes. Llevaba en la mano un pequeño plato sobre el que había dos delicadas tartas de varias capas de bizcocho, adornadas con una especie de compota de frutas.

"No creo que pueda comer otro bocado...", empecé a protestar. El viejo, que apenas hablaba español, no aceptaba un no por respuesta.

"No, no, no", dijo, sosteniéndolo entre los dos dedos. Guiñó un ojo a Marcus y le entregó el pastel. Marcus lo cogió encantado. En ese momento, me sentí muy feliz al darme cuenta de que me iba a dar de comer en la boca. No había tenedor ni plato, sólo Marcus deslizándolo un bocado.

Marcus sonrió, su rostro era una mezcla de curiosidad y lujuria. No tuve más remedio que obedecer. Abrí la boca y me colocó con cuidado el pastel en la lengua.

Me derretí: una mezcla perfecta de pastel dulce y mermelada aún más dulce. El viejo -que había olvidado por completo que seguía allí- me miró con aprecio.

Tuve que admitir que, a pesar de este método poco convencional de comer, el pastel sabía muy bien. Si a eso añadimos la cálida sensación de placer creciente entre mis piernas, tuve que concluir que era uno de los mejores trozos de tarta que había comido en mi vida.

Con la boca llena, asentí enérgicamente al anciano, que aplaudió con entusiasmo. Luego, con un gesto, me pidió que hiciera lo mismo con Marcus. Esta vez, sin embargo, tuvo la prudencia de dejarnos solos. Marcus estaba preparado.

"¿Mi turno? De acuerdo. ¿Qué tal sabe el pastel?", preguntó.

"Sorprendente. Quizá incluso mejor por la forma en que se me pidió probar", reflexioné.

"Bueno, ahora nunca olvidarás esta cena, ¿verdad?", preguntó Marcus.

"¡No! definitivamente no".

Con los dedos cogí suavemente el trocito y lo acerqué a los labios de Marcus. Abrió la boca de

buena gana y lo dejé caer dentro. Mientras tanto, cerró los labios y me besó los dedos. El cosquilleo en mi cuerpo aumentó.

Ambos nos sonreímos, se creó entre nosotros un momento de feliz recuerdo compartido.

Me chupé los dedos y disfruté del último bocado del pastel mientras seguíamos disfrutando de nuestra velada.

Me levanté de un salto y aplaudí con fuerza y entusiasmo hasta que me di cuenta de que era la única que lo hacía. Los demás participantes en la lectura, una treintena, reaccionaron con más tranquilidad y se unieron a mí vacilantes.

Pero no me importó. Estaba en presencia de un genio. Max Brecken había formado parte de mi mundo durante tanto tiempo y ahora estaba delante de mí hablando de sus inspiraciones y su forma de trabajar.

Parecía surrealista.

A mi lado, Marcus estaba radiante y, para mi asombro, igual de entusiasmado. Me di cuenta, sin embargo, de que su exuberancia de emoción no era por Max, sino por mí, como si se alabara a sí mismo por haberme propiciado este hecho mágico.

Max se inclinó brevemente y me dirigió una mirada apreciativa pero ligeramente preocupada, como si no supiera exactamente qué pensar de mi reacción.

Entonces sentí un codazo en el costado. "Ve a hablar con él. Considero que deberías hacerlo".

Al principio dudé. La idea de hablar con Max Brecker me superaba. ¿Qué iba a decirle? ¿Querría hablar conmigo?

"No... No puedo", dije, y luego, "¿o sí?"

Marcus se echó a reír. "¡Claro que sí! Además, ¡seguro que ya te ha visto! ¡Estás sentada en primera fila!".

Tenía razón. ¿Y cuándo volvería a tener esta oportunidad?

Mientras tanto, Max había abandonado el pequeño escenario y se había dirigido a la parte delantera de la tienda, donde una pirámide de su último libro, "Undying Me", estaba lista para los autógrafos. Ya se había formado una pequeña y bien educada multitud que esperaba conocer al hombre en persona.

La timidez mezclada con una determinación tenaz me invadió mientras Marcus me empujaba hacia la línea.

"Vamos, tienes que...", dijo.

No sé por qué dudaba tanto. Estaba a punto de conocer al mismísimo Max Brecker.

La cola era larga y se tardó un poco en avanzar. Por fin llegó mi turno. Max levantó la vista y me miró divertido. "¡Oh! Eres tú. Debo decir que nunca había experimentado una reacción así, me sentí como una estrella de rock".

"¡Oh! Soy una gran admiradora y no puedo creer que esté hablando con usted ahora mismo", dije entusiasmada.

Antes de darme cuenta de lo que me estaba pasando, le estaba contando cómo había entrado en contacto con sus libros por primera vez, cómo habían influido en mi afición por la escritura y que estaba impaciente por saber qué escribiría a continuación.

Me miró interrogante. "¿Eres escritora? Cuéntame algo en lo que estés trabajando".

"Bueno, yo... en cierto punto lo dejé en gran parte, pero ..."

"No tienes por qué. Cuéntamelo", me instó Max. Respiré hondo, insegura de continuar. Max estaba esperando y yo tenía que tomar una decisión.

Y antes de darme cuenta, le estaba esbozando mi libro. El libro que había empezado antes de que mi matrimonio con Leo se rompiera y antes de que todo mi mundo se pusiera patas arriba, cuando aún creía que tenía una oportunidad.

Entonces, como un géiser que pierde vapor, llegué al final de mi relato y de repente me sentí cohibida, como si hubiera compartido demasiado con un desconocido.

Esta era la parte en la que me diría algo educado y sin compromiso y se despediría de mí.

"Parece una gran historia", dijo.

Me quedé estupefacta y le contesté: "¿De verdad? ¿Te parece una buena historia?"

"Creo que sí, y quiero apuntar tu nombre para saber cuándo se publica tu libro. Mejor aún, envíame un ejemplar cuando salga".

"Yo... yo..."

Alguien carraspeó detrás de mí y me di cuenta de que había retrasado la cola. Todo el mundo había sido educado y había esperado su turno, pero yo había sobrepasado claramente mi tiempo.

"¡Muchas gracias! Yo... ¡lo haré! Gracias!"

Con una sonrisa, Max firmó mi ejemplar de su último libro y luego seguimos nuestro camino. Marcus me cogió del brazo y me llevó fuera, porque mi mente seguía en las nubes.

Fuera, en la calle, turistas y lugareños se arremolinaban en una cacofonía de ruido. Me dejé llevar y me alegré de que Marcus pudiera dirigirme y guiarme. Durante varias calles no hablamos, mi mente estaba demasiado ocupada por lo que acababa de ocurrir.

Finalmente, giramos hacia una calle más pequeña y sinuosa, mucho menos concurrida; sólo unos pocos lugareños en sus quehaceres. Disminuimos el ritmo y empecé a recuperarme.

"Ha sido genial, ¿verdad?", comentó Marcus.

"Desde luego", respiré, repitiéndolo en mi mente.

"Oye".

De repente, mi avance se detuvo. Marcus me había detenido y me había puesto ambas manos sobre los hombros. Lo miré confundida.

"Deberías tomarte muy a pecho lo que te dijo", expresó Marcus.

"¿A qué te refieres?" Volví a la realidad y, aunque quería creer a Max, no podía imaginar que lo hubiera dicho en serio cuando dijo que mi idea era buena.

Pero Marcus fue persistente. Sus ojos oscuros se clavaron en los míos, sus apuestos rasgos eran serios.

"Vanessa, no te estaba mintiendo. Hablaba en serio. Me enfrente a muchas mentiras en mi trabajo, pero esas no eran mentiras. Y no es que signifique nada, pero me gustó tu idea de la trama también. Creo que es genial. Deberías escribirla y publicarla".

Hice un ruido desdeñoso y empecé a marcharme. Marcus volvió a detenerme.

"No, Vanessa. Creo que deberías considerarlo. Tengo contactos. Podemos hacerlo realidad, pero primero tienes que escribirla".

Me quedé mirando a ese hombre, ese engreído seguro de sí mismo que simplemente cogía lo que quería, y porque tenía los medios para hacerlo. ¿Cómo podría yo hacer lo mismo? Yo no tenía relaciones, ni dinero y, por tanto, no tenía la misma actitud ante todo.

Pero él tenía todo eso. Tal vez quería usarlo para algo bueno, para variar.

"Hablas en serio, ¿verdad?", le pregunté, buscando en su hermoso rostro señales de que todo aquello era una elaborada treta, pero no encontré ninguna.

"Jamás había hablado tan en serio en mi vida", dijo Marcus.

"De acuerdo", dije, sin saber en qué me estaba metiendo en ese momento.

Seguimos caminando, la tarde romana diluía la luz amarilla moteada en un suave púrpura.

¿Quién era este hombre y por qué me hizo cuestionar todo lo que creía saber sobre él?

Sólo el tiempo lo diría.

Capítulo 20

Marcus

"Creía que tomaríamos una siesta", susurró mientras nuestros cuerpos se movían al unísono.

"A veces hay que sudar antes de poder descansar de verdad", balbuceé, sintiendo la felicidad de nuestros movimientos.

Se tumbó de lado, con las piernas cruzadas, mientras yo la penetraba despacio y profundamente. Se sentía tan jodidamente bien que no quería que parara.

"Oh Dios, oh Dios, oh Dios", gemí mientras el orgasmo me invadía. No pude aguantar más. Se sentía tan bien, su piel olía a sol, su pelo retozaba en la almohada...

"Mmm", gimió, hundiéndose en mí mientras yo bajaba del subidón. Durante unos instantes nos quedamos tumbados, disfrutando del peso de nuestros miembros.

Casi me había sumido en un profundo sueño cuando oí el zumbido. Mi teléfono había sonado.

Estuve a punto de no contestar, pero algo me obligó a mirar la pantalla.

Y no podía ignorar aquel nombre en la pantalla: mi jefe, *Simon Farragut*.

"Oh, tengo que coger esta llamada", dije mientras me levantaba hacia Vanessa, que ahora estaba sentada en el tocador y se ponía los pendientes. Aunque mi cabeza estaba completamente en la llamada, no podía escapar a la atracción de su elegante espalda, la forma en que se arqueaba hacia arriba desde sus caderas y se asomaba por encima de su vestido sin espalda...

"Adelante", respondió, guiñándome un ojo en su reflejo.

"¡Hola, Simon!", dije alegremente en mi teléfono y salí al pequeño balcón que bordeaba nuestra habitación. En el aire se oía el ruido de la calle.

"¡Marcus! He oído que estás en medio de todo esto. Lamento interrumpir tus vacaciones cuando sé lo duro que puede ser ganarlas ", dijo Simon.

"En absoluto, me alegra saber de ti", le contesté.

"Me alegra a mí también, pero aún así seré breve. Sólo quería hacerte saber que tus recientes esfuerzos y el gran trabajo que esperamos de ti no han pasado desapercibidos. Con los nuevos clientes de los que te has ocupado, estamos muy ilusionados por ver qué ocurre a continuación".

Asentí y traté de contener mi emoción. "Gracias, me alegro mucho de que encaje bien con ustedes y con la empresa".

"Eso es todo. Sólo quería interrumpir tus vacaciones para decirte que tú y yo deberíamos sentarnos a hablar de tus próximos pasos cuando vuelvas. Podría haber esperado, pero pensé que eso debería añadirse a lo bien que lo estás pasando ahora", dijo Simon.

Vanessa me sonrió y salió del dormitorio para ir al baño. Cuando vi su culo moverse a cada paso, la polla se me puso dura de nuevo. Qué no haría por llevarla a la cama una vez más...

¿Qué me estaba haciendo esta mujer?

"Te lo agradezco, Simon, esta llamada hace que mis vacaciones sean mucho mejores", le contesté.

"Bien, hazme un hueco en tu agenda cuando vuelvas y entonces hablaremos más. Mientras tanto, tómate un Chianti por mí y disfruta del resto de tus vacaciones".

"Te prometo que lo haré. Espero continuar esta conversación contigo. Gracias, Simon".

"Adiós".

La llamada había finalizado. Me invadió una oleada de alegría. Mi jefe me ha llamado

personalmente, en mis vacaciones. ¿Podría salir todo bien? Todos los planes, los sueños y el trabajo duro: ¿estaba realmente a mi alcance convertirme en socio?

Era casi demasiado bueno para ser verdad.

Todo estaba a mi favor después de esperar tanto tiempo.

Cuando había estado con Vanessa en los últimos días, cuando había visto cómo había disfrutado plenamente de la vida, cómo había sonreído mientras su autor favorito la escuchaba embelesado, sentí algo que había pensado que nunca más volvería a sentir.

Una y otra vez había buscado la manera de hacerla feliz. Aunque sólo fuera comprando un melocotón a un frutero de la carretera, sólo para ver la expresión de alegría en su hermoso rostro. O la había salpicado con agua de la fuente y había disfrutado de sus carcajadas mientras paseábamos al atardecer.

Cada vez más ella llenaba mis pensamientos, o mejor dicho, mis pensamientos giraban en torno a cómo podía hacerla feliz. Algo había cambiado en mi interior.

Pero, ¿cómo podía estar seguro de que no era sólo el lugar? Roma era, después de todo, la ciudad de los enamorados. ¿Permanecerían estos sentimientos también en la vida cotidiana de Los Ángeles?

Cuando volví a entrar en la habitación, olí el perfume de Vanessa y vi lo despanpanante que estaba con su vestido corto.

¿Podría conseguir hacerme socio y a Vanessa al mismo tiempo? ¿Había ocurrido realmente algo así antes?

"¿Estás bien?", preguntó Vanessa, dándose la vuelta. Estaba guapísima, bronceada y relajada.

Por un momento me quedé sin habla. ¿Cuántas veces me había provocado esto aquella mujer?

"¡Eh, sí! ¡Demasiado bien! No quiero gritarlo, pero puede que haya buenas noticias cuando vuelva. Ya veremos", dije, tratando de contener mi emoción. Me recordé que nada estaba escrito en piedra. No quería precipitarme.

Vanessa pareció indecisa por un momento. "¡Qué bien! Espero que todo salga bien. Pero digamos... ¿tengo que cambiarme?"

Crucé el suelo y rodeé su cintura con mis brazos. Le di un pequeño beso y la miré profundamente a los ojos. Intenté que los rápidos latidos de mi corazón no ahogaran mi voz.

"En absoluto, estás impresionante".

Teníamos la mejor mesa que pude conseguir con poca antelación en uno de los restaurantes más exclusivos de Roma -el dinero lo consigue todo- y supe que había llegado a un punto de inflexión.

La mujer que tenía enfrente era guapa, inteligente y amable. Ella había hecho algo en mis hormonas que ni siquiera yo podía explicar.

Pero el paso del tiempo estaba en nuestra contra. Cada día que pasaba, el final de nuestro acuerdo se acercaba más y más. La idea de que terminaría, de que Vanessa tendría que volver a su lúgubre piso...

El vino blanco llegó perfectamente frío. Vanessa cerró los ojos al dar el primer sorbo, que brilló a la luz de las velas.

"Roma está en sintonía contigo", comenté, disfrutando del tierno ascenso de su garganta al tragar.

Abrió los ojos lentamente. "Mm-hm, supongo que sí. No es una mala forma de vivir". Bebió otro sorbo.

El miedo se apoderó de mí y sentí un fuerte impulso de decir algo. Entonces decidí correr el

riesgo.

Me incliné hacia delante y empecé: "Vanessa, quiero decirte lo mucho que disfruto pasando tiempo contigo. Cómo has hecho de las últimas semanas algo inolvidable".

Vanessa se puso rígida y se movió en su asiento. Dejó la copa de vino y me miró con expresión difícil de leer.

"Marcus, yo..."

Pero no podía soportar escuchar lo que tenía que decir a continuación. Si iba a ser un rechazo directo, no estaba preparado para ello. En lugar de eso, seguí adelante.

"Aún no estoy preparado para poner fin a este acuerdo. Quiero continuar... contigo, si me aceptas. Parece que he desarrollado sentimientos reales por ti y la idea de que te vayas pronto... Sólo quiero..."

Eso era todo. Eso era todo lo que tenía que decir, nada más. Estaba todo sobre la mesa.

Vanessa suspiró y pareció perderse.

Tenía miedo de cómo reaccionaría.

Capítulo 21

Vanessa

Justo cuando creía que había descubierto a Marcus, volvió a sorprenderme. Sus palabras, su actitud, sus sentimientos, ¿podían provenir realmente del mismo hombre que había conocido unas semanas antes?

Sus palabras me provocaron un escalofrío, algo entre mariposas y ansiedad, un lugar vertiginoso y aterrador. No sabía si avanzar o frenar.

Mis dedos jugaban a subir y bajar el tallo de mi copa de vino y me preguntaba qué hacer a continuación. No podía negar que algo había cambiado entre nosotros, pero no podía precisarlo, y mucho menos expresarlo con palabras.

Lo único que podía hacer era ser sincera.

"Marcus, me siento halagada...", empecé. Tenía el corazón acelerado y me sudaba la nuca, señal inequívoca de nerviosismo.

Su pecho se hundió un poco, pero su rostro permaneció como una máscara firme. Pude ver que se esforzaba por permanecer neutral.

"Presiento un gran 'pero'", dijo riendo suavemente.

"¡No! En absoluto, porque yo también siento cosas... muchas cosas...", tartamudeé.

"¿Excepto...?", preguntó Marcus.

"Salvo que acabo de salir de un matrimonio infernal y no estoy segura de estar preparada para algo serio ahora mismo", concluí, contenta de escupir por fin las palabras.

"No te pido ningún compromiso y mucho menos ninguna promesa. Yo...", bajó la cabeza un momento como si quisiera ordenar sus pensamientos.

Luego volvió a levantarla y sus ojos se encontraron con los míos. En ellos ardía un fuego, algo primario pero también de otro mundo, una conexión que podía considerarse algo más que lujuria. En mi interior, en lo más profundo de mi pecho, sentí una agitación. ¿Podría ser amor? ¿O algo parecido?

¿Realmente quería renunciar a este sentimiento por miedo? ¿Significaría eso dejar ganar a Leo?

"Lo sé. Y he disfrutado de nuestro tiempo juntos. Más de lo que hubiera creído posible", respondí.

"Y... ¿qué significa eso?"

"Significa... que me gustaría saber si es posible continuar...". Hice un gesto vago.

Al pronunciar estas palabras, me invadió una sensación de calma, mezclada con aturdimiento y emoción.

Eso era todo. Eso era todo con lo que podía estar de acuerdo en ese momento.

Tal vez este comienzo de algo nuevo no necesitara un nombre por el momento. Tal vez lo que esta nueva Vanessa y este nuevo Marcus quisieran disfrutar debería ser simplemente disfrutado.

"¡Entonces intentémoslo!"

"Oh, wow. Eso es genial... Me alegra mucho oírte decir eso, Vanessa. No tienes ni idea ". Era difícil calibrar lo que realmente sentía, así que decidí arriesgarme.

Debajo de la mesa, me quité un zapato y acerqué una pierna a él, rozando su entrepierna con los dedos de los pies. Allí noté un bulto inconfundible.

Con una ceja levantada, respondí: "Creo que tengo una corazonada..."

"El vino estaba fantástico", susurré y rodeé a Marcus con el brazo.

Me sentía un poco ebria. El vino y la conversación me hacían zumbiar la cabeza de esa forma maravillosa que sólo es posible cuando estás lejos de casa.

Roma me impresionó mucho. La ciudad parecía estar llena de puro romanticismo.

"Me alegro de que te guste estar aquí. Yo, por mi parte, disfruto haciéndote feliz", respondió, ralentizando el paso. Me atrajo hacia él por el brazo y me besó. Nuestros cuerpos se fundieron en la calle.

No había mucha gente, ya que era un callejón apartado y sinuoso que parecía serpentear por toda la ciudad. Nuestro beso se hizo más profundo, nuestros cuerpos se apoyaron en las piedras calentadas por el sol de un venerable edificio.

Marcus me pasó las manos por el pelo y yo le masajee los duros músculos del centro de la espalda.

Nos consumía la pasión, pero esta vez era algo distinto. Algo se había vuelto más importante para nosotros, algo que iba más allá del placer.

"Volvamos a nuestra habitación", le supliqué, porque no sólo quería estar desnuda con ese hombre, quería estar cerca de él, tan cerca como pueden estarlo dos personas.

"Tus deseos son órdenes para mí", respondió, con las palabras entrecortadas por el beso.

De mala gana, nos separamos y, de alguna manera, volvimos al hotel, con las manos y los dedos entrelazados durante todo el trayecto y los ojos disfrutando del cuerpo del otro.

Cuando por fin entramos en nuestra habitación, ocurrió algo inesperado. En lugar de arrancarnos la ropa a ciegas, nos quedamos brevemente detrás de la puerta de la habitación. Mantuvimos deliberadamente cierta distancia entre nosotros y contuvimos la respiración.

La tensión y la necesidad aumentaron exponencialmente mientras resistíamos el impulso de ceder o dejarnos consumir por la pasión que era tan palpable entre nosotros.

"¿Quieres besarme?", pregunté mientras mi cuerpo ardía, aparentemente capaz de sentir todas las sensaciones imaginables a la vez.

"Quiero besarte tan jodidamente ansioso", respondió Marcus.

"¿Entonces por qué no lo haces?"

"Quiero mirarte primero. Eres tan guapa. A veces no puedo creerlo", confesó.

Me contuve un segundo, pero me pareció una eternidad.

De repente, mis labios se posaron en los suyos y saltaron chispas en mi pecho. Nuestras manos se movían, se acariciaban, recorrían nuestros cuerpos, pero nos tocábamos deliberadamente despacio.

Nos desvestimos con cuidado, tomándonos nuestro tiempo para desabrochar botones y cremalleras y dejar que nuestra ropa se deslizara suavemente hasta el suelo.

Luego nos quedamos desnudos y de nuevo nos detuvimos, dejando que nuestras miradas se clavaran la una en la otra, captando cada curva, cada valle, el aroma de la piel caliente y la piel de gallina provocada por el aliento del otro.

"Ven", dijo Marcus. Colocando mi palma sobre la suya, me condujo hasta la cama y me invitó a tumbarme. Al mismo tiempo, puso su cuerpo junto al mío y se apoyó con un codo junto a mi cabeza.

Nos miramos a los ojos, palabras no dichas vibrando entre nosotros. Con un dedo me recorrió

el puente de la nariz, saltó sobre las curvas del labio superior e inferior, pasó por la elevación de la barbilla y bajó por el hueco del cuello hasta la muesca entre las clavículas.

Mientras seguíamos perdiéndonos en los ojos del otro, su dedo continuó su camino por mi pecho, a través del espacio entre mis pechos y se detuvo en mi ombligo antes de posar toda su mano allí, cálida y tranquilizadora.

"Hay algo en ti..." murmuró. "No puedo expresarlo con palabras".

"Entonces olvídale", respondí, sintiendo el peso de su mano sobre mi estómago y el consuelo que me ofrecía.

Se inclinó sobre mí y me besó, profunda y lentamente. Nuestras bocas se unieron, se separaron, nuestros labios se mordisquearon y nuestras lenguas bailaron.

Abrí las piernas y le invité a acercarse. Su pecho se encontró con el mío, un deslizamiento conjunto de aliento y calor. Dejé que sus hombros se hundieran en mí y rodeé sus caderas con las piernas, acercándolo aún más. Levanté las manos, los dedos se perdieron en su espesa cabellera y le hice cosquillas en el cuero cabelludo.

Con un arco lento, Marcus levantó las caderas hacia arriba y luego se puso en línea conmigo con sumo cuidado, su miembro entró en mí centímetro a centímetro y finalmente me llenó.

"Oh", gemí, disfrutando de la conexión. Los ojos de Marcus se cerraron, su propio murmullo lujurioso vibraba en su garganta.

Cuando estuvo profundamente dentro, esperó -hizo una pausa- y permitió que aumentaran la tensión y la expectación, la pura sensualidad de la conexión más íntima.

Solté el beso y sus ojos se abrieron. Con una sonrisa, empezó a inclinar las caderas, entrando y saliendo de mí con una lentitud deliciosa que encendía todos los nervios.

"Te sientes tan mágicamente bien", susurró, con los ojos ligeramente en blanco y los párpados aleteando.

Mis manos acariciaron su cuello, sintiendo los tensos músculos que trabajaban allí y el control que ejercía Marcus. Ahora penetraba más profundamente y le invitaba a seguir.

Lo hizo, sus caderas se movían cada vez más rápido, cada empujón y cada tirón hacían saltar chispas dentro de mí.

Para recompensarle, arqueé el cuello y mi boca buscó la suya. Me recibió con alegría y nuestras lenguas se unieron, felices de volver a estar juntas.

Sus embestidas se hicieron más potentes y mis piernas se apretaron en torno a él. Nuestros cuerpos habían sustituido a nuestras mentes racionales, hablaban su propio idioma. Nuestros pensamientos también pasaron a un segundo plano, haciendo una pausa agradecida para dejar que estos momentos de pura unión florecieran y crecieran.

El cuerpo de Marcus empezó a tensarse. Podía sentir que estaba cerca, lo que a su vez me estimuló. Me hizo saltar más chispas. Verle disfrutar tanto y participar en ello me inspiró a hacer lo mismo.

"Eres tan sexy", susurré entre besos. "No tienes ni idea..."

"Oh, Dios, ya casi...", empezó a decir Marcus, pero su cuerpo no le permitió continuar. Con un fuerte gemido, arqueó la espalda y levantó la cabeza hacia el techo, con el éxtasis grabado en sus facciones.

"Oh, sí", le animé, alegrándome de su inminente redención.

Marcus se rindió al orgasmo, su cuerpo se tambaleó y tembló con las réplicas. Las recibí todas con placer, satisfecha por su potencia.

Pronto la tensión disminuyó, su cuerpo se fundió con el mío y nuestra respiración se hizo más

lenta.

"¿Ha sido bueno?", inquirí, segura de saber su respuesta.

Murmuró en mi cuello. Luego levantó la cabeza y me miró directamente a los ojos. "Eso fue..."

No tenía palabras y no las necesitaba, porque yo tampoco las tenía.

Había algo diferente en el aire entre nosotros. No era como la sensación de placer que nos había acompañado en los encuentros anteriores.

Esto era otra cosa. Algo incomprensible y sobrenatural.

Mientras estábamos acostados, con la piel refrescándose en la cálida noche, se me pasaron por la cabeza muchas preguntas.

¿Qué significaba todo aquello? ¿Por qué era diferente? ¿Había algo nuevo entre nosotros? ¿O estaba todo en mi cabeza?

Y de ser así, ¿qué más debía sentir?

Capítulo 22

Vanessa

"Aterrizaremos en Los Ángeles en unos minutos, por favor, abróchense los cinturones...", retumbó el anuncio del piloto.

Había borrado el resto de su anuncio. Fue fácil hacerlo. Simplemente pensando en los últimos días: la comida, el vino, los paseos al sol, la mirada de Marcus, el hacer el amor... todo estaba impregnado de magia.

Incluso volver a la realidad no me pareció tan malo. Marcus y yo nos entendíamos mejor y yo estaba emocionada (y un poco nerviosa) por ver adónde nos llevaría todo aquello.

Como si leyera mis pensamientos, giró la cabeza hacia mí, sonriendo. "De vuelta a la realidad". Mientras hablaba, me cogió la mano y la apretó ligeramente. Cogió algunos de mis dedos, los llevó a su mano y besó cada uno de ellos.

Con cada beso me acordaba de lo ocupados que habían estado esos dedos y esas manos en los últimos días, de lo a menudo que habían acariciado su piel... ¿cambiaría eso ahora que volvíamos a Los Ángeles?

"Sí, pero no me importa", le contesté, dedicándole una sonrisa perezosa. Pasamos el resto del aterrizaje cogidos de la mano.

"Qué raro", me dije al día siguiente, inclinándome más sobre mi agenda. "Debería haberlo tenido hace mucho tiempo".

Volví a contar y obtuve el mismo resultado: 28 días sin menstruación. Era el trigésimo segundo día y seguía sin aparecer.

Una aguda preocupación recorrió mi parte inferior. ¿Qué podía significar? ¿Había sido descuidada?

La voz de reproche en mi interior fue rápida y despiadada.

Sabía muy bien lo que podía significar.

Desde la primera noche que estuve con este hombre...

Pero... eso no era posible, ¿verdad? ¿No me había dicho el propio Marcus que no había podido dejar embarazada a su ex novia?

Tal vez los nervios y la ansiedad de las últimas semanas, el cambio repentino en mi vida fueron los culpables del retraso.

Otra voz, esta más suave y amistosa, me confirmó:

Sí, debía ser eso...

"Igual debería hacerme una prueba, por si acaso...", pensé para mis adentros, doblé mi agenda y cogí el teléfono para pedir un coche a través de la aplicación de Uber.

Marcus había vuelto a la oficina y había elegido un traje brillante de la tintorería para recordar el sol italiano. Con un nuevo sentido del propósito y la inspiración, había planeado pasar el día reviviendo mi idea de novela, pero el cálculo de mi ciclo lo había tirado por la ventana.

En cuanto me hiciera la prueba y viera el resultado negativo, pensé que podría volver a despejarme.

Por la mañana estaba en la farmacia más cercana, recorriendo los pasillos en busca de la más discreta de las pruebas de embarazo. Siempre me dolía ver lo chillones que podían ser algunos de esos productos. ¿Es que nadie se ha dado cuenta de que las mujeres no queremos que todo el mundo nos vea?

Buscaba el pasillo de "planificación familiar", caminaba hacia las cajas rectangulares pulcramente apiladas y extendía la mano cuando oí una voz:

"Vanessa, ¿eres tú?"

Como alcanzada por un rayo, retiré la mano y me di la vuelta... y tenía ante mí la más inverosímil de las caras.

Era Leo, con un polo color salmón y unos pantalones cortos azul marino. Parecía un extraterrestre, tan poco convencional en comparación con su aburrido traje normal.

"¡Leo! ¿Qué haces aquí?", tartamudeé completamente confusa.

¿Cuánto vio?

"En realidad sólo quería comprar crema solar, pero estas farmacias de la Costa Oeste no tienen sentido para mí. ¿Dónde hay una perfumería Duane Reade cuando la necesitas?"

Me reí suavemente. "Eh, sí..."

"Es curioso encontrarte aquí", reflexionó.

Eso es lo que yo pensaba también...

"Sí, eso es raro. Eh... ¿por qué estás...?"

"Es algo mágico que nos encontremos así", empezó Leo, "casi como si fuera el destino".

No sabía si reírme en su cara o retroceder asustada. Leo nunca había hablado así. Eso me hizo sospechar. ¿Pero podría haber cambiado? ¿Era eso posible?

"¿*Por qué* estás en Los Ángeles?", pregunté, mi tono no dejaba lugar a interpretaciones. Necesitaba respuestas.

Leo me miró fijamente. Sus ojos me habían sacado de mis casillas, pero ahora era más listo y sabio.

"Es sencillo: he vuelto para reconciliarme contigo. Vanessa, por favor, escúchame", dijo Leo con mirada suplicante. "Sé que he cometido errores en el pasado, pero te juro que he cambiado. Quiero arreglar las cosas entre nosotros".

Se me secó la boca. No sabía qué pensar de aquellas palabras. Pero antes de que pudiera responder, siguió hablando.

"Tómate un café conmigo y escucha lo que tengo que decir. Treinta minutos como máximo. ¿Puedes con eso? No puedo mantener esta conversación entre el enjuague bucal y los preservativos", se rió.

"Vale, treinta minutos y ya está. Hay una cafetería cerca. Podemos ir allí", respondí.

"Genial. Gracias Vanessa. Vamos".

Me di la vuelta y salí de la tienda mientras pensaba qué hacer a continuación. Me había convencido de que Leo estaba fuera de mi vida para siempre porque un gilipollas que engaña una vez es un gilipollas que engaña siempre.

Pero, ¿no valían algo todos esos años y toda la energía que había puesto en el matrimonio? ¿Le debía a él (y a mí misma) un *intento de* reconciliación?

Leo tenía treinta minutos para ayudarme a tomar esta decisión. Al menos podría escuchar su historia.

Y vaya historia.

En cuanto nos acomodamos en la mesa de la ventana y los cafés americanos humeaban entre nosotros, empezó su narración.

"He pensado seriamente en todas las cosas que he hecho mal. Estoy en terapia porque he dejado de beber. Incluso soy voluntario en un albergue para hombres sin hogar. Cuando escuchas a esta gente, tienes una perspectiva totalmente nueva de las cosas".

Asentí y traté de encontrar signos de mentira en su rostro (que una vez conocí tan bien). Era difícil saberlo. Sus dichos habituales eran diferentes a los de antes, como si él también los hubiera aprendido y hubiera encontrado la manera de fingir.

A menos que... ¿esta vez estaba diciendo la verdad? Y de ser así, ¿qué significaría?

"Oh, y los impuestos están pagados, en su totalidad. Así que no tienes que preocuparte por eso".

Esta noticia me dejó atónita al principio. Algo que me había estado atormentando, con lo que había pasado horas jugueteando para resolverlo, ¿lo había borrado simplemente con un gesto despreocupado de la mano? ¿Por qué no me lo había dicho hace tiempo?

"Eh... ¿gracias?"

"Sí, gracias a ti, Vanessa".

"¿Me tienes en tan alta estima que pagas los impuestos que yo creía pagados hace siglos?". Fue difícil mantener el sarcasmo fuera de mi voz.

Agitó la mano. "Oh, por favor. Siempre supimos que acabaría pagando yo. Quiero decir, ¿cómo ibas a pagar tú con tu mísero sueldo y tus sueños de publicar tu supuesta novela?"

Se rió al decir esto, como si pensara que así aliviaría el dolor de sus palabras.

Desde luego, no fue así.

Por un momento me quedé sin habla y le miré fijamente. Sin embargo, él no me miró. En ese momento, se abrió la puerta del café y entró una hermosa pelirroja de piernas larguísimas. Llevaba una falda que era más una sugerencia que una prenda real y su trasero parecía tan ceñido que era apto para un grupo de percusión.

Los ojos de Leo estaban puestos en él y en ella. Bien podría haber estado en la luna.

Entonces supe que lo que Leo tenía en mente no iba en serio. Simplemente odiaba perder y quería reconquistarme para no tener que admitir su derrota.

Estaba esperando a que Leo volviera a mí. Que se diera cuenta de que yo seguía ahí, el supuesto amor de su vida.

"¿Dónde nos habíamos quedado?", preguntó, sacudiendo la cabeza ante la imagen de la sexy pelirroja.

"En este sitio. Estamos aquí desde que empezó esta conversación. Eso es todo y así se queda". Me levanté para irme.

Leo parecía como si le hubiera dado una bofetada.

"¿Qué? ¿Qué significa eso?" Su voz sonaba amenazadora. Leo odiaba perder y siempre lo había hecho.

"Significa que volver a esta ciudad ha sido lo correcto y que he puesto fin a este matrimonio. Nunca va a funcionar, Leo. Nunca *vamos a funcionar como pareja*. Se acabó".

Algo en su rostro se contrajo, haciendo que sus rasgos, normalmente apuestos, se volvieran toscos y salvajes.

"¡Oh, no, aún no se acaba! Supongo que sabes todo sobre eso, ¿verdad? ¿Sueños rotos, a

medias, que no funcionan? Sí, tú eres la experta, eres buena en eso".

"Me voy a ir ahora y te sugiero que vuelvas a Nueva York y sigas trabajando en ti mismo, entonces tal vez puedas manejarlo mejor. Aún te queda mucho camino por recorrer". Me temblaba la voz, pero me mantuve firme.

Este tipo tenía que salir de mi vida.

"No tienes ni idea. Crees que eres perfecta y que lo tienes todo bajo control..."

"No, eso no es cierto, Leo, ni mucho menos. Pero descubrí una cosa: No eres bueno para mí. Quiero que me dejes en paz".

Lleno de ira, empezó a lanzar otra andanada de insultos, pero no me quedé a escucharlos. Giré sobre mis talones, salí de la cafetería, volví corriendo a la farmacia y cogí las dos primeras pruebas de embarazo que encontré. Luego me apresuré a pagar y me subí a un Uber para volver a casa de Marcus.

De camino a casa, me temblaba todo el cuerpo. No podía quitarme de la cabeza la expresión de enfado de Leo.

Cuando entré en casa, tiré el bolso y la bolsa de la farmacia al armario y jugueteé con el móvil. Necesitaba hablar con Marcus. Lo necesitaba, como nunca antes lo había necesitado.

Capítulo 23

Vanessa

"¿Marcus? Siento molestarte en el trabajo...", empecé, intentando contener mis emociones.

Necesitaba oír su voz. Necesitaba saber que el mundo no estaba hecho solo de gilipollas.

Su voz era preocupada. "¡No! En absoluto. ¿Qué pasa?"

"Yo... me acaba de pasar algo terrible y me siento bastante mal por ello", confesé, sin querer entrar en detalles por teléfono. "¿Tienes un momento? No quiero estropear el día..."

"Tengo que hacer algo aquí, pero estaré contigo en menos de una hora. ¿Puedes esperar un poco?", preguntó Marcus. Podía oír cómo apilaban papel de fondo.

"Por supuesto. Gracias".

"Ni lo menciones. Estaré contigo lo antes posible".

Había cumplido su palabra. En menos de una hora había oído llegar su coche. Había estado bebiendo una limonada en la terraza mientras contaba los minutos en mi móvil hasta su llegada.

Me invadió una oleada de alivio cuando se plantó conmigo en la terraza, con la chaqueta desabrochada y la corbata suelta como una brisa fresca de primavera.

"¿Qué pasa?", preguntó un poco sin aliento. ¿Había corrido por mi culpa? Me invadió una mezcla de culpa y orgullo.

Me apresuré a hablarle de Leo. Cómo me había pedido que volviéramos a hablar con esa necesidad de volver a estar juntos, cómo había intentado convencerme de que había cambiado de verdad y cómo de repente se había comportado con saña.

Marcus se sentó a mi lado, con las manos juntas sobre el regazo, y se limitó a escuchar. Su rostro permanecía neutro y me di cuenta de lo buen abogado que debía de ser, asimilando información hasta que pudiera formular una pregunta en el momento oportuno.

Finalmente, llegué al final de mi historia, dejando sólo el motivo de mi visita a la farmacia.

Me invadieron las náuseas porque no le había dicho toda la verdad, pero no podía afrontarlo, no podía expresar mis preocupaciones ni mis sospechas. Tenía que tener algo concreto antes de cruzar ese puente.

Se hizo el silencio, sólo roto por el sonido del viento y el canto de un pájaro que pasaba.

"¿Te dijo todo eso? ¿En un lugar público?", preguntó Marcus, con el rostro sumido en sus pensamientos.

Me limité a asentir, porque me sentía temblorosa y muy exaltada. Se me llenaron los ojos de lágrimas y sentí un nudo en la garganta.

Marcus me dirigió una mirada amable pero seria. "Eso es un descaro, Vanessa. No debería haberte dicho esas cosas ni haberte hecho sentir así. Lamento que hayas tenido que vivir esa experiencia. Ven, acércate a mí".

Abrió sus brazos y prácticamente caí en ellos, agradecida por el confort, la amabilidad y el calor de su cuerpo.

En cuanto sus brazos se cerraron a mi alrededor, los sollozos que había estado reprimiendo se disolvieron y lloré silenciosa pero incontinentemente durante unos instantes. Marcus no dijo nada, pero me dejó disfrutar de aquel momento, que me invadió como una ráfaga de viento.

"Shh, todo está bien", me tranquilizó mientras me acariciaba la espalda con la mano. Al cabo de uno o dos minutos, me había calmado lo suficiente como para volver a mirarle.

"Gracias", susurré.

"No hay problema", me contestó Marcus.

Me puse de puntillas y lo besé, sólo un pequeño picotazo en los labios, una pequeña caricia. Luego volví a besarle dos veces.

Luego una vez más, esta vez conducida por Marcus, que me apretó y me abrazó con fuerza.

Inmediatamente mi necesidad de consuelo cambió a otra cosa, una necesidad de unión, de una huida hacia él y a su alrededor. Tenía miedo de lo que estaba creciendo dentro de mí. Miedo de lo que habíamos creado. Y, sin embargo, necesitaba la sensación de estar cerca de alguien, de estar cerca de él.

Marcus también debió de notarlo, porque nuestros besos pasaron de reconfortantes a urgentes en cuestión de segundos. Pero, de nuevo, no teníamos prisa. Ansiábamos conexión, no liberación. Estar juntos, en nuestro momento más vulnerable, sería suficiente.

Marcus me cogió de la mano y me llevó de la terraza al salón, bañado por el sol. Tiramos una hilera de cojines al suelo y nos hicimos un acogedor nido. Luego, sin dejar de besarnos, nos desnudamos y dejamos caer la ropa al borde de nuestro retiro.

Nos arrodillamos juntos y nuestras manos se deslizaron lentamente por nuestros cuerpos: hombros, cuello, pechos, estómago, parte baja de la espalda. Sentí un cosquilleo en la piel bajo su leve contacto, que me puso la piel de gallina y compitió con el calor que me invadía.

Tenía los ojos cerrados cuando uno de sus dedos se deslizó en aquella tibieza y me hizo jadear. Suavemente, me abrí a sus atenciones y dejé que mi espalda se arquease. Se inclinó ligeramente hacia delante y me besó el cuello, las puntas de los pechos, mientras sus dedos palpaban lentamente mis partes más sensibles.

"Quiero que te sientas tan bien como me haces sentir a mí", exigió mientras su voz vibraba en mi esternón. Esto irritó e intensificó las sensaciones hasta tal punto que casi me desmayo.

"Yo... quiero... también...", dije entre una respiración impotente. Mis ojos se cerraron y mis caderas empezaron a seguir su mano al unísono perfecto.

"¡Oh! creo que...", ahogué, la intensidad y la velocidad con que me inundó me abrumaron por completo. Luego, durante un periodo de tiempo que no pude medir, este vuelo de la fantasía me llevó a un lugar que no tiene nombre, pero al que todo el mundo aspira a ir.

Volví demasiado pronto, pero aún no quería volver a la realidad. Rodeé a Marcus con mis brazos y nos hundimos en la montaña de cojines. La mullida alfombra nos acolchaba y nos estrechaba.

"Hazme el amor", le supliqué. "Te necesito".

Se puso en posición y me besó, lenta y profundamente, explorando cada movimiento y anhelo.

Su miembro estaba erecto y listo y mi coño chorreante le dio la bienvenida.

Mi cabeza, tumbada en un valle de almohadas, registró el momento en que conectamos, el momento en que nuestros cuerpos se hicieron uno.

"Oh, sí", gimió entre dientes apretados. "Siempre te sientes tan bien".

Deslizó una almohada debajo de mí para colocarme en mejor posición y empezamos a balancearnos al unísono, nuestros cuerpos tomando el control, buscándose el uno al otro, sin importarnos nada más.

Marcus respiraba y gemía en mi cuello, su placer por nuestra conexión era evidente. Nos movíamos despacio, como uno solo, y cada empujón y retroceso me producía sacudidas eléctricas.

"Bésame", me dijo, abriendo sus ojos seductores y suplicándome.

Con mucho gusto hice lo que me pidió y nuestros besos unieron todos nuestros sentidos. Marcus se movía más rápido y el deseo aumentaba mientras nos uníamos aún más intensamente.

"Mm-hm", le animé y con cada movimiento aumentaban mis ganas de poner a Marcus en éxtasis. Qué regalo ayudar a alguien a olvidarse del mundo por un momento y despegar.

Entonces estuvo listo y su cuerpo y el mío conspiraron para dar rienda suelta al orgasmo y saborearlo por completo.

"Oh... sí", gimió, con el cuerpo agitándose y retorciéndose a medida que el clímax se apoderaba de él. Lo abracé con fuerza, seguíamos besándonos y lo cabalgué hasta que su cuerpo dejó de moverse y nos hundimos en nuestro nido.

Fue una forma maravillosa de interrumpir el trabajo.

"Ojalá pudiera quedarme aquí toda la tarde", dijo Marcus en voz baja, jugueteando distraídamente con mi pelo con una mano. Estábamos tumbados uno al lado del otro en la alfombra, con la luz de la tarde cayendo en diagonal a través de las ventanas.

"Eso sería maravilloso", coincidí, disfrutando de la pesadez de mis miembros, del dichoso letargo de un cuerpo exhausto.

De repente, Marcus se puso serio. Se volvió hacia mí y me miró fijamente como si quisiera ver dentro de mi alma.

"¿Marcus? ¿Qué pasa? ¿Estás bien?" Mi dichosa euforia empezó a disiparse. ¿Por qué me miraba con tanta atención?

"Lo que Leo te hizo fue mezquino y quiero asegurarme de que no vuelva a pasar, ¿vale? Nunca debería haberte dicho o hecho esas cosas".

"No, no debería haber hecho eso. Y me llevará un tiempo volver a confiar, pero con algo de tiempo y algo de ayuda", hice una pausa y le miré directamente a los ojos, "lo conseguiré".

Marcus dudó un momento antes de volver a hablar. "Vanessa, yo... Lo digo en serio, no quiero que sientas ese tipo de dolor. Quiero hacer todo lo posible para que eso *nunca* vuelva a ocurrir, porque yo..."

Cualquier cansancio o agotamiento que sintiera había desaparecido y había sido sustituido por un hormigueo de feliz excitación. ¿Qué quería decirme?

"... creo que te quiero, Vanessa", dijo.

Ahí estaban, esas dos palabras. Sorprendentemente, no me asustaron, no me hicieron saltar de la cama y correr hacia las colinas, porque me sentí bien, como si hubiera estado esperando oír las.

"Yo también... te quiero", dije y supe que era la única respuesta correcta.

Una sonrisa llena de auténtica felicidad iluminó el rostro de Marcus e inmediatamente me abrazó, nuestros cuerpos se entrelazaron formando un nudo perfecto.

Quería quedarme así para siempre, acurrucarme contra su cuerpo cálido y hermoso y sentir la satisfacción de dos personas diciéndose lo más hermoso y haciéndolo de la forma correcta.

Pero la eternidad tendría que esperar, porque el tiempo corría y Marcus tenía citas. Ya no estábamos en Roma.

"Quisiera quedarme aquí contigo, pero no puedo", gimió, separándose lentamente de mí. "Pero lo bueno es que estarás aquí cuando vuelva, ¿verdad? Nos volveremos a ver pronto...", dijo con nostalgia y me dio un último beso antes de saltar de los cojines y vestirse.

Me senté y me quedé mirándole, a ese hombre al que acababa de declararle mi amor, a ese hombre que ni siquiera *me gustaba* hace unas semanas.

Todo aquello me parecía deliciosamente surrealista. ¿No acababa de explicar que ya no podía amar, o al menos no durante un tiempo?

Tal vez debería escuchar a mi hermana menor más a menudo...

"Hasta pronto", dijo Marcus y se despidió agitando su mano antes de que pudiera ser engatusado de nuevo en el sofá.

Cogí mi teléfono y me desplazé por mi lista de contactos hasta que encontré a la persona que buscaba y entonces pulsé el botón de videochat.

"Vaya, vaya... si es la divina señorita Vanessa en persona", dijo Miranda, con su rostro radiante llenando mi pantalla. "¿A qué debo el honor?"

Riendo, le contesté: "Vaya, la vida de casada te sienta muy bien. Estás radiante".

No la había halagado. Parecía feliz, relajada, incluso radiante.

Se encogió de hombros. "Sí, soy feliz, tan feliz que me he convertido en una molestia para mis amigos. Pero tú, hermana mayor, tampoco estás tan mal. Incluso diría que estás más radiante que yo, pero quizá sea porque tú estás bajo el sol de Los Ángeles y yo bajo el smog de la Gran Manzana".

No pude evitar que mi cara se pusiera roja. ¿Era tan evidente? ¿Estaba radiante? Enseguida conté mentalmente los días que habían pasado desde mi última menstruación y recé para que sólo hubiera sido un error de cálculo.

La felicidad de los últimos días (aparte de Leo) me había llenado por dentro. ¿En serio creía que no se derramaría también sobre mi exterior?

"Yo... bueno... estoy quedando con alguien, supongo...", tartamudeé. Quería gritarlo en voz alta, una exclamación alegre de un sentimiento que creía haber enterrado hacía tiempo.

Miranda se inclinó aún más hacia la pantalla, de modo que desapareció la mitad de su rostro y tuve ante mí un primer plano extremo de su ojo izquierdo. Me miró con un brillo lleno de descarada curiosidad.

"Adelante, cuéntamelo".

Al principio quise echarme atrás, hablar de otra cosa totalmente distinta, preguntarle cómo se estaba adaptando en el Este, pero sabía que en cuanto se enterara de algo así, no cejaría hasta conseguir la información que quería.

"Yo... Estoy saliendo con Marcus King. Al principio fue sólo un flirteo..." No quería contarle la cosa porque temía su reacción, "pero resultó ser increíble. Creo que estoy enamorada de él, *realmente* enamorada de él..."

Estaba burbujeando y lo sabía. Me había invadido de repente, una sensación que no podía detener. Pero entonces me fijé en la expresión de Miranda. Había pasado de ser curiosa y sonriente a estar ligeramente horrorizada.

"¿Qué... ¿Qué pasa, Miranda?", pregunté vacilante. No estaba segura de querer saberlo.

"¿Marcus King? ¿El abogado? ¿El antiguo colega de Harrison?"

¿Adónde quería llegar?

"Sí. Él", respondí, un poco intimidada.

"Vanessa, ¿sabes quién es?"

"¿Creo que sí? ¿Pero por qué? ¿Qué pasa con él?" El miedo se extendió por mi pecho y mi estómago.

"Marcus ha sido el abogado de nuestro padre biológico. Lo representó en el asunto de la receta. Por culpa de Marcus, nuestra familia y nuestro negocio casi se vinieron abajo".

Sus palabras me golpearon como una bomba. Inmediatamente empecé a buscar en los archivos de memoria de mi cerebro. ¿Había sabido esto? ¿*Debería haberlo* sabido? Si era así, ¿cómo se me había podido pasar algo así?

Sabía que Marcus y mi nuevo cuñado habían trabajado juntos en un bufete de abogados en el pasado, pero desconocía que Marcus había representado a nuestro padre cuando había intentado robar la receta familiar.

Todo el asunto aún clamaba al cielo: la amargura, la forma en que casi había separado a Harrison y Miranda para siempre, la forma en que casi había llevado a la quiebra a toda mi familia.

¿Cómo pudo Marcus pasar por alto algo así? Pero entonces...

"Entonces, ¿por qué estaba en tu boda? Si es tan canalla..."

De repente, me di cuenta del fatídico momento. ¿No le había dicho a Marcus que lo quería poco antes? ¿Había dicho algo tan profundo y vulnerable a un completo desconocido? ¿Cómo podía decirle que le quería si él me había ocultado un detalle tan importante sobre quién era?

Esto era exactamente por lo que no podía confiar en los hombres.

Miranda soltó un gran suspiro. "No quería, créeme. Pero Harrison me presionó mucho para que lo invitara. Eran muy amigos y no podía soportar la idea de que Marcus se quedara fuera. Además, Marcus tardó mucho en contestar y yo esperaba que no viniera. Pero vino y, al parecer, se fijó en ti".

Miranda sonaba triste, abatida por el hecho de que su hermana mayor hubiera caído de algún modo en una trampa.

No tenía ni idea de cómo responder. Acababa de desahogarme con alguien, solo para descubrir algo profundamente perturbador sobre él, y me sentía agotada y deprimida.

"Yo... tengo que colgar ahora, Miranda", gemí. "Volveré a llamar pronto. Yo solo... necesito pensarlo un rato".

Miranda asintió. "Vale, lo entiendo. Llámame si quieres. Te quiero".

No podía repetir sus palabras. Así que volví a asentir.

¿Cómo puede un "te quiero" sentar tan bien en un momento y tan mal al siguiente?

Capítulo 24

Vanessa

"El acuerdo será nulo y se declarará inválido si una de las partes presenta pruebas claras y convincentes de mala conducta y/u ocultación deliberada de hechos relevantes..."

"¡Mierda!", grité y lancé los papeles por el salón.

"¿Qué *significa* eso?"

En un esfuerzo por detener el flujo y reflujo de mis pensamientos en medio de esta nueva tormenta de información, corrí a mi armario para sacar la copia firmada del acuerdo que tenía con Marcus.

¿Qué opciones tenía ahora que disponía de esta nueva información? ¿Qué debía hacer después de que las cosas hubieran dado tal giro? ¿Tenía alguna seguridad?

La presión de mi factura de impuestos había desaparecido, ya que Leo había decidido pagarla de verdad, pero mis preocupaciones económicas estaban lejos de resolverse. Aunque volviera al restaurante, no me ayudaría de inmediato. Tardaría semanas en reunir dinero para el alquiler...

Pero mi mayor problema era de otra naturaleza: ¿qué iba a hacer con mi corazón decepcionado? No podía encontrar consuelo en la legalidad, ni siquiera en una cuenta bancaria llena. Este tipo de curación sólo sería posible con tiempo, paciencia y, posiblemente, terapia .

Me sentía vacía, incapaz de mantener conversaciones sencillas, al menos ninguna que fuera remotamente profunda o significativa. Había gastado todo de lo que había sido capaz en gente como Leo y Marcus, ¿y qué había conseguido? Me sentía violada y destripada por dentro. ¿Cómo iba a poder volver a confiar?

Marcus había colgado varias fotos en una pared del salón. Eran desde retratos familiares hasta fiestas de graduación, pasando por su primera foto de empresa. De pie frente a ellas, grité: "¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué me ocultaste algo tan importante?"

Las fotos seguían sonriendo alegre e impasiblemente, inmunes a mis preguntas.

Me hundí en el sofá y me atormentaron los pensamientos sobre mi padre biológico. Por mucho que intentara ahuyentarlos, invadían mi mente y me sentía impotente ante ellos.

En el sofá había una manta de lana. La cogí y me envolví en ella, ignorando el repentino calor que sentí al envolver mi cuerpo. Necesitaba presión, la sensación de estar abrazada, algún tipo de resistencia para evitar que los pensamientos se apoderaran por completo de mí.

Pero lo hicieron lo mejor que pudieron:

Indescriptibles recuerdos espantosos de los insultos de mi padre, de mi yo infantil escondida en un armario, pequeña como una pelota (como me sentía ahora), llorando en silencio, esperando a que amainara la tormenta de su ira.

Los ojos cansados y tristes de mi madre, que había hecho todo lo posible por poner cara de valiente mientras la desgarradora situación le quemaba la piel y le despeinaba las canas.

Teniendo en cuenta que Marcus había estado al margen de estos acontecimientos e incluso había sido un actor más en la historia de mi padre, un títere que había apoyado sus esfuerzos por destruir a nuestra familia y que había dejado una traumática huella en todos nosotros.

"Debería habérmelo dicho", escupí en dirección a las fotos, con veneno y dolor impregnando mis palabras. "Tenía derecho a saberlo".

De algún modo, el tiempo avanzó y poco a poco fui consciente de que la tarde llegaba a su fin,

sustituida por otra tranquila noche en Los Ángeles. Fuera, las luces automáticas se encendieron y el salón quedó bañado en tonos grises.

Una vez liberada del capullo de la manta, encendí la luz. Luego hice una pausa. Aparte de iluminar la habitación, no pensaba dar ningún paso más. Estaba en la niebla, casi en estado de shock.

Pero tuve que dejar este lugar y disolver este acuerdo.

No podía quedarme aquí, en un lugar con un hombre que me había traicionado tanto.

Especialmente desde que le dije esas dos fatídicas palabras. Cómo desearía no haberlo hecho.

Una hora más tarde, mis pensamientos no estaban más claros, pero se fijaron en un simple paso: Tenía que salir de aquí y volver a mi piso. Pero un mensaje no me parecía una buena excusa y no podía simplemente enviarle un mensaje para decirle que me iría.

Tenía que decírselo en persona. Pensar en ello me llenaba de pavor, pero, irónicamente, cuanto más tiempo pasaba, más claro me parecía que era lo único que podía hacer.

Antes de que cambiara de opinión, envié un mensaje de texto:

VANESSA: ¿A qué hora volverás a casa?

En cuestión de segundos, Marcus respondió.

MARCUS: En media hora, máximo.

MARCUS: ¿Quieres que te lleve algo de comer? Puedo conseguir algo de comer de camino a casa.

VANESSA: No. No voy a cenar contigo esta noche.

VANESSA: Sólo ven a casa. Tengo algo que aclarar contigo.

MARCUS: ???

Suspirando, puse el móvil boca abajo sobre la mesita e intenté controlarme. No quería enviarle un mensaje con lo que estaba pasando. De todos modos, parecía que había revelado demasiado.

Veinte minutos después, el sonido de una llave en la puerta me alertó de la llegada de Marcus. Me alisé el pelo lo mejor que pude, doblé apresuradamente la manta y esperé a que entrara en el salón.

Su rostro estaba preocupado, quizá un poco molesto.

"¿Qué te pasa? ¿Estás bien?", preguntó con un tono de voz demasiado alto. Estaba realmente preocupado.

"¿Por qué no me dijiste que estabas relacionado de cierto modo con mi familia cuando representabas a mi padre biológico?"

La franqueza debe ser mi método y mi arma. No me disculparía por ello.

Marcus parpadeó varias veces y oí que se le escapaba un suspiro. No estaba segura, pero algo parecido a la culpabilidad se reflejó en su rostro. Esto sólo hizo que me enfadara más.

"Vanessa... Lo siento. Tienes razón, representaba a tu padre y debería habértelo dicho antes..."

"¿Tienes *idea* de cómo me hace sentir? ¿Que me haya enterado hasta ahora?" Estaba furiosa.

Marcus dio un pequeño paso adelante, pero se detuvo cuando retrocedí. "Sé que debería habértelo dicho antes. Ahora me doy cuenta profundamente y siento haberte enfadado tanto. Pero primero quería conocerte, y tú también querías conocerme, ¿verdad? Pensé que tal vez después de esto..."

"¿Después de esto qué? ¿Estaría milagrosamente bien con lo que mi padre -y tú- me hicieron? ¿Lo que le hicieron a mi familia? ¿Cómo pudiste pensar tal cosa?" Mis manos se apretaron y soltaron con rabia. Las lágrimas y la ira se mezclaban dentro de mí, impulsándome.

"Lo sé. Debería habértelo *dicho* y siento mucho no haberlo hecho. Yo... Te quiero, Vanessa. ¿Qué puedo hacer para compensarte?"

Mi ira dio un brusco giro a la izquierda al oír estas palabras. ¿Qué iba a hacer con esta confesión? ¿Cómo podría mi corazón hacer frente a esta traición y al mismo tiempo desterrar mis sentimientos por él?

"Nada en absoluto", fue la sencilla respuesta. Necesitaba tiempo y espacio para averiguarlo.

Me tragué el grueso nudo que tenía en la garganta y di mi explicación. "Necesito tiempo para pensar. Necesito saber si puedo volver a confiar en ti. Pero mientras tanto, nuestro 'acuerdo' ha terminado".

El rostro de Marcus se convulsionó de agonía al oír estas palabras. No estaba orgullosa de haber causado esto, pero él necesitaba sentir algo del dolor que me había causado. Debía saber cómo me había herido y ahora debía sentirlo él también.

Respiró hondo y contestó despacio. "Sí, por supuesto, lo entiendo".

Su rápido acatamiento me dolió más que si hubiera protestado o luchado. Actuó como un adulto y, aunque era lo correcto, una parte de mí quería que se esforzara más y luchara más por mí.

Pero Marcus no iba a hacer nada que yo pudiera prever.

"Voy a hacer las maletas y a coger un Uber que me lleve a mi piso", dije con firmeza.

Marcus se limitó a asentir y un minuto después había desaparecido en su despacho, cerrando la puerta en silencio tras de sí.

En ese momento se me saltaron las lágrimas. Mi pecho se agitó con sollozos mientras me movía como una loca, corriendo hacia mi armario y echando ropa y artículos de aseo al azar en una bolsa. Apenas miré lo que llevaba.

Menos de treinta minutos después, un Uber me llevó desde la casa de Marcus a través de los barrios elegantes de vuelta a donde pertenecía: entre gente real viviendo sus vidas reales.

La historia de fantasía se había acabado, la habían roto la verdad y la mentira.

En mi piso, tiré la maleta al suelo y sentí una sensación de adormecimiento. Por un momento, me quedé anonadada y simplemente existí entre las paredes de mi lúgubre entorno.

Me recosté en mi sofá raído y desgastado y me puse las manos en la barriga. Entonces recordé algo: aún no me había hecho la prueba de embarazo. En mi miedo y ansiedad, lo había pospuesto, desterrando el pensamiento una y otra vez antes de poder actuar en consecuencia. Pero ahora ya no podía aplazarlo más.

El entumecimiento se desvaneció gradualmente y fue sustituido por el miedo y la urgencia.

"Oh, no, no, no...", murmuré, abriendo el paquete y leyendo apresuradamente las instrucciones.

Programé dos minutos en el temporizador de mi móvil. Podrían haber pasado dos décadas. Mientras caminaba de un lado a otro, mordiéndome las uñas, sopesaba un pensamiento aterrador tras otro. ¿Y si estaba embarazada? ¿Qué pasaría entonces?

¿Qué podía hacer al respecto? ¿Qué le diría a Marcus? Y lo que es más importante, ¿qué me diría a mí misma?

El sonido del temporizador del móvil me alertó de que se había acabado el tiempo. Con pasos vacilantes, me acerqué al palo de plástico rosa y blanco que yacía en el borde del lavabo, un objeto aparentemente inofensivo que tenía el poder de cambiar (o arruinar) toda mi vida.

Con la respiración contenida, lo cogí y me atreví a echar un vistazo a las dos ventanas. Dos líneas es igual a embarazada. Una línea equivale a la capacidad de tomar las riendas de mi vida.

"¡Estoy lista, ya!" Tuve que animarme para poder comprobarlo.

Dos líneas.

Definitivamente había dos líneas. Eran azul claro, un tono de azul burlón, un azul "tu vida ha cambiado irrevocablemente".

Caí de rodillas en estado de shock sobre el frío suelo de baldosas de mi pequeño cuarto de baño.

Capítulo 25

Marcus

"Tomaré otro, ¿y tú?", pregunté bruscamente, con la esperanza de que después del tercer bourbon no sintiera que el corazón me había dado un vuelco, pero hasta ahora no había funcionado.

Levanté la mano y saludé al camarero, que asintió y se acercó con un vaso en la mano.

"Yo tendría cuidado, viejo amigo. El alcohol no es de fiar", replicó Elliott con suavidad, acercándose a la barra y apoyando pesadamente su mano en mi hombro.

Me la sacudí de encima. Algo dentro de mí se rebeló contra el consuelo. No me lo merecía. Lo que merecía era que alguien me dijera que era un maldito idiota.

"¿Cuánto tiempo llevas aquí?", quiso saber.

"No lo sé", dije con dulzura, mirando fijamente el líquido color caramelo.

Cuando le envié el mensaje, estaba sobrio y esperaba que me hiciera entrar en razón. Necesitaba una estrella que me guiara, algo a lo que aferrarme. Me sentía tan confundido y tan conflictivo. La ira y la desesperación me inundaban. Estaba enfadado conmigo mismo y con la situación...

Elliott pidió un vodka con tónica, se sentó a mi lado y se aflojó la corbata. "Dios, estos hermanos Schwinn son muy raros. Les encanta oírse hablar. Pensé que nunca saldría de allí".

"¿Crees que habrá juicio?", pregunté, más por educación que por curiosidad.

"¿Quién sabe? A veces pienso que simplemente nos pagan cantidades obscenas de dinero para poder quejarse de lo difícil que es llevar un negocio, pero da igual. No estoy aquí para hablar de negocios. Pediste verme. Bueno, aquí estoy. ¿Qué hay de nuevo? Tengo que decir que tienes muy mal aspecto, tío".

"Todo se ha ido por el desagüe con Vanessa... Lo he... arruinado todo".

"Oh vamos, no puede ser tan malo. ¿Qué ha pasado?"

Interrumpido por unos sorbos de mi tercer bourbon, le conté lo que había pasado. Que todo había ido tan bien con Vanessa al principio, que ella era exactamente lo que yo necesitaba para impresionar a los clientes y al jefe del bufete, que Simon quería reunirse conmigo para hablar de mi futuro.

"Hasta ahora suena bastante bien. Entonces, ¿qué pasó?", instó Elliott.

"Fuimos a Roma y tenías razón: el gran gesto funcionó de maravilla y todo fue perfecto..."

"Genial", respondió y dio un sorbo a su bebida.

"Imagínate, incluso decidimos continuar más allá del acuerdo. Más que..." Hice un gesto vago, "lo que decidiéramos". La ira bullía en mi interior, junto con algo más, algo mucho más siniestro.

Un oscuro agujero se abrió en mi pecho, una cueva tan negra y sombría que no podía ver su fondo. La idea de perder a Vanessa era insoportable, cuando acababa de descubrir lo mucho que significaba para mí...

"Hasta ahora, todo bien", respondió Elliott.

"Pero de un plumazo ya se ha acabado todo. Se enteró, no sé cómo, de que yo representaba a su padre. *Sabía que* era un punto delicado. Diablos, Miranda y Harrison casi no sobreviven a ese tiempo. El hecho de que estén casados ahora es casi milagroso y aún así..."

Apreté el puño y lo golpeé contra la madera lisa de la encimera. Odiaba haber sido tan estúpido

y haber desperdiciado mi oportunidad de ser abierto y sincero con Vanessa. ¿Cómo podía esperar que no reaccionara así si se *enteró* por alguien que no era yo y *en ese momento*?

"¿Alguien se lo ha dicho hoy?"

"Sí. Ha vuelto a su piso. Dice que todo el acuerdo se ha acabado. Lo que significa que *todo ha terminado*. La cagué de la peor manera".

El agujero de mi pecho se hacía cada vez más grande, amenazando con asfixiarme, con sus bordes dentados y mordaces. Para evitar que me abrumara, me bebí el resto del bourbon y pedí otro.

"Oye, vaquero, más despacio", amonestó Elliott, haciendo un gesto al camarero para que se alejara de nuevo. "Vamos a esperar un minuto, ¿de acuerdo?"

Me giró suavemente por los hombros para que quedara frente a él. Aunque tenía la vista nublada por la ira y el alcohol, la visión de su rostro compasivo y preocupado redujo la depresión que se había apoderado de mí.

"¿Quieres saber lo que pienso?", preguntó Elliott.

"Eso es lo que quiero, eso es lo que realmente quiero", murmuré.

Elliott me miró fijamente a los ojos y me dijo: "Escucha, Marcus. Has metido la pata. Deberías haberle dicho la verdad desde el principio. Pero eso es pasado. Lo que tienes que hacer ahora es darle espacio y tiempo para pensar. No la presiones y no intentes solucionar las cosas inmediatamente. Tienes que respetar sus sentimientos y sus decisiones".

Tenía razón, claro que tenía razón. Sus palabras me inundaron, penetraron en la oscura caverna de mi pecho y la hicieron un poco más pequeña. Pero inmediatamente la oscuridad retrocedió.

"¿Pero qué pasa si ella descubre durante este tiempo que lo nuestro no funcionará? ¿Y si decide que no puede perdonarme? ¿Y entonces qué?" Mi voz se entrecortó y se dejó llevar por la desesperación que surgía de mi interior.

Elliott me agarró más fuerte por los hombros. "Es una posibilidad, Marcus. Pero no puedes controlar sus sentimientos ni sus decisiones. Si no funciona, tienes que aprender de tus errores y seguir adelante. No será fácil, pero es la única manera", respondió Elliot.

Maldita sea, odiaba cuando un buen consejo dolía tanto.

Cerré los ojos un segundo y dejé que sus palabras calaran hondo. Claro que tenía razón y seguramente me dolería. Quizá no para siempre, pero ¿qué significaba eso en aquel momento? Lo único que sabía era que me dolía y que el miedo a no poder predecir el futuro me carcomía más a cada minuto.

"¿Marcus? ¿Estás bien? Háblame".

Abrí los ojos y miré a mi amigo bueno, fiel y honesto. Sabía exactamente qué decir y cuándo necesitaba oírlo, aunque yo mismo no lo supiera.

Respiré hondo y sentí que la tristeza y el alcohol se mezclaban y chocaban en mi cerebro y mi estómago.

"Gracias, Elliott. Tienes razón".

Mi amigo asintió y me dio otra palmada en el hombro. "Muy bien. Vamos a llevarte a casa. No estás en condiciones de conducir y las bebidas corren por mi cuenta". Elliott me hizo un gesto con la mano para que le diera la cuenta y yo me volví hacia el vaso vacío, lo cogí con la mano y noté la condensación en su superficie lisa.

Quería creer a Elliott, que el tiempo lo decidiría, que tal vez podría funcionar después de todo.

Pero yo no estaba tan seguro. La oscura caverna se abría y bostezaba en mi interior, amenazando con arrastrarme. La idea de perder a Vanessa y la pura estupidez que me había

llevado a ello me volvían loco, pero tenía que darle espacio. Tenía que hacer lo imposible: darle el tiempo que necesitaba.

Las próximas semanas serían un infierno.

Capítulo 26

Vanessa

"Esto no puede ser un error, ¿verdad?", le pregunté a mi piso vacío.

Me senté en la oscuridad. Encendí la luz, comí, bebí un vaso de agua. Todo parecía imposible.

Una segunda prueba yacía junto a la primera. También brillaba con dos líneas alegres. No se podía negar. Una visita al médico no haría más que confirmarlo. Ahora que tenía la prueba, miré en mi interior y leí mi propio cuerpo como el mapa de un tesoro.

Por supuesto, todos los signos estaban ahí: la falta de menstruación, la ligera hipersensibilidad en los pechos e incluso un mayor sentido del olfato.

Me llené de asombro y terror al mismo tiempo.

Asombrada porque sucedió sin que yo lo pensara conscientemente y en igual medida asombrada de que mi cuerpo supiera exactamente qué hacer sin mi intervención ni mis instrucciones.

Pero eso no se aplicaba a mi cerebro ni a mi corazón. Estos dos órganos necesitaban desesperadamente orientación. ¿Qué debía hacer?

De un empujón, envié las dos pruebas al suelo, fuera de mi vista. No podía soportar mirarlas. Representaban una nueva vida que yo no controlaba en absoluto.

¿Sería una buena madre? ¿Sería posible? ¿Podría incluso cubrir los gastos de un hijo?

Me hundí en el suelo y me apretujé entre la pared y el sofá para hacerme lo más pequeña posible.

Esta realidad estaba muy lejos de mis ideas de ser madre.

Siempre había pensado que Leo y yo tendríamos hijos. Al principio crecerían en nuestro piso y, con el tiempo, nos mudaríamos a las afueras o quizá al norte del Estado y pasaríamos los veranos en Long Island.

Nuestros hijos serían felices y estarían contentos porque sabrían que sus padres se amaban y se respetaban.

Qué farsa.

Presa de la necesidad de hablar con alguien, marqué el número de Nina. Cogió mi llamada inmediatamente.

"¿Tienes un momento?", le pregunté, saltándome las galanterías.

"¡Claro! ¿Qué pasa?"

"Estoy perdida, Nina. No sé qué está pasando. Ya no tengo un plan".

"Nena, más despacio, respira hondo".

Lo hice y dejé que el aire entrara en mis pulmones.

Nina continuó. "Vale, entonces... ¿qué está pasando?"

Me rodeé las rodillas con los brazos y me entregué a los pensamientos que me invadían, al viaje accidentado pero necesario que ahora quería dar mi mente.

"Cuando conocí a Leo, fue extremadamente encantador, galante y atento. Me hizo sentir que el mundo era mío, que yo era la única mujer en la tierra, que mis necesidades, deseos y sueños eran lo único que importaba".

"Sí..."

Suspiré y me perdí en mis recuerdos. "Caí completamente bajo su hechizo y pasé por alto todas

las banderas rojas".

"Cariño, no te tortures con eso", me tranquilizó Nina.

En un tono monótono continué. "En cuanto tenía el anillo de boda en el dedo, cambié, casi de la noche a la mañana. Empezó casi imperceptiblemente, sólo una pregunta de más sobre lo que hacía después del trabajo o qué amigos había en una fiesta o si pensaba que el vestido era demasiado revelador. Luego fue de mal en peor. Lo cuestionaba todo y me hacía sentir culpable por hablar con otros hombres, con mis amigos, con *cualquiera*".

"Lo recuerdo. Ha sido duro verte en esa situación, incluso desde la distancia", respondió Nina.

Bajé la cabeza hasta las rodillas. "Terminó revisando mi calendario, mi teléfono, mis finanzas... mi felicidad. Los últimos meses han sido un infierno".

Ahora estaba en racha. Las palabras salían solas.

"Nunca olvidaré el día en que descubrí lo gran hipócrita que había sido. Una larga melena pelirroja, las bragas en el bolsillo de su chaqueta, el persistente olor de un perfume que yo no conocía... todas señales clásicas. Tan ridículas y tópicas que en aquel momento no me lo creí".

Ahora las lágrimas fluían a raudales. Me quedé hecha un ovillo, apoyando la cabeza en los codos.

"Tardé un mes -y mucho valor- en decirle: 'Quiero el divorcio'. Pensé que lo entendería. En lugar de eso, dejó nuestro piso y se buscó un abogado, uno inteligente, hambriento, ambicioso y despiadado. Me dijo que me exprimiría".

Igual que la decepción con Marcus. Ese pensamiento me revolvió el estómago.

"Está bien, cariño. No tienes que seguir..."

Si dudaba ahora, nunca terminaría la historia y ahora que había empezado, me sentía como si me estuviera quitando veneno de una herida.

"De la noche a la mañana, las cartas estaban sobre la mesa. Leo se convirtió en un matón aún mayor, utilizando a su abogado y su cartera para hacerme la vida aún más difícil de lo que ya era. Alargó los procedimientos, me hizo pasar por todas las pesadillas procesales y no cedió ni un ápice. Con mi abogado barato encontrado en las páginas amarillas, me hizo mendigar las más mínimas concesiones. Al final, después de casi un año viviendo en mi habitación de invitados - de puntillas alrededor de Leo-, el tribunal concedió el divorcio y yo cogí lo que era mío y me mudé aquí".

Me di cuenta de que había llegado al final de mi triste historia. Solté un gran suspiro estremecido.

"Me lo quitó todo Nina: mi dinero, mi ambición y, sobre todo, mi capacidad de amar o confiar".

"Lo siento mucho..." dijo Nina.

"¿Pero qué hice después?", me pregunté mientras mi autodesprecio salía a la superficie. "¡Pasé dos minutos en Los Ángeles antes de enamorarme de un tipo que es exactamente igual que Leo! Dejé que Marcus entrara en mi vida. Me abrí a él y ahora mira lo que ha pasado..."

La voz de Nina adquirió un tono preocupado. "Vanessa, ¿qué pasa? ¿De qué estás hablando?"

Sacudí la cabeza. "Marcus no es de fiar. Ha sido el abogado de Paul, mi padre biológico en todo el asunto de las recetas con Miranda y nuestra familia hace unos años, cuando ella se lió con Harrison. Me acabo de enterar".

"Madre mía. Lo siento", respondió Nina.

"Y... eso no es todo. Estoy...", dije, ahogándome con la palabra, insegura de cómo terminar mi oración, "... embarazada".

Se hizo el silencio entre nosotras mientras ella asimilaba la noticia y yo revivía la conmoción. Durante unos minutos intenté respirar, dejando que el simple hecho de llenar mis pulmones se convirtiera en un bálsamo que aliviara mi alma torturada.

Durante uno o dos minutos pareció funcionar y empecé a calmarme. Hasta que me vino a la mente el siguiente pensamiento, que inició de nuevo el ciclo.

"No conseguiré el dinero", exclamé, y un miedo sordo se apoderó de mí.

"Vanessa, no te asustes, no pienses en estas cosas. Podemos ayudarte y encontrar una solución..."

"Dejé a Marcus antes de tiempo, antes de que se cumpliera nuestro acuerdo, por lo que en realidad este se canceló. Lo de los dos millones de dólares ya no se discute".

Ahora todo estaba aún peor que hacía unas semanas, cuando me había mudado con Marcus. Ahora estaba sin un céntimo, con un trabajo improvisado y además embarazada. De alguna manera me las había arreglado para que la situación fuera lo más devastadora posible.

"Oh, no, no, no...", gemí y me balanceé lentamente hacia delante y hacia atrás. Todo se me vino encima de golpe: la pérdida de Marcus, un hombre al que creía amar pero en el que ya no podía confiar, la pérdida de mi futuro, la pérdida de dinero. Era un maremoto y estaba a punto de hundirme.

¿Habría una salida? Y de ser así, ¿cómo podría encontrarla?

"Está bien, cariño. Encontraremos la manera. Te prometo que la encontraremos...", repetía Nina mientras yo sollozaba al teléfono.

Deseaba tanto creerle. Pero no estaba segura de si podría en algún momento.

Capítulo 27

Marcus

'El cliente era irrevocable...'

"Maldita sea", maldije y pulsé la tecla de retroceso para borrar la frase. "Próximo intento".

'El cliente era irrecuperable...'

Eso tampoco se veía bien.

"¡Maldita sea!"

Eché la silla hacia atrás y tuve que admitir mi derrota.

Aunque me dolió, miré el reloj y me quedé consternado. Ya eran más de las cinco y el despacho se estaba vaciando rápidamente de secretarias y auxiliares. Sólo quedábamos los abogados.

Llevaba más de cinco minutos trabajando en esta frase, que en realidad me debería haber tomado tres segundos.

Me había despertado a la mañana siguiente de la abrupta marcha de Vanessa, todavía con el traje arrugado y sufriendo una horrible resaca. Supuse que Elliott me había llevado a casa.

Después de aquello, había decidido que lo único que podía mantener a raya mis emociones era lanzarme a trabajar.

Y eso es lo que había hecho. A pesar del zumbido de oídos y el dolor de ojos, aquella mañana me había entregado al trabajo con un fervor que no sentía desde mis primeros días en la facultad de Derecho.

Había sido como un poseso. Me había volcado en las opiniones, abordando enormes proyectos innovadores y tachando la interminable lista de tareas pendientes de una forma que al principio me había sorprendido.

Pero era una aberración. No era sostenible ni mucho menos y me hacía ilusiones de que pudiera durar.

Había mantenido bajo control mis pensamientos y sentimientos hacia Vanessa, al menos al principio. Trabajar como un esclavo había matado mi cerebro y mi cuerpo, pero al menos tenía el buen efecto secundario de agotarme por completo, de modo que todas las noches me desplomaba después de una aburrida comida de algún restaurante de comida para llevar, si es que me había molestado en comer. Ya no podía pensar en ella, que había abandonado mi casa hacía sólo unos días.

Me había quedado sin combustible, mis reservas estaban agotadas y llevaba una hora mirando una pantalla casi en blanco. La carta que tenía que escribir me parecía el Everest, una ascensión imposible que me mataría antes de llegar a la cima de este.

Por mucho que lo intentaba, no podía encontrar la fuerza mental, la energía o la motivación para continuar.

Para colmo, sentí un dolor agudo y punzante en el lugar donde sólo debería haber sentido agotamiento.

Habían pasado cinco días desde que Vanessa estuvo aquí. Cinco días en los que encontré cabellos perdidos en mi cama. Cinco días en los que olí el aroma de su perfume. Cinco días en los que me di la vuelta en mitad de la noche sólo para encontrar una cama fría y vacía.

Gemí, apoyé la frente en las manos y sentí la arena detrás de mis párpados cansados.

"¿Señor King? Los socios le recibirán ahora", sonó la voz de la Sra. Cartwright, mi secretaria. Me sobresalté al darme cuenta de lo tarde que era. Se había quedado hasta tarde precisamente para avisarme de que me convocaban a la reunión anual de socios.

De esta reunión sólo se hablaba en voz baja entre los asociados. Cada año se atrincheraban en una gran sala de conferencias y debatían los méritos de los mejores y más brillantes de su grupo.

Al final, todos los participantes en la carrera fueron convocados para conocer su destino.

Por fin llegó mi turno. Debía comparecer ante los jefes de la empresa. Simon Farragut estaba de mi lado y sabía que su voz tenía mucho peso entre todos.

Si las cosas hubieran ido mejor con Vanessa, apenas habría podido esperar para entrar en la sala, confiando en mi gran oportunidad.

Pero ahora me sentía estresado, arrugado, con los ojos nublados y el pelo revuelto.

Sin embargo, la atrevida petición de la Sra. Cartwright despertó algo en mí. Al menos me distraería de pensar en Vanessa. Salir de esa habitación como socio me daría un impulso, uno grande.

"Estaré listo en un minuto, gracias. Ya puedes irte a casa, Trudy".

"De nada. Buenas noches, Sr. King, y buena suerte".

Con la crema para los ojos que siempre guardaba en el cajón de mi escritorio, intenté que mi rostro volviera a parecer razonablemente sano y fuerte, el rostro de una pareja recién casada.

"Buenas noches", dije tras abrir la puerta de la gran sala de conferencias después de un suave golpe.

"¡Marcus! Me alegro de que te unas a nosotros", me saludó Simon y me indicó que me sentara en la única silla que había en el extremo de la mesa.

En el otro extremo de la sala estaban los otros cuatro socios. Hombres fornidos, mayores y trajeados. Hombres que habían arañado y mordido para llegar a estos puestos y que ahora se aseguraban de que otros por debajo de ellos hicieran lo mismo.

"Marcus, te hemos pedido que vengas para hablar de una asociación", empezó Brian. Me senté más erguido y esperé no tener las palmas de las manos sudorosas cuando me hicieron la oferta y tuve que levantarme para estrecharles la mano a su vez.

"Sí, señor", dije, sin confiar en mí mismo para decir más. Mi corazón latía demasiado rápido.

"Tras muchas deliberaciones y discusiones -dirigidas en gran parte por tu mentor Simon- hemos llegado a una decisión".

Esto es lo que había estado esperando durante mucho tiempo...

"En este momento, *no estamos* preparados para ofrecerte una asociación. Sabemos..."

Dijera lo que dijera a continuación, ya no fui capaz de escuchar. Como una esfinge, observé el movimiento de su boca, pero las palabras fueron engullidas por el ruido que estalló en mi cabeza.

No me darían una asociación. Eso ya lo había oído.

"... estamos seguros de que esto debe ser una decepción", concluyó Brian. Lo que había dicho entre medias se me había escapado.

Durante un momento, nadie habló. Finalmente, Simon se inclinó hacia delante con una mueca, su silla de cuero chirriando. "Marcus, ésta ha sido una decisión muy difícil y estoy seguro de que tienes preguntas. Ahora es el momento de hacerlas".

Tenía la garganta seca como un hueso, pero tenía que saberlo. Tenía que saber por qué me habían ocultado algo tan aparentemente cierto.

"Um... sí. Una, claro. ¿Por qué?"

Klein se ofreció a responder. "Simple economía, Marcus. Este año hemos tenido déficits

importantes y sólo podíamos compensarlos asegurándonos nuevos y lucrativos negocios. Y aunque admitimos que tus mayores esfuerzos de los últimos tiempos han traído nuevos clientes aquí y allá, no ha sido suficiente para demostrarnos que estabas preparado".

"¿Puedo preguntar... *quién?*" Me atraganté.

"Mayweather", respondió Klein sin dudarle un segundo.

Debería haberlo sabido, joder. Mayweather era como un sabueso a la hora de recibir y embriagar a los clientes, a menudo en detrimento de su historial real de resultados, en mi opinión. Pero cuando atraía clientes, la empresa se fijaba en él.

Sin embargo, no me di cuenta de que esto me echaría de la competición.

"Somos muy conscientes de tus esfuerzos -sobre todo últimamente con la mujer guapa del brazo-, pero por ahora tenemos que ir en otra dirección. Esperamos tener una discusión muy diferente contigo en los próximos tres a cinco años".

¿De tres a cinco años? Eso estaba tan lejos como la última era glacial. Y que hubiera mencionado a Vanessa era como sal en mis heridas abiertas: zumo de limón en el corte de papel.

"Esperamos que nos entiendas", dijo Dooley. Sonaba a guión. Como si su frase fuera la que pondría fin a todo este embarazoso asunto.

"Um. Sí. Gracias por... todo eso", balbuceé y me levanté temblorosamente. Rígido, me di la vuelta y conseguí salir de la habitación y volver a mi despacho por el pasillo.

Afortunadamente, debido a lo tarde que era, no me encontré con nadie en el camino de vuelta, porque desde luego no podía ocultar mi decepción.

No me había llevado el portátil ni el trabajo a casa. No tenía sentido. Sin apagar la luz, volví a casa dando tumbos, deseando sólo una ducha caliente y mi cama como consuelo.

Todo en mi mundo parecía más gris, sin sustancia y sin sentido. Aunque me esforzaba por bloquear cualquier pensamiento sobre Vanessa, no dejaban de venirme imágenes de ella a la cabeza.

La forma en que se mordía el labio cuando pensaba, la forma en que sus ojos brillaban cuando reía. Cada imagen hacía el agujero más y más profundo en mi corazón.

Junto con la devastadora constatación de que no sería socio, cuando yo mismo había estado tan convencido de ello, me sentí como una cáscara vacía. Mis pulmones seguían respirando aire, mi corazón seguía bombeando, mis piernas seguían moviéndose, pero no había nada que les motivara. Había arriesgado mucho y lo había perdido todo.

Así se sentían la pérdida y la derrota: agotadoras, dolorosas, acabadas.

No parecía posible, pero los días posteriores a mi reunión con los socios fueron aún peores que los cinco días anteriores.

Salir de la cama cada mañana se me hacía cuesta arriba. Luchaba contra el impulso de ponerme las sábanas sobre la cabeza y permanecer en el olvido del sueño, que prefería con mucho a la monotonía de la oficina.

Entonces, ¿para qué? ¿Para qué molestarse? Además, ahora no era interesante para los socios. Podía huir, ¿no? Me habían dicho que me quedaban de tres a cinco años. ¿Y si utilizaba uno de esos años para no hacer nada?

Eran pensamientos inútiles e improductivos que no me ayudaban, pero eran preferibles a los otros pensamientos que me rondaban por la cabeza.

Los que se centraban en Vanessa.

No estaba lejos de mí. ¿Qué estaba haciendo en ese momento? ¿En qué pensaba? ¿Desperdiciaba un pensamiento, aunque fuera pequeño, en mí?

Durante mi sueño intranquilo, a menudo soñaba con ella. Su risa, las líneas a su alrededor borrosas e indistintas, la bruma de un espejismo feliz. Ella me miraba amorosamente, su cuerpo encantador delineado por el sol mantecoso de una tarde romana, su aroma me embriagaba.

La deseaba tanto que me dolía el cuerpo. Me sentía como si hubiera ido al gimnasio el día anterior, pero dejé que mi tarjeta del gimnasio cogiera polvo. Aun así, me dolía el cuerpo, atormentado por la pérdida de su calor, de su piel contra la mía.

Al mismo tiempo, los acontecimientos pronto cavaron surcos profundos en mi cerebro. Uno de ellos fue que volví a vivir los últimos meses antes de conocer a Vanessa. ¿Qué más podría haber hecho? ¿Qué tratos no había hecho para cambiar mi destino? ¿A quién no había estrechado la mano?

Junto a este surco había otro más profundo y doloroso, con los bordes en carne viva e inflamados. Reproduje en un bucle sin fin los momentos en los que podría haberle dicho la verdad a Vanessa, los momentos en los que había omitido información o no le había dicho algo, y la última conversación antes de que volviera a su piso.

Estos tormentos eran inútiles y molestos, pero no podía detenerlos.

"Señor King, tiene que ir a una reunión en la sala de conferencias F", me dio un codazo la Sra. Cartwright. Mi secretaria era la que me mantenía al día, enviándome de una reunión interminable a la siguiente. El trabajo intermedio quedaba en gran parte sin hacer y yo me pasaba las horas en mi despacho personal mirando las paredes y haciendo clic ociosamente en el ratón.

"Eh, sí, sí, claro", murmuré y ordené perezosamente mis papeles. Sabía que decepcionaría definitivamente a las personas que asistieran a esta reunión. Tenía toda la intención de presentarme totalmente mal preparado para que tuvieran que darme más tiempo para la tarea que me habían pedido.

Mientras me dirigía a la sala de conferencias F, sólo sentía la inutilidad de todo aquello. ¿Por qué iba a molestarme en este trabajo si era tan inútil? ¿Era lo bastante bueno? ¿Hasta qué punto era realista la posibilidad de que me aceptaran al cabo de tres o cinco años?

No creía que pudiera volver a pasar por este procedimiento.

Y sin Vanessa, ¿no tendría sentido!

El encuentro se reproducía ante mí en mi mente y no podía negar la infinita oscuridad que me envolvía por dentro. Había comenzado la noche en que Vanessa se había marchado y ahora era mi compañera constante.

Dos cosas eran ciertas: había perdido las ganas de este trabajo y, quizá aún más, las ganas de vivir.

Algo tenía que cambiar si quería llegar a otra reunión. Y no encontraba la motivación para descubrirlo. ¿Para qué molestarse? Sin el prestigio de una asociación ni la oportunidad de participar en sus beneficios, o sin la mujer que me había excitado como ninguna otra, todo parecía inútil y absurdo.

De alguna manera encontré el camino hasta la puerta de la sala de conferencias. Cuando la abrí, una multitud de rostros expectantes levantaron la vista: listos para trabajar, listos para que yo comentara lo que hacía falta en el caso.

No podía hacerlo. Quizá no quería hacerlo. No importaba en absoluto.

Antes de que alguno de ellos pudiera decir una palabra, abrí la boca. "Deben disculparme. No

me encuentro bien. Tengo que irme".

Los tres abogados y un asistente que se habían reunido allí pusieron cara de preocupación, pero no les di la oportunidad de replicar. Cerré la puerta tras de mí y salí a toda prisa de la sala de reuniones.

No me importaba lo que pensarán.

Lo único que importaba era alejarse de allí.

Quería ganar la victoria más pequeña que hubiera.

Capítulo 28

Vanessa

El sonido amortiguado del correo al caer por la ranura era el único reloj que podía permitirme en aquellos días. Incluso entonces, el sonido provocaba en mí algo parecido al miedo. El correo significaba facturas y las facturas significaban dinero, pero para mí todo quedaría impagado.

"Muy bien, Esther, ¿qué locura tienes para mí hoy?", pregunté a mi televisor, encendiendo la telenovela que a estas alturas se había convertido en mi única conexión con el mundo.

Al menos el alquiler de este mes estaba pagado, así que podía dejar para otro día cualquier idea sobre los pagos.

Tenía suficientes fideos, sopas enlatadas y muesli para pasar el día. Otro pensamiento que reprimía era que ese tipo de comida no era precisamente buena para un ser humano durante un largo periodo de tiempo, y mucho menos para un ser humano que alimentaba a otro más pequeño.

Como compañía, tenía los episodios de la serie de telenovelas. Eran mi bálsamo, mi oasis, mi evasión. Durante unas horas al día, me permitían olvidarme de todo lo demás. Sus escapadas desenfundadas, sus gritos de auxilio, sus ataques de amnesia y otros giros argumentales absurdos me hacían sentir menos abrumada por mis propios problemas.

Al menos mi vida era mejor que eso, anoté.

Pero tarde o temprano las telenovelas se acababan y eran sustituidas por las noticias de la tarde. Parecía que el mundo sólo permitía evadirse a mediodía, pero pronto te bombardeaban con accidentes de coche, maridos que asesinaban a sus mujeres y tragedias en el extranjero.

Siempre tenía que apagar la televisión porque no soportaba las noticias. Y entonces empezaban los pensamientos.

Pensamientos sobre Leo: ¿qué había salido mal, qué podría haber hecho para evitarlo?

Pensamientos sobre Marcus: ¿por qué había permitido que ocurrieran tantas cosas tan deprisa? ¿Por qué no había tenido más cuidado?

Por último, pero no menos importante, surgieron pensamientos sobre mi futuro, como un postre estropeado. Debería ir al médico. Debería tomar vitaminas. Debería comer mejor y hacer más ejercicio. De momento, mi bebé empezaba fatal.

Eso sólo podía significar una cosa: El pequeño también tendría un futuro terrible.

Una culpa tras otra se amontonaban y me obligaban a encerrarme en un rincón oscuro por las noches. Cada noche prometía solemnemente mejorar al día siguiente. Prometía dejar el piso, comprar algo decente para comer y buscar tratamiento médico.

Cada mañana había roto esa promesa. Había caído en hábitos excesivamente malos y había permitido que las aventuras de las telenovelas se convirtieran en mi refugio. Ese día había sido igual.

Hasta que ya no fue así.

"Embotellamiento en la autopista ciento uno...", se burlaba el presentador. Era la última pausa publicitaria antes de que las telenovelas cedieran su espacio a las noticias de primera hora. Mi día de evasión llegaba a su fin. Sabía que los pensamientos estaban cerca.

Habían pasado seis días desde que dejé a Marcus, seis días en este purgatorio autoinfligido. ¿Cuánto tiempo iba a seguir haciéndome promesas para romperlas al día siguiente? ¿Cuánto

tiempo más podría soportarlo mi cuerpo?

Apagué el televisor y admiré mi autocontrol para no ver el final del episodio (estaba segura de que Esther encontraría una salida). Esta pequeña victoria me dio un pequeño rayo de esperanza.

"Tengo que pedir ayuda", anuncié al mando a distancia.

"Mamá, me alegro mucho de verte", la saludé mientras permanecía ante su puerta, intentando mantener mis emociones bajo control. Cuando había conducido hasta su casa con mi tarjeta de crédito, me había jurado a mí misma que me controlaría el mayor tiempo posible.

Mamá ya había pasado por mucho. Le debía ser tan fuerte como *ella* siempre lo había sido.

"¡Oh, Vanessa! ¡Estoy tan contenta de que hayas venido a verme! Ha pasado demasiado tiempo otra vez!" Mamá me saludó en la puerta y me acompañó rápidamente al pequeño pero acogedor salón. Llevaba el pelo liso y canoso recogido en una coleta y sus ojos brillaban a la luz de la tarde.

"Lo sé; lo siento".

"Toma, te traeré un té helado. Tienes que ver mi jardín. Este año por fin me está dando fruta". Pero ahora me miraba con desconfianza. "Pareces cansada, querida. ¿Qué te *pasa*?", quiso saber y se sentó balanceándose frente a mí. Frente a ella estaba su propio vaso de té helado, el habitual vaso alto con las margaritas grabadas que siempre había utilizado.

¿Por dónde empezar? Me parecía una maraña enorme. Respiré hondo y empecé por las noticias que me cambiaron la vida.

"Mamá, tengo que decirte algo", empecé con voz temblorosa. "Estoy embarazada".

Su rostro, tan fuerte y seguro de sí mismo, empezó a brillar de felicidad. Abrió la boca y le brillaron los ojos. Sin embargo, un momento después, cuando se dio cuenta de que era exactamente lo contrario que yo sentía, su expresión se suavizó y luego se volvió preocupada.

"Espera, ¿está todo bien?", preguntó, con el ceño fruncido por la preocupación.

Esa era la invitación que necesitaba. El dique se rompió y todo lo que me había pasado en las últimas semanas por fin pude soltarlo. Pasó al menos una hora en la que sólo se oía mi voz.

Le hablé de cómo conocí a Marcus y de nuestro acuerdo, de las fiestas, los eventos, la *ropa*; del cambio del acuerdo comercial a algo más y, por supuesto, de Roma. Le hablé de Leo, de sus apariciones sorpresa y de su crueldad crónica.

Finalmente, le conté quién era realmente Marcus, a quién había representado como abogado y cómo lo había arruinado todo. Que por culpa de Leo y Marcus se había roto toda capacidad de confiar abiertamente en alguien o de quererlo, que sentía que tendría que cargar con ese bagaje el resto de mi vida.

"Lo ha sabido todo el tiempo, mamá", concluí, "y *ni siquiera* se le ocurrió decírmelo. Ha sido tan devastador enterarme".

Dejé de hablar, tenía la boca seca. Un silencio se apoderó de las dos mientras yo sorbía mi té helado y mamá pensaba en lo que le había dicho.

Su boca se tensó y cruzó la mesa para coger mis dos manos entre las suyas. Sentí los callos de sus manos fuertes y trabajadoras, las uñas cortadas y limpias.

"Vanessa, quiero recordarte algunas cosas", empezó.

"De acuerdo", respondí.

"Eres muy fuerte y ya has superado muchas cosas. Creo que a veces lo olvidas".

"¿Pero...?"

"Por favor, déjame terminar. Puede que te moleste, pero he estado pensando mucho y desde hace tiempo opino que no puedes culpar al abogado de Paul. Al fin y al cabo, sólo estaba haciendo su trabajo y todo el mundo tiene derecho a ser representado. En mi opinión, Marcus no es un mal tipo sólo porque hizo aquello para lo que fue contratado".

Me quedé atónita e intenté comprender el significado de las palabras.

Mamá continuó. "Por supuesto, estoy de acuerdo en que Marcus debería haber sido más sincero contigo, pero ese parece haber sido su único defecto. Al fin y al cabo, hizo todo lo posible por mimarte y hacerte sentir bien; *no hay forma de* que sea como Leo. Creo que las dos estamos de acuerdo en eso".

Me enfadé un poco, porque no quería dejar pasar el asunto.

"Quizá deberías tomarte un tiempo para pensar en lo que realmente quieres y cuando llegue el momento se lo puedes decir a Marcus. Te lo debes a ti misma y al pequeño hablar con él de ello. Tómatelo con calma, pero no puedes dejarle fuera si se está gestando algo entre ustedes y por culpa de ambos".

Su mirada se dirigió a mi estómago y comprendí. No importaba lo que hubiera pasado entre nosotros, Marcus tenía derecho a saberlo. Sobre todo teniendo en cuenta que vivía bajo el supuesto de que era estéril.

"Tienes buenos instintos y eres resistente. Dejaste a Leo y empezaste una nueva vida. Puedes hacerlo de nuevo".

Antes de darme cuenta, las lágrimas me corrían por la cara, no por el dolor, sino porque había vencido algo que me había tenido atrapada durante los últimos días. Me puse en pie a trompicones, mi madre me estrechó en uno de sus famosos y más cariñosos abrazos y me dejé abrazar por su fuerza, su consuelo y su amor.

"Puedes hacerlo, cariño. Sé que puedes", me tranquilizó mamá, meciéndome suavemente.

En ese momento, me quité un peso de encima y me sentí preparada, aunque un poco temblorosa, para lo que venía a continuación.

Al cabo de unos minutos, di un paso atrás y la miré. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

"Gracias, mamá. Necesitaba oír eso, es tan duro estar sola".

Me sonrió con cariño. "Claro que a veces necesitas apoyo. Ahora cuídate mucho y cuida al bebé. Sé que aún te asusta, pero por favor, avísame cuando estés lista".

Esta vez la abracé con gratitud.

Si mi madre pensaba que yo podía hacerlo, ¿ya no tenía que cuestionármelo?

Me esperaba una pesada aventura del corazón. Una gran parte de mí deseaba tanto a Marcus en mi vida que casi podía sentirlo físicamente. Pero me lo debía a mí misma y al bebé para asegurarme de que estaba a la altura del reto y, aún más, de que mi corazón podía soportarlo.

¿Podría ser Marcus el elegido? ¿Podría permitir que lo fuera? Al menos tenía que intentarlo.

Me esperaba una nueva vida. Una nueva oportunidad para ser feliz, tanto para Marcus y yo como pareja, como para nuestro bebé en camino.

Tenía que ponerme en marcha.

Los días siguientes fueron todo lo contrario de lo que había vivido hasta entonces. Al siguiente

día, mi madre me hizo llegar una entrega de alimentos frescos y sanos a mi piso y llené con alegría los armarios y la nevera con mis nuevos tesoros.

Con la ayuda de Nina, encontré una terapeuta, una mujer que aceptaba una escala móvil de pagos y estaba especializada en traumas y problemas de confianza relacionados con el divorcio. La sola idea de conocerla me dio esperanzas y me hizo ver que había una profesión que se ocupaba exactamente de este tipo de dolor y de viejas cargas.

Otra llamada telefónica me consiguió una cita con un ginecólogo, pero me llenó más de miedo que de esperanza. Era necesario y quería asegurarme de que mi descuidado estilo de vida no había perjudicado al bebé.

Ambas fechas, en tinta roja y rodeadas de un círculo, me guiñaban un ojo desde mi agenda. Verlas frente a mí me dio apoyo en esta frágil nueva paz conmigo misma.

"Cargar CV", murmuré, encorvada sobre el portátil mientras buscaba ofertas de empleo en Internet. Necesitaba algo rápido y, preferiblemente, que no implicara levantar mucho peso. Además, algo que no me hiciera *meterme en problemas* cuando me fuera de baja por maternidad.

Esta empresa no fue muy edificante, pero extrañamente me dio ánimos. Con cada aplicación, renovaba la promesa que me había hecho a mí misma.

"¡Enviado!", me alegré y me felicité a mí misma en mi mente. Al tercer día de este experimento, ya había enviado una docena de solicitudes y había recibido la aceptación para una entrevista de al menos dos empresas.

Seguro que aparecería algo. Seguiría adelante hasta que todo saliera bien. La determinación había sustituido a la apatía y yo tenía la determinación de llegar hasta el final.

Después de enviar bastantes solicitudes, pasé a lo más emocionante y angustioso de estos nuevos y frágiles días.

Primero tuve que trasladar mi portátil. Por razones que aún no tenía del todo claras, recientemente había desarrollado un ritual en el que podía hacer tareas, pero sólo dentro de unos parámetros muy concretos.

Había estado buscando trabajo, actualizando CV y escribiendo cartas de presentación en la mesa de mi cocina. Me sentía como en una oficina que funcionaba de facto y podía realizar los procesos repetitivos de la búsqueda de empleo con eficacia.

Pero esta siguiente tarea era algo mucho más profundo y requería que mi cuerpo se moviera.

Como por arte de magia y con mucho cuidado, había empezado a escribir de nuevo mi novela. Hasta ahora no eran más que algunas frases dispersas y la elaboración de ciertas ideas y tramas, pero me pareció un paso enorme teniendo en cuenta que había estado en suspenso durante tanto tiempo.

Para ello, me senté en el sofá, estiré las piernas y dejé que los cojines me acunaran y me abrazaran. Sólo entonces empezó a florecer la imaginación, el pequeño torrente de ideas comenzó a moverse y a fluir desde mi cabeza a través de mi corazón y luego de mis dedos al portátil.

A veces esta nueva fuente de creatividad me daba vértigo. El hecho de que por fin pudiera encontrar el espacio para escribir sin la interferencia o las burlas de Leo y escribir de verdad, era maravilloso.

Agradecí estos primeros días, los aprecié y me pregunté adónde me llevarían.

Pero había una cosa que no podía hacer, una cosa muy, muy importante.

Aún no tenía valor para ponerme en contacto con Marcus. Todo lo demás, en cambio, me parecía fácil: con cada tarea completada, me sentía más fuerte y podía enfrentarme al mundo sin

problemas.

Pero desahogarme con él, arriesgarme a que se enfadara y, lo que es peor, a que me rechazara, era más de lo que podía soportar.

Lo deseaba *con todas mis fuerzas*. Era un dolor sordo y carcomido que se palpaba constantemente: el sonido de su voz, el brillo de sus ojos, la forma en que había sorbido su café, sus ojos que me habían mirado por encima del borde de la taza. El temblor de su cuerpo cuando habíamos hecho el amor, el suave resoplido de su respiración mientras dormía. Me había penetrado, se había metido bajo mi piel, se había filtrado por todos mis poros.

Los progresos que había hecho en tan poco tiempo se tambaleaban y vacilaban aquí. Nadie podía ayudarme a superarlo.

"¿Qué estás haciendo ahora, Marcus? ¿Y por qué no puedo estar cerca de ti?", pregunté entre los cojines del sofá mientras mis pies descalzos me saludaban. El hecho de que él tampoco diera señales de vida sólo me ponía más nerviosa. ¿Cómo podría contarle mis verdaderos sentimientos? Peor aún, ¿cómo reaccionaría cuando supiera que estaba embarazada de él? ¿Se alegraría o se enfadaría? Podía imaginarme ambas reacciones, pero de ninguna manera soportaría su rechazo. No me extrañaba que siguiera posponiéndolo.

A pesar de las largas noches que pasé tratando el problema una y otra vez, no pude encontrar una respuesta. A pesar de mi nueva vitalidad y entusiasmo por la vida, no encontraba ninguna solución.

Sencillamente, no podía llegar.

Capítulo 29

Vanessa

"¿Qué te gusta más? ¿El color azul o azul noche?", pregunté. Había dos pruebas sobre la mesa de la cocina, ambas con la misma foto pero con colores de fondo ligeramente diferentes.

Reunidas cerca de mí estaban mis personas favoritas: Miranda, mamá y Nina. Ahora eran algo más que mi hermana, mi madre y mi mejor amiga. Ahora eran mis consejeras, mis compañeras de fechorías, mis confidentes y mucho más.

"¡El azul medianoche!", dijeron todas al unísono. Nos reímos; el sentimiento de conexión era más fuerte que nunca. Yo estaba eufórica porque, por fin, las cosas iban tomando forma. Cuando dejé de escribir la novela, cuando mi matrimonio se vino abajo, no tenía ni idea de lo cerca que había estado de terminarla.

En dos meses, había pasado de ser un bulto perezoso y deprimido a una especie de dinamo. El trabajo de redactora publicitaria me ayudaba a pagar algunas facturas y mi creatividad con respecto a la novela, que había sido comparable a un goteo, se había convertido en un torrente.

"No sé cómo agradecértelo", exclamé, poniéndome las manos en la barriguita, que cada vez era más difícil de disimular. En general, me sentía muy bien. Mi cuerpo sabía lo que tenía que hacer y yo confiaba en él incondicionalmente.

Mi corazón, sin embargo, estaba en un terreno muy incierto. Pero aquí, también, mi equipo se había impuesto.

"Lleva tiempo, cariño. No puedes precipitarte", había dicho Nina una y otra vez mientras estábamos sentadas en mi salón hasta altas horas de la noche, con borradores y páginas esparcidos a nuestro alrededor. "No puedes decir: '¡Puf, ya he superado la mierda que me hicieron esos tíos! ¡Todo está bien! Aquí no hay nada que ver'. ¿No?"

Tenía razón, como siempre, e intenté seguir sus consejos lo mejor que pude.

Miranda la apoyaba. En innumerables videochats oí muchas variaciones de "Leo era un idiota. Y Marcus... bueno, no tan idiota, pero entiendo tu dolor. Pero tienes mucho a tu favor".

Ahora, reunida en torno a la cubierta del libro -algo tan tangible y real-, sentía un gran vínculo con estas mujeres a las que siempre apreciaría. Eran mi apoyo, mi andamiaje, mi tribu, mi círculo mágico.

Nina, que me había puesto las manos en la barriga, susurró: "Oye, bebito, ¿estás orgulloso de tu mamá? Pronto será autora publicada".

Me ruboricé al pensarlo y ante la inmensa sensación de todo aquello. Me volví hacia ella y le dije: "Nina, esto es... mucho para procesar".

Nina me devolvió la mirada. "Lo sé y también sé que lo llevas dentro. Pero tal vez... es hora de hablar con Marcus".

Mi mirada se desvió hacia mamá y Miranda. Sus expresiones eran completamente idénticas. Todas sentían que había llegado el momento, incluida yo.

Sólo tenía que armarme de valor, porque este bebé no se iba a hacer más pequeño, sino todo lo contrario.

"Hola".

"Hola".

Durante unos instantes nos miramos y nos asombramos de compartir el mismo espacio. Marcus tenía buen aspecto, aunque un poco más delgado alrededor de las mejillas y sus ojos parecían muy cansados.

Sin embargo, me sentí atraída por él de inmediato y sentí un cosquilleo en la piel ante la posibilidad de que me tocara y el calor de sus besos. A pesar del tiempo y la distancia, la conexión entre nosotros fue instantánea.

"¿Encontraste...?, ¿el sitio enseguida?", pregunté, sintiendo la incómoda tensión que había entre nosotros. No estaba segura de lo que había esperado cuando dos días antes marqué el número de Marcus y le pedí que nos viéramos para comer en un restaurante elegante pero pequeño.

Por teléfono había parecido reticente, pero se había mostrado dispuesto. La breve conversación telefónica seguía dándome esperanzas.

Pero ahora que estábamos frente a frente, algo más se apoderó de mí. La inmensidad del anuncio que estaba a punto de hacer.

¿Echaría a volar? ¿Gritaría en protesta porque no era suyo? ¿O se iría sin decir una palabra y me dejaría atrás?

Estos pensamientos eran brutales y estaba segura de que iban en contra de mi proceso curativo de confianza y de soltar lastre. Pero a veces tenía que soportarlos para poder respirar una vez más, como estaba haciendo ahora.

"Sí, ha sido fácil gracias al GPS", respondió. Hubo una pausa antes de continuar. "Tienes buen aspecto, estupendo para ser exactos".

Me sonrojé y fui consciente de la fuerza de su cumplido. Llevaba un maxivestido negro vaporoso que apenas dejaba ver mi barriga, pero me sentía preciosa. Mi piel estaba resplandeciente y mi pelo nunca había sido tan espeso y abundante.

"¿Buscamos una mesa?", pregunté, intentando no desvelar demasiado. Mientras tanto, el corazón me latía tan fuerte en el pecho que podía oírlo en los oídos. Estaba segura de que Marcus también podía oírlo.

"Claro, adelante", me instó.

Lo empujé para hacerle una señal a la camarera y, cuando lo hice, sentí que me electrizaba. Hacía tanto tiempo que no hablábamos, que no nos tocábamos, que no...

Cada nervio de mi cuerpo era consciente de su presencia, cada parte de mí se preguntaba si él sentía lo mismo, si me echaba de menos tanto como yo a él y si también sentía esa tensión en el aire.

Todos estos pensamientos fueron dejados de lado por la gran pregunta que me vino a la mente: ¿Cambiaría todo esto si él supiera la verdad sobre mi estado?

"Por aquí", dijo la camarera, apretando su delicada estatura entre las mesas. Nos sentamos en un lugar soleado junto a la ventana, con vistas a la calle. Fuera había bullicio; la gente iba al mercado cercano, otros paseaban o hacían recados. Todo parecía tan *normal*.

Excepto para mí. Para mí, cada gesto, cada guiño estaba cargado de significado. Cada movimiento de Marcus era importante para mí.

"¿Cómo has estado?", empezó Marcus, intentando entablar una conversación trivial. Tuve que rechazarlo de inmediato.

"Marcus, dejemos todo eso atrás. Te he citado aquí hoy porque tengo algo que decirte, algo

bastante grande y significativo".

... y se hacía más grande cada día.

"Marcus, yo... Realmente no sé cómo decir esto con tacto. O si siquiera hay una manera de hacerlo, así que lo diré tal cual: estoy embarazada".

Fue como si acabara de pulsar el botón de pausa de un mando a distancia imaginario: Marcus se quedó inmóvil, no se le movió ni un músculo. Juraría que su corazón se detuvo por un momento.

Todo lo que había temido estaba a punto de hacerse realidad. La desesperación, fría y mordaz, alcanzó mi corazón y perdí el aliento. Si tan sólo pudiera leer su rostro, sus pensamientos, su... corazón.

Ahora la verdad estaba al descubierto. ¿Estaba a punto de quedarme sola y ver cumplidos mis peores temores? Me obligué a fijarle la mirada.

Lentamente, la vida volvió a su rostro.

"Lo siento, ¿dijiste...?"

"Estoy embarazada, Marcus y... sí, es tuyo, al cien por cien".

Otra vez el botón de pausa. Se quedó helado, con mis repetidas palabras zumbando en su cabeza.

Entonces saltó de su silla con una fiereza que sobresaltó a medio restaurante y gritó. Un instante después me había cogido en brazos y me abrazaba con fuerza.

"¡No me lo puedo creer! Dios mío". La alegría de Marcus era abrumadora y contagiosa.

¿Estaba ocurriendo eso realmente?

"Es verdad", respondí, riendo y llorando al mismo tiempo. "Es verdad".

Marcus me dejó en el suelo, ignorando las caras de los comensales que nos rodeaban y que se habían girado para mirarnos. "No pensé que... que pudiera pasar".

La alegría me inundó y sentí un alivio de lo más dulce. Tomé sus manos entre las mías.

"Pues pasó; está sano. Me siento muy bien. Aún tenemos tiempo antes de que llegue la hora".

El uso del "tenemos" me sorprendió, pero no quise retractarme. De algún modo, incluso me pareció correcto.

"Oh, Vanessa, no tienes ni idea de lo feliz y emocionado que estoy. Quiero disculparme por todo lo que no te he dicho. Me doy cuenta de lo mucho que esto te ha dolido y lo mucho que has tenido que cargar y yo sólo..."

Sus palabras y la sinceridad con que las pronunció derritieron el poco hielo que quedaba en mi corazón. Sí, había metido la pata, pero en ningún caso lo había hecho por maldad. No había sido cruel por crueldad.

En esto era muy diferente de Leo.

La gente comete errores y Marcus había cometido uno muy grande. Pero el amor en sus ojos me demostró que podía confiar en él y que podía funcionar.

Tenía tantas ganas de creerle y mi corazón también lo deseaba.

Me incliné hacia él y le dije: "No pasa nada, Marcus. Ahora lo entiendo. Lo entiendo y te agradezco esas palabras. Me hace sentir..."

No tenía palabras para expresar lo que sentía. Todo lo que tenía era un gesto, el gesto más íntimo de todos.

Nos inclinamos hacia delante y nuestros labios se unieron en un beso, un beso de perdón, reconciliación, amor y esperanza.

Iba a ser uno de los besos más significativos de mi vida, de *nuestras vidas*.

Pero no estaba destinado a ser.

Una décima de segundo después, ese momento se hizo añicos por completo.

Capítulo 30

Marcus

No puedo creer que todo esto haya pasado. Vanessa volvió a mí... ¡y va a tener un bebé mío!

Después de todo lo que había soportado en los dos últimos meses, desde la soledad hasta la apatía adormecedora de una vida sin ella, allí estaba, justo delante de mí, de carne y hueso en su cuerpo perfecto. Me sonrió y me dio la bienvenida.

Todo en mi interior se arremolinó, saltó y gritó de alegría, y los miedos, las preocupaciones y la apatía quedaron momentáneamente desplazados.

Había tanto que hacer: ¿Recibía la atención médica adecuada? ¿Cómo sería el bebé? ¿Significaría eso que estábamos juntos de nuevo?

Traté de guardar silencio y disfrutar del momento.

Por una vez, estuve de acuerdo con la voz. Habría muchos momentos en los que habría que planificar, actuar con previsión y asumir responsabilidades.

Ahora sólo tenía que estar ahí, estar ahí para Vanessa y darle el mejor puto beso que pudiera. Ella se inclinó hacia mí con su piel hormigueo

Me incliné hacia delante y nuestros labios se tocaron. Quería sellar algo con la mujer que acababa de darme nuevas esperanzas en la vida.

"¿Qué demonios estás haciendo exactamente?"

La voz era grave, amenazadora y me pilló completamente por sorpresa. Por una fracción de segundo pensé que iba dirigida a otra persona, pero como no había muchos comensales en el restaurante de tan buen humor como nosotros, me di cuenta de mi error.

El beso se interrumpió antes de que realmente hubiera empezado y me volví hacia el alborotador. Había un hombre delante de mí. En otra situación lo habría calificado de guapo, pero su rostro estaba contorsionado en una mueca y sus ojos azules destellaban venenosamente.

"¿Por qué coño estás besando a mi mujer?", exigió saber y se le hinchó una vena del cuello. Sabía que tenía que andarme con cuidado si no quería que se involucrara la policía. Sin embargo, eso no significaba que este tipo tuviera vía libre.

Vanessa tenía la cara blanca y su cuerpo empezó a temblar. La visión de su miedo y malestar encendió en mí una rabia que casi destruyó mi decisión anterior. Respiré hondo e intenté mantener la cabeza fría. No serviría de nada si perdía la cabeza por completo.

"Tú debes ser Leo. Qué encantador. He oído hablar de ti", respondí, con un tono tan suave como el cristal.

"¿Por qué tienes tus sucias manos sobre ella?"

Este tipo era un disco rayado, por no decir delirante. ¿De verdad podía pretender mandar sobre Vanessa?

"Creo que deberías moderar un poco el tono", repliqué con calma. Según mi experiencia, darle a un matón la energía polémica suele enfurecerlo más. Aunque no quería que se desquiciara del todo, tenía que demostrarle que yo mandaba.

"Haré lo que me dé la puta gana", rugió, "estás metida en un lío muy gordo, Vanessa".

Obviamente, esto provocó algo en Vanessa. Tal vez fuera el hecho de que Leo ya no estaba casado con ella, o tal vez fuera la forma arrogante y mandona en que insistía en hablar con ella, o tal vez una combinación de ambas cosas, pero Vanessa estaba electrizada.

Se separó de mí y se volvió hacia Leo. "No *te atrevas* a hablarme así. No tienes derecho a hacerlo. Estamos divorciados, ¿recuerdas? Tú y tu asqueroso abogado hicieron todo lo posible para que así fuera. Además, ahora estoy con Marcus y estoy *embarazada* de él".

Ante sus palabras, el mundo pareció detenerse por un momento. Los demás comensales, que estaban disfrutando de su actuación, se quedaron boquiabiertos. Leo estaba atónito y conmovido. Yo, por mi parte, disfruté y sus palabras fueron un bálsamo para mis oídos: Estoy con ella y está embarazada de mí.

Fue Leo quien rompió el silencio y volvió a sacudir el mundo. "Menuda sarta de gilipolces. Sólo estás usando a este tipo para darme celos. Para inventarte más historias estúpidas y mentiras con las que fastidiarme, como siempre has hecho. ¿Pero sabes qué? Ya eras mala contando historias en tus pésimos intentos de escribir y también eres mala inventando cuentos de hadas en la vida real. Eres un fracasado hasta la médula".

El grado de crueldad de este hombre era asombroso. La aún frágil determinación de Vanessa pareció desmoronarse y pude sentir cómo volvía a caer en una actitud sumisa. Tantos años sometida a los insultos, las mentiras y la hipocresía de aquel hombre podían hacer mella en una persona.

Era hora de intervenir.

Me coloqué entre Vanessa y Leo y me enfrenté al imbécil. Era unos centímetros más alto que él y no tenía miedo de darle un puñetazo en la cara. Mantuve las manos a los lados para que no hubiera dudas sobre quién daría el primer puñetazo.

Aunque era tentador, no quería que me acusaran de agresión.

"Escucha, imbécil. Tienes que meterte esto en la cabeza. Vanessa no es tuya y nunca lo ha sido. Ella no es una posesión, no es una baratija que pones en un estante. Es un ser humano y ella y yo estamos juntos desde hace tiempo. Además, va a tener un hijo *conmigo*. Así que por qué no haces un favor a todos los presentes y aceptas que has perdido. Ocúpate de salir de aquí lo antes posible". Mi voz era uniforme, baja, amenazadora, pero clara y comprensible, una amenaza enmascarada por un susurro.

Pero Leo no quería rendirse tan fácilmente.

"¿De verdad? ¿Y qué pasa si no lo hago?"

"Voy a emprender acciones legales contra ti y me aseguraré de que no vuelvas a acercarte a ella ni un centímetro de distancia. Ahora haznos un favor a todos, lárgate y procura no volver a meterte en nuestras narices. ¿He sido claro?"

Nuestras narices casi se tocaban. Mi voz era apenas un susurro y podía oler su aliento. Sus ojos se crisparon al mirarme. El miedo, la aprensión y la paranoia eran visibles en ellos.

Cuando abrió la boca para hablar, di un pequeño paso más, lo suficiente para restringir su espacio de la forma más incómoda. Detrás de mí, oí a Vanessa conteniendo la respiración.

Leo sopesó sus opciones. Prácticamente podía oír las ruedas girando en su cerebro.

"Esto aún no ha terminado", ladró.

"Claro que sí", respondí. No había lugar a discusión.

Sin decir una palabra más, Leo giró sobre sus talones y salió furioso del restaurante. Los comensales aplaudieron y hablaron en voz alta:

"*El tipo es un imbécil*".

"¿Qué ha sido eso?"

"Santa mierda, hombre. Cuando le digo a mis amigos..."

Los ignoré a todos y apreté a Vanessa contra mí. Ella temblaba, un sollozo recorría su cuerpo.

Los camareros se quedaron cerca, sin saber si seguiríamos sentados y continuaríamos nuestra comida.

"Vamos, todo está bien ahora. Se ha ido y no volverá", la tranquilicé.

"¿Estás seguro?", preguntó con voz temblorosa.

"Por supuesto", le contesté.

"Llévame a casa", susurró con urgencia. "Llévame a casa y abrázame. Hazme el amor, es lo único que tiene sentido para mí ahora mismo".

La apreté fuertemente contra mí y sentí crecer mi amor y mi deseo por ella. La había protegido y volvería a hacerlo sin dudarlo.

Al protegerla, estaba claro que yo también la querría.

Esa fue la parte más fácil.

"Por supuesto. Vámonos".

La curiosa multitud de comensales y camareros se dispersó ante nosotros al salir del lugar. Un día de trabajo por lo demás mundano, sobre el que ahora definitivamente había algo que contar, continuaba para estas personas.

Capítulo 31

Vanessa

"Pensé que nunca volvería a ocurrir", murmuró Marcus, tumbándose suavemente en la cama. Nos habíamos estado besando desde que aparcó el coche en la entrada y nuestro reencuentro no fue entusiasta, sino de tierno anhelo.

En cuanto se cerraron las puertas del coche, Marcus se acercó a mi lado y me cogió en brazos de un tirón. Le rodeé el cuello con los brazos, mi oreja estaba cerca de su corazón y sentí su latido tranquilizador.

La aparición de Leo y sus terribles palabras retumbaban en mi cabeza como el eco en una cueva. La presencia constante de Marcus y sus fuertes brazos mantuvieron a raya a Leo quien parecía ser poseído por un demonio y me ayudaron a creer que podía volver a estar a salvo.

Cerré los ojos y respiré conscientemente su aroma, algo que había echado de menos durante tanto tiempo, y llené mis pulmones con él, se quedó en lo más profundo de mí y se instaló en cada célula de mí.

"Yo tampoco estaba segura, pero ahora no puedo imaginarme otra cosa...", respondí, dejando que mis miembros se hundieran en las suaves y frescas sábanas.

Marcus se cernía sobre mí, sus ojos escudriñaban los míos, una mano me acariciaba el pelo cerca de la sien.

"Cómo te he echado de menos", dijo, inclinándose y besándome la frente, luego la nariz. Finalmente llegó a mis labios. Con el más tierno cuidado, me dio un besito y luego otro. Después me dio un beso tan profundo que casi me llegaba a los dedos de los pies.

"Mmmm", refunfuñé, sintiendo que la tensión de la discusión con Leo empezaba a liberarse, disiparse y fluir hacia el desagüe de los malos pensamientos.

Levanté la mano y le tiré de la camisa por encima de la cabeza, dejando al descubierto su pecho. Cómo había olvidado lo musculoso y perfecto que era, cada parte definida mezclándose sin esfuerzo con la siguiente. Dejé que mis dedos se deslizaran por su piel. Cerró los ojos y disfrutó de la sensación. Mis manos siguieron bajando.

Mientras tanto, su mano no estaba ociosa. Con movimientos lentos, la pasó por mi hombro y la dejó deslizarse hacia abajo hasta acariciarme un pecho.

Cuánto había echado de menos su tacto. Lo segura que me sentía, confiada. Cómo sabía exactamente cómo tocarme para provocar la respuesta más placentera.

Sin más preámbulos, le había desabrochado la hebilla del cinturón y en cuestión de segundos Marcus estaba desnudo, con todo su cuerpo suspendido sobre mí, su excitación empujando entre nosotros.

"Demasiada ropa", observó, tirando de la tela de mi vestido largo de verano.

"Es cierto", dije, retorciéndome y sentándome al hacerlo. Me eché hacia atrás, me desabroché el sujetador y dejé caer mis pechos, ahora más grandes, en las manos de Marcus, que esperaba atentamente.

Marcus me miró con una mezcla de lujuria y admiración. "Eres impresionante", suspiró.

Sus palabras desataron una tormenta de fuego en mí. Lo agarré por el cuello y tiré de él contra mí, mi hambre y mi deseo aumentaban desmesuradamente.

Después de una ruptura tan larga, combinada con la incertidumbre y el dolor de los últimos

meses, quería llenar el vacío con amor y conexión. Quería sentir a Marcus dentro de mí.

Él respondió de la misma manera y nuestros besos se hicieron más intensos.

Luego se interrumpió y dijo: "Quiero explorarte, la nueva versión de ti..."

Me besó desde la boca, pasando por el cuello, las clavículas, entre los pechos (se detuvo en un pezón, lo que me hizo estremecerme) y luego suavemente por el vientre.

Lo que antes había sido una abolladura era ahora un montículo. Marcus se alegró de tocarlo y de poner cariñosamente su mano sobre él. Me sentí segura y cuidada.

Pero el deseo no nos había abandonado.

Marcus se movió más allá de mi estómago y abrió suavemente mis piernas. Le dejé y mi deseo por él creció a medida que se acercaba más y más a mí...

"Oh", gemí, sintiendo su cálida lengua en mi humedad. ¿Cuánto hacía que no lo sentía así? No importaba. Sólo tenía que disfrutarlo.

Hábilmente, los dedos y la lengua de Marcus me mimaban con movimientos practicados y rítmicos, mi pasión aumentaba con cada movimiento.

Mi excitación crecía por momentos y aumentaba inexorablemente. Marcus también lo sentía. Con cada gemido que emitía, con cada sacudida apreciativa de mi cuerpo cuando me tocaba de la forma adecuada, sentía que aumentaba, que amenazaba con dominarme, que quería arrastrarme a su lujurioso abrazo, que quería entregarme...

"¡Oh! ¡Ah!"

Me había ido.

Se había alcanzado el clímax, se había completado el ascenso. Me rendí a él y permití que mi cuerpo se entregara a las mayores sensaciones que podemos alcanzar los humanos.

Era la gloria misma. Aguanté todo lo que pude antes de volver.

Pero mi pasión aún no había terminado. Marcus se retiró, se acercó una vez más, me besó y me dejó saborear mi néctar, dulce y caliente.

"Oh, sí", gemí mientras él entraba en mí y no me dejaba relajarme. No es que no quisiera que lo hiciera. Este era el reencuentro que había esperado durante tanto tiempo.

"Oh, Vanessa... Estaba pensando...", empezó Marcus, pero sus palabras se perdieron en su diversión.

Le rodeé con las piernas y levanté las caderas para recibir cada una de sus embestidas, sintiéndole hasta el fondo de mis entrañas. La sensación era exquisita, simplemente indescriptible.

"Te he... echado tanto de menos", susurré.

"Yo también...", respondió Marcus. Nuestra confesión conjunta tuvo el efecto de echar gasolina a un fuego abrasador.

Mis caderas acogieron sus embestidas, nuestros cuerpos se movieron como *uno solo*, con creciente ferocidad y un solo objetivo en mente.

Mis dedos arañaban y se aferraban a la espalda de Marcus, su cara enterrada en mi cuello, sus manos entrelazadas en mi pelo, desparramado sobre la cama.

"Te sientes tan... oh... No puedo..."

"Hazlo. Quiero que te corras para mí", le ordené.

Y lo hizo.

Con un grito que sonó más a león que a humano, estalló su deseo, una satisfacción irrefrenable y completa.

Lo abracé fuertemente contra mí, temblando bajo sus réplicas y regocijándome en su arrebató

desatado.

Momentos después se hundió sobre mí y nuestros corazones tamborilearon rápidamente.
Habíamos vuelto a casa el uno con el otro.

Quería hacerlo todo para que no tuviéramos que separarnos nunca más.

Capítulo 32

Marcus

"No puedo creer que hayas vuelto conmigo", dije, aspirando profundamente su aroma. Aquí estaba, mi Vanessa, de nuevo en mis brazos, de nuevo en mi cama, de nuevo en mi *vida*.

"Créetelo", me contestó. Me cogió la mano y se la puso en la barriga. Me sorprendió saber que algo que también formaba parte de mí iba a crecer allí, después de que me dijeran que era imposible.

Los minutos siguientes fueron perfectos. Tumbado con Vanessa en mis brazos, el cansancio más dulce que sólo viene después de un sexo increíble, una sensación de que algo se había vuelto a despertar.

No tardé mucho. El molesto zumbido de mi teléfono rompió el apacible silencio. Mi primer pensamiento fue ignorarlo, dejar que saltara el buzón de voz.

Pero algo me decía que no lo hiciera. Algo me obligó a separarme del cuerpo de Vanessa y coger el teléfono que estaba en la mesilla de noche.

Reconocí inmediatamente a la persona que llamaba: Greg Daniels. Llamaba desde Montreal y yo sabía por qué.

"Tengo que contestar", le dije a Vanessa, cogiendo el teléfono y levantándome de la cama. Salí al pasillo y me invadió un sentimiento hosco. ¿Por qué a veces la vida se volvía tan caótica?

La llamada fue cordial y exactamente como esperaba. Una llamada breve.

"Te lo haré saber pronto, Greg. Te lo prometo y gracias. Adiós".

Me invadieron muchas emociones: emoción, afirmación, aprensión, inquietud y la sensación de estar abrumado.

Respiré hondo, porque tenía que concentrarme. El primer obstáculo estaba delante de mí - aquí en el dormitorio. Tenía que contarle a Vanessa lo que estaba pasando. Podría ser la conversación más importante de mi vida.

Lo sintió en cuanto volví a entrar. Se sentó en la cama, recogió las sábanas a su alrededor y preguntó: "¿Qué pasa? ¿Estás bien?"

Debido a lo ocurrido con Leo, no habíamos tenido la oportunidad de intercambiar ideas. Ahora había llegado ese momento. Me senté a su lado y le cogí la mano. Arqueó las cejas, preocupada. "¿Marcus? ¿Qué te pasa? Empiezas a asustarme".

"Vanessa, no he conseguido hacerme socio. Aún no he tenido ocasión de decírtelo, pero han tomado otro rumbo".

Su rostro se ensombreció. "Lo siento mucho, Marcus. Sé lo duro que has trabajado para esto".

Asentí con la cabeza. "Sí, y mi compromiso con la empresa ha sufrido mucho por eso y también el, digamos, entusiasmo por este lugar".

Estuvo de acuerdo conmigo. "Me lo imagino".

"Así que decidí probar algo nuevo. Tuve una entrevista en un bufete de abogados que me había echado el ojo hacía tiempo. Una oferta para *empezar como socio*. No puedes rechazar eso, ¿verdad?"

Me miró expectante. "La verdad es que no. ¿Y...?"

"... y acabo de recibir la llamada. He conseguido el trabajo". Decir esas palabras desencadenó otra avalancha de sentimientos confusos. Había conseguido el trabajo. Podía ser socio. Si tan

sólo...

"¡Es fantástico, Marcus! Felicidades".

"Está en Montreal, Vanessa. Me mudaría a Montreal".

Tantas cosas parecían pasar por su mente ante esta noticia. "Oh... vaya. Yo... huh."

"Ven conmigo", dije simplemente.

"Marcus... Yo ni siquiera hablo francés, y me acabo de mudar a Los Ángeles... Yo..." Dejó de mirarme y se miró las manos en el regazo. Me sentí fatal por hacerle esto cuando ya había sufrido tanto.

El profundo abismo que había conseguido disipar un poco durante la última vez que estuvimos separados volvió a bostezar y tiró de mí. Había recuperado a Vanessa, sólo para perderla de nuevo...

"Sé que es mucho pedir", respondí. Fue todo lo que pude decir.

"Me lo pensaré", dijo.

"Por supuesto, tómate tu tiempo".

Lo decía en serio.

Capítulo 33

Vanessa

Intenté que la noticia de Marcus no me desanimara. ¿Cómo pasé de recuperarlo a volver a perderlo tan pronto?

Me sentía perdida. Canadá era como otro mundo para mí, por no hablar de la barrera del idioma y la distancia con los amigos y la familia. ¿Cómo podía desarraigarme tan rápidamente? ¿Era posible?

Pero él tenía una vida antes de conocerme y había trabajado tan duro para poder realizar su sueño profesional. ¿Realmente podía interponerme en su camino? Tenía la oportunidad de triunfar en su nuevo trabajo. Yo también tenía la oportunidad de desarrollarme, si me lo permitía. Pero en mi interior había mucho miedo e incertidumbre. ¿Sería capaz de adaptarme? ¿Sería capaz de encontrar a los míos? ¿O cómo podría volver a valerme por mí misma?

No sentía que tuviera la oportunidad de mudarme a otro país. Sentía como si me trasladara a otro planeta.

Y sin embargo...

Estaba embarazada de Marcus y me había robado el corazón. ¿Qué podíamos hacer?

No tenía ninguna solución, al menos no inmediata.

Pero tenía una cita con el médico.

Sin soltarle la mano, cambié de tema. "Marcus, mañana tengo una cita, una muy importante. ¿Me acompañas? Es mi primera ecografía".

No dudó ni un segundo.

"Sería un honor".

Algunas cosas en la vida eran muy complicadas. Otras, sencillas. Acabábamos de encontrarnos con ambas.

"Bien, aquí vamos...", dijo el manso ecografista y me pasó el escáner de mano por el vientre, que estaba cubierto de gelatina pegajosa.

Marcus estaba cerca, su cuerpo emitía una vibración nerviosa y de emoción. En la pantalla, una mezcla de grises y blancos granulados se fundió de repente en algo que reconocí.

"Hola, cariño", dijo el ecografista. Sé que probablemente yo lo había dicho miles de veces antes, pero cuando lo dijo ahora, sentí una conexión con este niño que no había sentido antes. Eso y la visión de las pequeñas extremidades y el perfil de una nariz, una frente... ¡las manos!

"Dios mío...", respiró Marcus a mi lado y me tocó el hombro.

"Haremos buenas fotos, lo prometo, y lo mejor es que todo parece sano y normal. El bebé está muy bien..."

"Maravilloso", dijo Marcus mientras salíamos de la clínica. Todavía tenía el estómago un poco pegajoso por la sustancia viscosa, pero no me importó.

En nuestras manos teníamos una serie de fotos. Incluso con solo veinte semanas, sus rasgos eran notables y ya se percibía el comienzo de su personalidad. Nuestro bebé aparecía en varias posturas: una con la mano en alto, como chocando los cinco con un amigo invisible; otra con las

manos bajas, como dormido.

"El bebé parece bastante ocupado allí dentro".

"Realmente lo parece", asentí. Nos detuvimos un momento, ambos fascinados por las imágenes que teníamos en las manos.

De repente, al mirar a Marcus -su hermoso rostro, sus rasgos fuertes, su corazón bondadoso y cariñoso- me di cuenta de que podía volver a confiar, de que podía volver a amar. Que los retos eran solo retos y no algo que pudiera detenerme o desviar mi vida por completo.

La vida era posible y más que eso -era un privilegio- y compartirla con Marcus era lo mejor de todo.

De repente, como un rayo caído del cielo, la decisión fue clara y totalmente sencilla.

Podría tener la vida que quería con Marcus. Podría ser la escritora que quería ser. Con Marcus a mi lado. Y podría ser la madre que quería ser.

Y si eso significaba mudarme a otro país e implicarme en todo lo que eso conllevaría, que así fuera.

"¿Marcus?", pregunté, levantando la mirada para encontrarme con la suya.

"¿Sí?"

"Hagámoslo: Tú y yo y...", dije, levantando las fotos, "... el bebé, mudémonos a Montreal".

En un instante, Marcus me había levantado en el aire y me había besado en las mejillas, la frente y los labios.

"Vendrán conmigo", susurró.

Y eso es todo, como se suele decir.

Capítulo 34

Vanessa

"¡Que todo el mundo diga '*Toutes nos félicitations*'!", insistió mi madre, distorsionando un poco la lengua francesa.

Todos lo hicieron a coro y levantaron copas de champán o zumo de manzana en el aire para brindar por mí.

"¡*Toutes nos félicitations*!"

Me sonrojé. Marcus, de pie a mi lado, me dio un beso en la mejilla. Sentada en un sillón, me sentía como una ballena varada. A mi alrededor había bolsas llenas de papel de seda, regalos brillantes atados con lazos y serpentinas azules y rosas colgando del techo.

"¡Muchas gracias!", les dije a todos y sonreí.

Cuesta creer que haya llegado el día: nuestro baby shower.

Habían pasado siete meses y ahora vivíamos aquí, en un precioso rascacielos en el corazón de Montreal. Por las ventanas entraba un sol resplandeciente y la ciudad zumbaba, una embriagadora mezcla de francés e inglés, viejo y nuevo mundo.

Todo era nuevo para mí: el país, las costumbres, el idioma, los procedimientos.

Pero me alegré mucho.

La fecha del parto se acercaba cada vez más y me sentía preparada. Aunque mi andar ya era muy pesado y lento, mi cuerpo se había preparado para la llegada.

Marcus había hecho verdaderos milagros y había puesto en marcha todo lo necesario mientras él comenzaba su nuevo trabajo en el bufete de abogados.

Ambos habíamos sido recibidos con los brazos abiertos por sus nuevos colegas y pronto nos haríamos amigos.

"Estás radiante", dijo mamá, sentada a mi lado con una copa de champán en la mano. Al lado, su marido hablaba con Nina. A su lado, Miranda y Harrison miraban los regalos. Sin duda, Miranda había cogido la fiebre del bebé. Conocía muy bien su mirada.

Harrison me causó una impresión un tanto abrumadora.

Varios amigos -nuevos y viejos- retozaron aquí con nosotros y participaron en este gran día.

"Gracias, mamá".

"Creo que te gusta Canadá".

"Creo que me gusta aún más estar cerca de Marcus", respondí.

Mamá miró a Marcus, que hablaba con un nuevo compañero de trabajo. Sonrió. "Bueno, sí, ¿quién podría culparte?"

Las dos soltamos una risita.

Mamá sacó más champán y yo volví a mirar alrededor de la sala, asombrada por la generosidad de todos.

De repente se hizo el silencio en la sala.

Marcus se situó en el centro de esta y pidió la atención de los presentes levantando la mano.

"Me gustaría dar las gracias a todos los que están hoy aquí. Este evento es muy especial para Vanessa y para mí. Poder darles la bienvenida a todos en un lugar nuevo y en un momento tan emocionante de nuestras vidas es realmente un motivo de celebración. Pero...", levantó un dedo, "tengo una cosa más que merece la pena celebrar".

Un extraño cosquilleo llenó el aire. Sentí que me llegaba al pecho. ¿Qué estaba pasando aquí?
De repente, todo se aclaró.

Marcus se había arrodillado ante el clamor de todos los presentes. Sus ojos, tan oscuros y cálidos, llenos de amor y poder, se clavaron en los míos.

En su mano sostenía una pequeña caja y lentamente pronunció las siguientes palabras:

"Vanessa, has sido mi roca y mi luz en la oscuridad a través de todo lo que hemos pasado. No puedo imaginar mi vida sin ti y sin nuestro hijo", confesó, abriendo la cajita que contenía un brillante anillo de diamantes. "¿Me harías el honor de casarte conmigo?"

Las lágrimas ya habían brotado antes de que formulara su pregunta. Por lo que pude ver, no había ni un ojo sin lágrimas en la casa.

Me levanté de la silla y me acerqué a él, a ese hombre, a ese tesoro que pronto sería mi marido y padre de mi bebé.

"¡Sí, Marcus, mil veces sí!"

Nos perdimos en los abrazos y besos que inevitablemente siguieron. El júbilo que nos rodeaba y la felicidad que sentíamos eran tremendos.

El camino hasta ese momento había sido en parte hermoso, en parte lleno de baches y agotador, y a veces devastador. Era consciente de que en el futuro volverían a surgir problemas y dificultades.

Pero había cosas por las que merecía la pena el reto y la lucha.

Con tanto amor, afecto y apoyo en mi vida, ¿cómo no iba a tener éxito?

Todo este tiempo, tenía lo que necesitaba conmigo. Sólo necesitaba que los que me querían me ayudaran a encontrarlo.

Bueno, ahora lo había encontrado...

... y no tenía ninguna intención de dejarlo ir.

Fin

Leer más...

Si desea obtener el libro de Anna ahora mismo, puede hacerlo en la tienda de Amazon. El siguiente libro se titula “**La niñera del multimillonario**”.

Este es el resumen:

Mi novio me ha engañado, así que rompo con él. Estoy desolada cuando se produce mi primer encuentro con Elliot Bennett, el apuesto multimillonario. Después de una ardiente y loca aventura de una noche, me pide que sea la niñera de su hija. Comienza el caos...

Para colmo me roban y pierdo mi trabajo. No tengo más remedio que aceptar su oferta. Nos acercamos y poco a poco me voy enamorando de él. Parece tenerlo todo. Sin embargo, ¿soy yo suficiente para él?

Al verle con su hija observo que es un padre maravilloso. Hacer de niñera me recuerda mi propia infancia; afloran profundas y antiguas heridas. Quiero escapar. Tengo miedo de que me sigan haciendo daño. ¿Podré volver a confiar en un hombre?

<https://www.amazon.es/gp/product/B0CMFHLJ8C>

Gracias

Peter Bold, por su apoyo en cualquier momento. Matthias, gracias por toda la información. A mis hijos, porque me empujan con fuerza a vivir mi vida como deseo vivirla, para ser un modelo a seguir para ustedes. Ashley, Sophia, Katja, Silvia y los numerosos lectores de prueba por la corrección y edición: ¡Sin ustedes, este libro nunca hubiera sido tan bueno! Gracias.